

¡Oh,  
sorpresa!

CARLOTA  
MANZANO

*¡Oh,  
sorpresa!*

¡Oh, sorpresa!

©Carlota Manzano

©Mayo, 2020

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en las leyes, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Epílogo](#)



## Capítulo 1

Devastada, aplastada, humillada, arrollada, pateada, y todos los adjetivos que terminaran en -ada y tuvieran una connotación negativa. Así me sentía aquella fatídica noche de viernes.

Mi amiga Zoe a un lado y la calle para correr; eso era todo lo que me había quedado. ¿No habéis soñado alguna vez que vuestra vida se hace añicos en cuestión de minutos y luego habéis despertado, contentos porque se trataba de una pesadilla? Pues así estaba yo, salvo por el “detalle” de que, por mucho que me pellizcara, no me iba a despertar.

¿Lo que pensaba? Que sin duda tenía que tratarse de una broma de mal gusto del destino, que a veces se mostraba caprichoso. Vale, ya había captado el mensaje, ¿y ahora qué?

Veintiún añitos y la carrera de Derecho recién terminada. Sí, porque estaba esperando la nota del Trabajo Fin de Grado, pero eso lo tenía chupado. Y a ver, preciso, no porque yo le hubiera hecho ningún trabajito extra a un miembro del tribunal, que lo de “chupado” ha sonado fatal; sino más bien porque me había dejado los codos encima de mi mesa de estudios desde que ingresé en la universidad.

Nunca olvidaré el primer día que puse los pies en ella, entre otras cosas porque ese fue el que mi mirada se topó con la de Toni y noté un saetazo en el costado que no podía venir de ningún otro lado que del arco del traviesillo Cupido. ¿Tenía Toni mi edad? Pues ni mucho menos. A ver, entre que él estaba cursando el último curso de Derecho y que antes se había graduado en Dirección y Administración de Empresas, como que me sacaba ocho años. Pero ¿qué son ocho añitos de nada cuando sabes que acabas de darte de bruces con el amor de tu vida?

En honor a la verdad, yo siempre creí que mi alma gemela sería relativamente parecida a mí, pero la primera enseñanza que recibí tras conocer a Toni es que dos personas pueden estar destinadas a unir sus vidas, aunque se parezcan lo que un huevo a una castaña, es decir, nada de nada; ni por dentro, ni por fuera.

La primera sorprendida por aquella relación fue Zoe, a la que había conocido en el instituto y con la que no me aburría. Como buena argentina, Zoe hablaba hasta debajo del agua; para más señas, la muy condenada hablaba hasta en sueños y después lo negaba, pues menudita era ella para reconocer algo que no le conviniera.

Lo que más le llamó la atención de mi amiga es que, según ella, la jeta de Toni indicaba que era más ácido que un limón y que, además, a su entender, no es que fuera más feo que Picio; pero un poco molesto de ver, como que sí.

¿Cómo lo veía yo? Pues bueno, loca de amor como estaba, para mí no lo había más atractivo. Vale que yo entendía que el chico no estaba destinado a ganar el concurso de Mr. Universo, pero su inteligencia lo hacía atractivo a rabiar. En cuanto a su cara, la jodida de Zoe se pasaba tres pueblos, porque en eso era del montón; ni más, ni menos.

No ser el tío más bueno de la facultad como que hacía todavía más meritorio el hecho de que las chicas acudieran a él como las moscas a la miel. Y es que mi Toni tenía un carisma que no se lo saltaba un galgo, y la competición por echarle el guante estaba servida. Aparte, el que su familia estuviera podrida en billetes era un aliciente más para alguna cazafortunas de pacotilla de esas que tienen la lengua muy suelta, igual que la gomilla de sus bragas.

En medio de tamaña algarabía, me sentí la chica más afortunada del mundo la primera vez que él se dirigió a mí. Yo seguía siendo una novata total el tercer día de clase y él se ofreció a acompañarme a la biblioteca, después de que mi habitual despiste hiciera que chocáramos y mis libros salieran volando en dirección a su estómago, que los repelió al contraerse. Y es que fuerte sí que estaba el chico, pues podía partir nueces con aquel abdomen duro como un lebrillo de lavar de los antiguos.

—¿Qué te he hecho yo para que atentes contra mí de esa manera tan vil? —Me regaló una sonrisa que hizo que mis mejillas se pusieran a reventar de color.

—Perdona, yo, yo... —Estuve unos segundos barajando una respuesta que no acertó a salir de mis labios.

—Lo que te pasa a ti es que eres más nueva que el parte del día y necesitas la ayuda de un veterano como yo. —Me ayudó a recoger los libros y me pareció la amabilidad en persona.

—Pues un poco perdida sí que estoy, qué te voy a contar. Yo creo que Walli a mi lado está de lo más ubicado—resoplé.

—Eso lo arreglo yo en un periquete. ¿Comenzamos por la biblioteca y te hago después un tour turístico por todo el campus? Te aseguro que llevo aquí más tiempo que el picaporte de la puerta y que no vas a encontrar mejor cicerone.

Si estáis pensando que igual me aferré a Toni en ese instante como a un clavo ardiendo, ya os voy adelantando que no. Camino de la biblioteca, sentí un cosquilleo inusitado en el estómago que tenía los síntomas de ser aquel síndrome del que todos hablaban, y al que yo había permanecido inmune hasta aquel día; ese síndrome llamado “primer amor”.

Desde el instante en el que comencé a notarlo nos volvimos inseparables y yo, sin comerlo y sin beberlo, me convertí en el centro de todas las miradas del campus. Tamaña novedad me cogió de improviso, pese a que yo ya estaba acostumbrada a que pusieran los ojos en mí, sobre todo los hombres; vamos que, por decirlo de alguna manera fina, yo solía paralizar las obras a mi paso. Pero no paralizarlas de, “vaya tela lo que te han dicho” y ya, sino que las obras cerraban durante dos días por shock del personal. Eso es lo que decía Zoe, al menos. ¿Yo lo veía? Pues no tanto, la verdad. Reconocía que la madre naturaleza se había portado muy bien conmigo y lo agradecía, pero tampoco es que pensara que fuera para tirar cohetes.

¿La realidad? La realidad es que había hecho mis pinitos como modelo, ya que ser alta, delgada (pero con un muestrario de curvas por cuerpo), rubia y con ojos azul zafiro me había abierto muchas puertas. Otra cosa es que yo las cerrara a cal y canto cuando viera la clase de “favorcitos” que algunos energúmenos pedían a cambio de una portada o un par de desfiles. ¿Patético? No, eso hubiera sido quedarse muy, muy corta. Con auténticas arcadas salí de esos despachos, con ánimo de no volver más.

En ocasiones así, siempre pensaba en aquellas palabras de mi madre “tú lo único que tienes que hacer es meter la cabeza en los libros y no sacarla hasta que te vea la toga puesta, que a ti un plato de comida no te va a faltar nunca”. Con esa premisa, yo dije aquello de “*nunca mais*” y me matriculé en una carrera que suponía la ilusión de mi vida. Y como colofón allí conocí a mi príncipe azul. ¿Se podía pedir más?

Sin embargo, ¿habéis escuchado alguna vez aquello de “qué día tan bonito, ya veréis como viene alguno y lo jode”? Pues eso me pasó a mí, pero no con un día, sino con mi vida al completo, el último año de carrera.

Para cuando llegó el caos que enseguida os describiré, Toni ya llevaba varios años casi enclaustrado en su jaula de oro, su casa. ¿La razón? Unas durísimas oposiciones de notarías por delante, para que el único vástago masculino de aquella adinerada familia siguiera los pasos de papá. Y matizo lo de masculino porque él tenía una hermana, Olimpia, más vaga que el fango y más mala que la quina. Ea, pues ya os he hecho una descripción tan simple como ilustrativa de la arpía de mi cuñadita, que no me podía ver ni en pintura, al considerarme una “muerta de hambre de tres al cuarto”.

En semejante escenario, que se completaba con unos padres más estirados que las gomillas del tanga de Falete, como que no me movía yo como pez en el agua en casa de mi novio; menos mal que tampoco me invitaban demasiado a menudo, que la tirria que yo les tenía era recíproca.

¿Cuál había sido mi error? Pues costarme demasiado confesarle a Toni, el día que mi padre se marchó detrás de las faldas de una chica diez años más joven que mi madre, que lo poco que esta pudiera ganar limpiando escaleras, apenas cubriría nuestros gastos de manutención. Vive Dios que lo intenté, pero entre que yo no me expresé con la suficiente claridad y que él tampoco le dio mucha importancia al tema, aquello se solapó con un polvazo y asunto concluido.

No obstante, pronto comprobé que manuales, fotocopias de apuntes y materiales varios no se compraban solos; y todo fuera por terminar una carrera cuyo final tenía ya delante de mis narices, a pocos meses vista.

El día que Zoe, que estudiaba Enfermería en el mismo campus, y que tampoco andaba sobrada de pelias, me dijo que iba a trabajar de stripper una temporadita, la tildé de loca. Pese a ello, dos semanas más tarde ambas hicimos en conjunto nuestra primera despedida de soltero.

Sí, como ya estaréis imaginando, no le dije ni mu a Toni, quien hubiera puesto el grito en el cielo. La idea era tirar con aquel trabajo, haciendo un servicio una vez a la semana, hasta final de curso y luego “aquí paz y después gloria”. Y a gloria me supieron los doscientos euros que nos pusieron a cada una en la mano aquel primer viernes noche.

Pocas explicaciones tuve que darle a mi amor, puesto que sus oposiciones solo le permitían que saliéramos los sábados, con lo cual en breve podría retirarme como stripper y con mi título de abogada en la mano.

La noche de marras, en la que mi vida estalló por los aires, iba a ser en la que Zoe y yo nos cortáramos la coleta, habida cuenta de que ya nos graduábamos y los gastos de estudios tocaban a su fin.

—Fíjate que me da mala espina—le confesé camino de aquella despedida de pijos.

—La concha de tu madre, boluda, no me seas ceniza. —Zoe no había perdido parte de su característica forma de hablar, pese a que llevaba desde los trece años en España.

—Yo que sé, Zoe, es que cada vez que lo hacemos, siento que traiciono a Toni. — No podía evitarlo, y vaya si lo había intentado, pero no había manera.

—Che, tranquilita. No te me montes películas que te veo venir. A nosotras no nos pone una mano encima ni Dios, ni que estuviéramos franeleando con esos tíos.

—¿Franeleando? Yo me muero con tus cosas. Por muchos años que pasen me sigues dejando locas con tus expresiones. —Procuré dejar las preocupaciones a un lado.

—Franeleando, pasteleando, tú ya me entiendes... No hacemos nada de eso. Nosotras nos limitamos a hacer un bailecito que los pone a todos re calientes. Y sí, se mira, pero no se toca. —

Río con ganas.

—Dicho así, parece hasta inocente, pero lo hacemos con las peras limoneras al aire, guapita de cara—repuse.

—Hombre es que solo por nuestras bonitas jetas no nos van a pagar los trescientos eurazos que cada una se va a meter en el bolsillo esta noche—respondió.

—¿Trescientos? No me habías dicho que hoy había paga extra. — Se me abrieron los ojos como un búho, pues aquellos cien euros de más me venían como agua de mayo para comprarme un vestido que ponerme en la cena de graduación.

—Pues sí, como te lo cuento. Por lo visto son unos niños más pijos que el caballo de Ralph Lauren y que tienen guita para parar el tren, así que he negociado al alza para que nos despedamos a lo grande—puntualizó.

—¡Si es que eres más lista que el hambre, jodida! —Ya olía a jubilación.

En cuanto llegamos a aquella fiesta privada comprobé que mi amiga estaba en lo cierto. Una veintena de niños bien nos miraban como era habitual, es decir, como si acabáramos de salir de la mismísima portada del Playboy. Como de costumbre, me coordiné con Zoe; ella avanzaría mostrando su poderosa delantera, en dirección a las agujas del reloj, mientras que yo haría lo propio en sentido contrario.

A golpe de “Oh, sorpresa”, abrí aquel sexy chaleco y, mientras mis oídos escuchaban el chasquido de los clips metálicos separándose, mis ojos divisaron el verde de los suyos. Ocurrió antes incluso de llegar a su altura y su mirada me dolió tanto que la sentí como una punzada que atravesaba uno de aquellos senos que a duras penas acerté a cubrir con el mantel de la mesa. Era Toni y sin duda, su mirada iracunda reflejaba que nuestros días juntos habían tocado a su fin.





## Capítulo 2

—¡Menudo quilombo! —exclamó Zoe una vez estuvimos en la calle.

Más que la stripper de una despedida de soltero, yo parecía la novia cadáver, recién salida de las mismísimas manos de Tim Burton. Y es que Zoe nunca me había visto llorar como lo hice en el momento en el que Toni comenzó a lanzar toda clase de improperios contra mí.

—¿Quilombo? Mi vida se ha ido a la mierda y lo ha hecho a la velocidad de la luz, yo me quiero morir. —Comencé a sollozar dejando que brotaran unas lágrimas que luchaban por abrirse paso a través de mis lagrimales desde que me vi descubierta.

—Che, che, ahora estás hecha percha, pero tú y yo tenemos que pensar en cómo resolver este monumental lío. —Zoe se estaba devanando los sesos, pero yo sabía que iba a ser para nada.

—En cristiano, por lo que más quieras, ¿qué dices de percha? —Miré al suelo, cabizbaja.

—Que estás agotada, amiga, ¿te hace una cerveza? —Zoe señaló a un bar cercano.

—Me hace tomarme un vasito de cicuta. Acabo de mandar mi vida entera de un plumazo al cara..., ¿en qué parte te has perdido?

—Che, che, no te cuelgues, que te vas por las ramas, amiga. Tenemos que pensar y esta— señaló su cabeza—necesita combustible.

—Pues tómate tú un arsenal de botellines, que yo me pienso meter en la cama y taparme la cabeza y todo.

¿El verdadero problema? Toni era más orgulloso que Don Rodrigo en la horca y aquella mancha en el historial de nuestro amor no la iba a dejar pasar, así como así, máxime cuando todos sus amigos lo habían visto. ¡Maldita sea! ¿Cómo no se me había ocurrido comprobar de qué grupo de gente se trataba? Pero, por otro lado, con lo grande que era la ciudad, ¿quién iba a caer en tal coincidencia?

Pensando, pensando, caí en la cuenta de que Toni no me había dicho que fuera a salir esa noche. Como si lo viera, con lo responsable que era, seguro que había rechazado la invitación hasta el último momento, pues casi nunca salía otro día aparte del sábado que me dedicaba. Eso tenía que haber sido cosa del “juergas” de Héctor, que ese sí que era un pieza y se apuntaba a todos los saraos. De hecho, la despedida no era de ninguno de los íntimos de mi chico, pues no reconocí al novio.

En resumidas cuentas, una cuestión de mala suerte de esas que piensas que solo pueden darse en los guiones de las pelis, y que te hacen maldecir en lenguas muertas cuando compruebas, con desazón, que te ha tocado a ti. ¿Iba en serio? ¿Cuántas posibilidades había de encontrarme en aquella casa a Toni? Pues las mismas de que me tocara la lotería y, sin embargo, como que no acertaba más de dos números del Euromillón ni una semana.

—Te voy a dejar aquí porque no razones, como diría mi madre “no te llega agua al tanque”, bonita. —Zoe me despidió en la puerta de mi casa.

Subí los escalones que llevaban a nuestro piso, un segundo sin ascensor, como si aquellos tacones pesaran una tonelada. Al meterme en la cama, atrapando los sollozos en mi almohada para no despertar a mi madre, comprobé que lo que de verdad me pesaba tanto era la culpa. Toni nunca me hubiera traicionado y yo, sin pretenderlo, lo había puesto en evidencia delante de todo su entorno.

El olor a café me despertó el sábado por la mañana; era un olor a casa, a familia, a madre. Como solía hacer, me levanté para desayunar con ella, pues las de los sábados y los domingos eran las únicas mañanas que teníamos la oportunidad de hacerlo juntas.

Entré en la cocina con la sensación de que no iba a ser capaz ni de mirarla a los ojos, ya que tenía una confesión que hacerle que no es que me pusiera precisamente a la altura de Al Capone; pero para mí, casi.

—Hija de mi vida, tienes más mala cara que si te hubiera estado persiguiendo toda la noche Chucky, el muñeco ese que te daba tanto miedo cuando eras pequeña.

—Ojalá, mamá. —Me repanchingué en la silla y pensé que allí me las dieran todas.

—Huy, huy, huy, que ya me estoy asustando y en esta casa últimamente no ganamos para sustos. —La pobre andaba mascullando que algo malo se le venía encima.

—Pues sí, mamá, no tengo buenas noticias. —Mi lucha era contra las lágrimas que apretaban de nuevo mis lagrimales como si se tratase de presas a rebosar de agua.

—Cariño mío, suéltalo ya, que me estoy acojonando, ¿estás embarazada? Mira que si es eso yo no te voy a reñir. Eres muy joven y me da pena, pero a su casa viene esa criatura y aquí está tu madre para ayudarte.

Mi madre era una de esas personas que, de buenas, pertenecían a un grupo en peligro de extinción, Eso sí, lo único que hacía que se subiera por las paredes era la mentira. Y yo como que había sido un tanto opaca al contarle la procedencia del dinero con el que me pagaba los estudios y echaba un cable en casa.

—Mamá, te he mentado sobre una cosa—solté sin anestesia.

—¿Mentirme? Pero hija de mis entrañas, ¿por qué tienes que mentirle tú a tu madre? Acaso no sabes que yo estoy aquí para todo...

—Lo sé y de sobra, mami. —Quise llamarla así cariñosamente aposta, pues sabía que venían unos días de marejada en casa y me iba a ser más difícil dirigirme a ella de un modo tan cercano.

—Pues suéltalo ya, porque se me está haciendo un nudo en la garganta que, o termino yo con él, o lo hace él conmigo.

—Mami, ¿sabes ese dinero que he venido ganando en el último año? —Traté de respirar hondo.

—Claro hija, redactando demandas de esas fáciles, que os tienen como negros a los chavales. La madre que los parió, con el dinero que ganan ellos en los despachos.

—Bueno pues, mamá, las cosas están difíciles hasta para eso. Lo intenté, pero con lo que me daban por hacer ese trabajo no teniendo todavía el título, no me llegaba ni para pipas. Así que Zoe y yo decidimos hacer de strippers una temporada, hasta terminar el curso.

A mi madre se le debió bajar la tensión, quise pensar que fuera eso y no una muerte súbita; dado que la tonalidad de su piel se volvió tan blanca, que se podía adivinar el azul de sus venas bajo ella.

—¡¡¿Cómo?!! —soltó un grito que me hizo comprender que sí que estaba vivita y coleando, bueno más que coleando, chillando.

—Lo siento, mami, de veras que lo siento. —Cerré los ojos en espera del chaparrón que me

venía.

—Si no lo veo no lo creo, Luna. Yo pensando que ganabas el dinero con la cabeza y lo estabas haciendo con las tetas. A mí me va a dar un síncope. Y tu novio, ¿está al corriente de todo? Mira que ya sabes que no es santo de mi devoción, pero si ha tenido los santos cojones de permitir esto, es para darle con un palo en la cabeza.

—No, mami, él no sabía nada hasta anoche. Te explico, era el último servicio que íbamos a hacer y me lo encontré entre los chicos de la despedida.

—¡Hija mía! —Su gesto era de colapso mental.

Por muy enfadada que estuviera, que la puse de peor genio que Paulina Rubio cuando la emprendió a arañazos con aquel fotógrafo, mi madre se apiadó de mí, pensando lo mal que lo habría pasado en ese momento.

—Mamá, mi vida se ha puesto patas arriba, yo no quería... —Busqué su regazo como cuando era una niña e inundé su camiseta de lágrimas, mientras le explicaba cómo había sido todo.

Yo no sabía si es que había atropellado a un gato negro, si alguien le había encargado a la Bruja Lola que me pusiera dos velas negras o si estaban pinchando un muñeco de vudú de mi persona hasta en el cielo de la boca. Lo único cierto es que mi vida había dado un giro de ciento ochenta grados para peor, que no sabía cómo enderezar.

—Cariño—me miró mi madre un rato después haciendo memoria—, en todo esto, hay algo que no entiendo.

—Dime. —Las lágrimas no es que acariciaran mis mejillas, sino que rodaban por ellas como si fueran toboganes.

—Ayer, cuando saliste, te llamaron al fijo de casa desde un despacho de abogados y yo creí que era para el que redactabas las demandas. Me dijeron que volverían a llamar el lunes.

—¿Y por qué no me llamaron al móvil? —Me quedé un tanto desconcertada.

—Será porque lo cambiaste hace poco, hija.

—Tienes razón mamá, el coco no me da para más. Voy a mirar en el identificador de llamadas.

No pude reprimir los nervios. Sabedora de que ahora necesitaba un cambio más que nunca, llamé al teléfono que se había quedado reflejado.

—Despacho de abogados Visado, ¿qué desea?

—¿Ha dicho Visado? Supongo entonces que es el despacho de Enrique Visado.

—El mismo. Yo soy una de las socias, me coges aquí de casualidad, los sábados no abrimos. ¿Y tú eres?

—Soy Luna del Río. —Mucho me temía que ya venía la típica observación.

—¡Qué nombre tan poético! Sí, creo que fue el mismo Enrique quien te llamó ayer a última hora. Resulta que hemos tenido una baja y tu currículum estaba el primero de la lista. Te volverá a llamar el lunes, estate pendiente, por favor.

¿Recordáis la cara de Jim Carrey en *La Máscara* cuando se le descolgaba la barbilla medio metro? Pues más se me descolgó a mí y tararé mentalmente la canción esa que dice “*la vida te da sorpresas, sorpresas te da la vida...*”. Enrique Visado era uno de los abogados más prestigiosos de la ciudad y padre del amigo de Toni, Héctor, que trabajaba con su progenitor en el despacho familiar.

A ver, blanco y en botella, ni que decir tiene que el hecho de que mi currículum estuviera el primero de la lista no tenía nada que ver con que lo hubiera depositado allí una de las lechuzas de Hogwarts que entregaban las cartas de Harry Potter. Aquello era más cuestión de enchufe, pero no de uno corriente, sino de uno con alargadera incluida. Toni sabía que yo me había matado

estudiando aquel año y me recomendó al padre de Héctor. Y justo sonaba la campana ahora.

A la euforia inicial que, pese a lo complicado del día en el que estaba sentí, le siguió un escalofrío que me recorrió todo el cuerpo. ¿Y si llegaba a oídos de Enrique que yo era ligerita de cascos y decidía que no quería a una persona de esa calaña en su equipo? Mi gozo a un pozo. Y Enrique se iba a enterar, ¡pues menudo cabreo tenía Toni! Me puse a temblar, literalmente, de modo que, aunque era verano, terminé con un poncho rojo que tenía mi madre por encima, a lo Chavela Vargas.

—Todo va a salir bien, cariño. —Me besó ella y eso me reconfortó. Eso y notar que no iba a llegar la sangre al río, pues su actitud hacia conmigo denotaba misericordia cristiana.

—¿No estás enfadada? —le pregunté.

—Más que un mico. Hubiera preferido limpiar yo tres veces más escaleras antes de lo que has hecho, mi vida. Pero soy tu madre y te voy a apoyar en todo. ¿Tú qué quieres hacer?

—Yo quiero ir a muerte a por ese trabajo y, por supuesto, recuperar a Toni. —Nunca había tenido algo más claro.

—Pues entonces, hija, no te queda otra que perseguir tus sueños...

Aquella frase de mi madre tenía más valor todavía si partimos de la base de que para ella Toni no era el yerno perfecto. Y no lo era por la sencilla razón de que compartía, en parte, algunas de las apreciaciones de Zoe. La buena mujer opinaba que Toni no era la alegría de la huerta y que tenía conmigo menos detalles que los que traía de serie un Seat Panda.

¿Tenían razón? Pues igual una chispilla no les faltaba, pero como ya he dicho, y sin ánimo de enrollarme como una persiana, para mí él tenía otros valores y, pese a todo, yo sabía que con él sería más feliz que una perdiz.

Otra cosa iba a ser bajarlo del burro, porque agüita con el niño cuando algo se le atravesaba en la cabeza. Mi novio era el vivo ejemplo de un cabezón de esos de libro, con todos sus avíos, como los del puchero. Vaya, que estaba ante “don erre que erre” y que aquello iba a ser más difícil que cortarle las uñas a un pulpo; pero que ahí iba a estar yo, luchando a lo Lara Croft en *Tomb Raider*, hasta salirme con la mía.



### Capítulo 3

El domingo al amanecer yo deseaba la muerte a pellizcos. Menos mal que en medio de aquel panorama, más típico del oscuro Mordor que otra cosa, se vislumbraba a lo lejos la lucecilla del faro que el trabajo en el despacho de los Visedo suponía para mí. Ahora bien, existía el riesgo de que Toni sacara a pasear su lengua y dejara mi reputación a la altura del betún, mandando a freír espárragos a la lucecilla y al faro.

Así las cosas, estaba decidida a hablar con él. Siendo sincera, aquello también me servía de excusa para entablar una conversación que me moría por tener; más que nada por comprobar si después de maldecir y jurar en arameo divisaba algún atisbo de perdón en sus palabras.

Volví a mirar el móvil y, como era previsible, ni una sola respuesta a la veintena de mensajes que yo le había enviado en las últimas veinticuatro horas. Tenía que pasar a la acción, no me había bloqueado, por lo que quizás todavía me permitiera tocarle la fibra sensible.

—¿Toni? —acerté a decir cuando, para mi sorpresa, descolgó el teléfono.

—¿Qué quieres? —contestó con tal aspereza que sentí como si me hubieran pasado un papel de lija por la lengua.

—Necesito que hablemos—murmuré con más miedo que siete viejas.

—No tenemos nada de lo que hablar, ¿o es que pretendes seguir metiendo el dedo en la llaga?

—Aunque no lo creas, no es solo por lo que pasó la otra noche. Resulta que tengo un cambio en mi vida y necesito contártelo, antes de que sea tarde y lo lamente.

—¿Y eso? ¿Te van a contratar para una peli porno? —soltó con tal sorna que su lengua se me representó un látigo.

—Toni, cuidado. Vale que yo no he hecho las cosas bien, pero tampoco te voy a permitir que te cachondees de mí. —Su pregunta me había ofendido a lo bestia y bastante tenía yo como para aguantar ofensas.

Dicen que hay hombres a los que les va que se les dé caña. Y puede que yo acabara de descubrir que Toni era uno de esos, porque tan pronto me puse en mi sitio, dejó aquella actitud tan hostil a un lado.

—No he querido ofenderte. Es solo que tengo la sensibilidad a flor de piel. No sabes lo que llevo sufrido desde la otra noche, ¿qué necesitas? —me preguntó, bastante más condescendiente.

—Eso lo entiendo. Lo que necesito es hablar contigo. En territorio neutral, a poder ser.

—Pues me viene fatal, si te digo la verdad. Piensa que ayer perdí el día y que hoy estoy estudiando—argumentó.

—Vale, vale, lo comprendo. Pero es que ir a tu casa se me hace demasiado cuesta arriba, dadas las circunstancias...

—No te preocupes. Mis padres no están, además yo no les he dicho la verdad de lo ocurrido, solo saben que hemos discutido. En cuanto a Olimpia, creo que tiene un partido de pádel en un

rato.

—Vale, entonces voy para allá—suspiré.

En cuestión de media hora, allí estaba yo, en la puerta de la casa de Toni, situada en uno de los barrios residenciales más caros de la ciudad.

—El señorito Toni la espera—me dijo con su agrado característico Imelda, la filipina que tenían de servicio.

Subí las escaleras que llevaban al segundo piso, donde estaban situados los dormitorios y baños de Toni y Olimpia y, ¡mierda! Hablando del Rey de Roma...

—Siempre supe que eras una aspirante a piojo harto de pan, porque ni a eso llegas, pero lo que no podía sospechar es que también fueras una ramera—me soltó ella con esa frialdad que no la dejaba ni a sol ni a sombra.

—¿Una ramera? Hay muchas maneras de ver las cosas, bonita. No te permitas juzgarme desde el pedestal ese en el que vives en el que papá te da los caprichos de diez en diez antes siquiera de que abras la boca. Que, por cierto, eso te lo puedes ahorrar; lo de abrir la boca, digo.

—¿Qué tienes tú en contra de mi boca? —Se llevó la mano a ella como si quisiera protegérsela.

—Pues nada, pero yo de ti te recomendaría que le dijeras a tu dentista que cogiera una lija y echara una peonada con tus paletas, que le sobran tres dedos a cada una. Vaya, que como tenga uno la mala suerte de que le des un bocado, le haces un pespunte, guapa.

Le di donde más me dolía porque Olimpia me ponía a caer de un burro desde el día en que me conoció y yo estaba de ella ya “hasta el infinito y más allá” al más puro estilo Buzz Lightyear.

—Asquerosa, ¿qué tendrás tú que decir de mis dientes? Eres una envidiosa de muerte, ¡putón verbenero!

—No, no, si hay que reconocer que con los *brackets* te han hecho una obra de ingeniería, pero se olvidaron de tus paletas de coneja, o quizás te las dejaron así aposta para que sirvieras de cachondeo.

¡Ahí lo llevaba! Y es que a diferencia de Toni que no era ni guapo ni feo, Olimpia era más fea que pegarle a un padre con un calcetín sudado, con unos dientes de conejo que hacían que su pareja ideal fuera Bugs Bunny.

—¡Hija de...! — La vi avanzar hacia mí y se lo dejé clarinete.

—Como nombres a mi madre se te acaba el problema de las paletas porque te las arranco de cuajo—le advertí con el dedo.

—Pero ¿se puede saber qué diablos está pasando aquí? —Toni acababa de salir de su dormitorio y yo supe en ese momento que estaba presa de una maldición, pues hice un charco al verle.

—La libertina esta que se permite el lujo de venir a insultarme a mi propia casa—gruñó ella.

—Como tú comprenderás, yo no he empezado—maticé.

—Olimpia por favor, ¿no te ibas ya? —Toni la invitó a marcharse, tras lo que ella, airada, giró sobre sus talones y cogió las de Villadiego, dando un portazo.

Entrar en el cuarto de Toni me dolió como si todos y cada uno de los recuerdos que viví con él en aquella estancia, me los acabaran de grabar a fuego en la mente. No en vano, en aquella mullida cama fue donde le entregué un día, años atrás, mi virginidad; entre caricias, confidencias y amor a raudales. ¡Cuántas vueltas daba la vida y cómo deseaba yo bajarme de aquel tiovivo! Metidos entre sus sábanas, él solía alabar mi inocencia, un rasgo que ahora había sustituido por no sabía yo

qué pensamientos que me dejaban ante sus ojos como una prostituta.

—Tú me dirás... —Frunció el ceño tanto que se dibujaron profundas marcas en su frente.

—Yo, ante todo, te quería pedir perdón—murmuré. Cielos, ¿por qué me sentía tan pequeñita ante él?

Toni era el chico con el que yo había reído, llorado, estudiado, saltado, corrido, viajado, y un sinfín de cosas más, coronadas por el que había amado. Sin embargo, a solo día y medio de que se hubiera destapado la caja de los truenos, lo sentía como alguien distante; alguien que había levantado entre ambos un muro de hielo que ni el más potente de los sopletes podría destruir.

—Si quieres mi perdón, ya lo tienes. Pero una cosa te advierto, Luna, no pretendas darme coba ni quieras hacerme comulgar con ruedas de molino. Sé muy bien lo que vi y también que si pudiera me iría a vivir al punto más lejano de ti que tuviera la posibilidad. Ya no estás en mi mundo, si es que alguna vez lo estuviste—me desafió con sus palabras.

—Probablemente lo que dices requiera ser matizado. No sé si alguna vez estuve en tu mundo, porque ni siquiera sé si es el mundo que me gusta. Si tus padres o tu hermana, a quien por cierto te ha faltado el tiempo para contarle lo mío, son sus máximos exponentes; nunca he estado en tu mundo. No puedes decir que no soy franca...

—No, nunca tuviste demasiados pelos en la lengua—añadió.

—Yo lo llamo ir de frente y ser transparente, pero como quieras—detallé.

—¿De verdad tienes la cara de decirme que has sido clara conmigo cuando llevabas no sé cuánto tiempo con esa doble vida? —se escandalizó.

—Ese sí que ha sido un fallo de campeonato y lo asumo. Pero tú no sabes lo mal que lo estábamos pasando en casa ni hasta qué punto la marcha de mi padre puso en juego que yo pudiera continuar con mis estudios.

—Pero debiste decírmelo—masculló mientras la ira se reflejaba en su rostro.

—Y lo intenté, de corazón que lo intenté. En varias ocasiones te lo di a entender, pero tú como que hacías oídos sordos. Entiendo que no sepas ni lo que son los problemas económicos, pero a algunos nos pesan hasta el punto de asfixiarnos, ¿sabes?

—Me da igual la razón por la que lo hicieras. ¡Nunca debiste ridiculizarme de esa manera! —chilló tanto que Imelda se acercó a las escaleras.

—Por favor, no des el numerito. Bastante estoy sufriendo ya—le supliqué.

—No es ningún numerito. ¿Eres consciente de que me has convertido en el hazmerreír de todo mi círculo? —preguntó angustiado.

—Lo sé y te pido perdón, Toni. Te juro que iba a ser la última vez, se trataba de acabar la carrera y ya.

—¿Y ya? ¿Quién me asegura que en una de esas no te acostaste con alguno de los novios o de sus amigos? ¿Sabes lo que es para mí hacerme esas preguntas y no tener respuesta? —La ira asomaba a sus ojos nuevamente.

—Puedo entenderlo, pero te doy mi palabra de honor de que eso no ha ocurrido—le garanticé.

—Prefiero no decirte por dónde me paso yo tu palabra de honor, bonita. Para mí has perdido toda credibilidad. Si lo que pretendes es que volvamos a estar juntos, estás perdiendo el tiempo, y me lo haces perder a mí. Y ahora, si me lo permites, tengo que seguir estudiando.

—Espera Toni, hay una cosa más. Por lo visto me llamaron el viernes del despacho de los Visado y me volverán a llamar el lunes.

—Mira qué suerte, ya estás pluriempleada. Yo lo sabía, me lo comentó Héctor el viernes, esperaba que fuera una preciosa sorpresa para ti. Lo que no esperaba era llevarme yo otra,

todavía mayor.

—Lo siento—observé mirando al suelo.

—Bueno, si lo que te preocupa es que Enrique se entere de algo, por mí puedes estar tranquila, no te voy a hacer esa faena. Ahora, igual allí te encuentras una sorpresita, no te pienso decir más.

Supuse que se referiría a que ocuparía el lugar del último mono de feria o a que Héctor, que también era abogado y trabajaba con su padre, me trataría a puntapiés por aquello de salvar el honor de su amigo, en plan caballero andante. Sea como fuere, yo estaba dispuesta a aguantar carros y carretas. No me había pasado años comiéndome los libros para ahora tirar la toalla porque me hubieran pillado con las manos en la masa.

Salí de aquella casa con la frente tan alta como baja tenía la moral. Intenté despedirme de Toni con un abrazo, pero me rechazó como si le diese asco; como si hiciera siglos que su piel no se fundiera con la mía. A la postre, era la impresión que yo tenía. Y es que, desde el aciago momento en el que mi chico me descubrió, mi vida parecía haber transcurrido como a cámara lenta.

Hecho jirones. Así tenía el corazón al pisar la calle. Más afligida que cuando vi caer abatida a la madre de Bambi, me fui a buscar a mi amiga Zoe.

—Como si lo estuviera viendo, fuiste a hablar con tu Don Juan y te dijo que “andá a cagar”, ¿no es eso?

—Yo no lo hubiera descrito mejor. Me siento una desgraciada a tiempo completo sin él, ¡maldita sea mi estampa!

—Che, tranquilita, que no merece la pena. Si el pelotudo no es capaz de entender que a ti te hacía falta la guita, no tienes que torturarte. Tú lo que necesitas es tomarte unas buenas birras fresquitas conmigo y dejar que el sol te dé en la nuca.

—Bueno, al menos me ha dicho que no me va a joder el trabajo en el despacho de Enrique. — Ella ya estaba al tanto porque se lo había contado el día anterior por teléfono.

—¿Ves? Con más motivo tenemos que festejar, no me rompas las bolas. Te has quitado de encima a un chanco bueno, porque te repito que si no entiende tu necesidad es que ese tipo no sabe mirar más allá de su ombligo.

—Pero yo estoy enamorada hasta las trancas de él, ¿qué parte de eso es la que no entiendes? — A veces me resultaba desesperante que Zoe minimizara tantas las cuestiones.

—A ver, que yo no digo que el tipo fuera atorrante, que tiene sus valores. Pero que tú puedes encontrar a otro que esté todavía mucho más por ti, ¿sabes cuál es tu problema? Que no puedes comparar con nadie, porque él fue el primero.

“El primero y el único”. Eso era lo que yo pensaba aquella tarde camino de mi casa, después de haber pasado varias horas con mi amiga. El caso es que en ese instante fui consciente de que no caminaba sola; junto a mí lo hacía la tristeza, una tristeza que se había convertido en mi compañera y que estaba segura de que iba a tardar tiempo en abandonarme.

Consternada, al menos me sentía satisfecha de haberle puesto las peras al cuarto a Olimpia, a la que le tenía ganas desde hacía mucho tiempo. Yo no iba a negar que toda la familia de Toni, él incluido, eran un tanto elitistas, pero aquella niñata era la que se llevaba la palma. Al creerse ella de la nobleza y ver en mí a una plebeya, nunca se había molestado en esconder la antipatía que sentía por mi persona. Eso había generado que, en *petit comite* yo soliera llamarla “la condesita”.

En cualquier caso, yo seguía suspirando porque aquella mocosa malcriada, que tenía tres años menos que yo, se convirtiera en mi cuñada. Y para ello iba a poner toda la carne en el asador; y quien dice en el asador, dice donde hiciera falta. ¡Hora de sacar la artillería pesada!





## Capítulo 4

Lunes por la mañana y, mientras mi corazón estaba partido, como cantaría Alejandro Sanz, ante mí se abría un prometedor futuro profesional. Lo supe tan pronto abrí aquel correo que anunciaba cambios.

“Su nota del Trabajo Fin de Grado es un 9. Enhorabuena, graduada”.

¿Os habéis parado a pensar alguna vez en que una frase así de concisa puede darle una vuelta de tuerca a vuestra vida? Pues justo eso me sucedió aquella mañana, en la que de esa sucinta manera me anunciaban desde el Departamento de Derecho Penal, encargado de evaluarme, que ya estaba lista para trabajar; que no para engrosar las listas del paro, a juzgar por la llamada que me hicieron el viernes.

Lo primero que hice fue ponerle un mensaje a mi madre, que me respondió con otro encabezado por una legión de flamencas del WhatsApp, como la ocasión exigía. Tras ellas, un “ENHORABUENA MI NIÑA” y la promesa de hacerme esa misma tarde un bizcocho de limón con el que me pondría ciega y en el que ahogaría mis penas.

¿Lo siguiente que hice? Lamentarme hasta la saciedad de no poder llamar a Toni para darle la buena nueva. Si mi vida no hubiera sido bombardeada, en aquel justo instante estaría corriendo hacia su casa. Ciertamente no fuera el planazo del siglo, porque los lunes se reunía con su preparador, aquel calvo que tenía una pista de aterrizaje para moscas en lo alto del coco y que le hacía recitar los temas de carrerilla como un papagayo. Vale que no fuera el escenario más romántico del mundo; pero yo habría interrumpido la clase y él me hubiera dado un besazo de cine, recordándome lo orgulloso que estaba de mí y que ya era toda una graduada, en lugar de la novata de antaño.

Quedaba la parte más difícil, pues el viernes era la fiesta de graduación, que incluía cena y baile. Yo pensaba que me zurcieran si tenía ganas de asistir, compuesta y sin novio. Y, para más inri, lo de compuesta era un decir, pues al salir corriendo de la última despedida, ni Zoe ni yo habíamos cobrado un euro, por lo que todo mi capital se reducía a unos veinte eurazos que tenía en el cajón de mi mesilla de noche. Vaya, todo un presupuesto. A ese paso me veía vistiéndose con un retal de lamé que tenía mi madre en el cajón, del año de la polca, y con el que podría coger complejo de Ferrero Rocher.

Ensimismada en tan glamuroso pensamiento, me abalancé sobre el teléfono tan pronto como este sonó. Lo divertido del caso fue que empecé la casa por el tejado...

—¿Sois del despacho Visado? —pregunté según levanté el auricular.

—Pues sí, ¿tiene usted una bola de cristal o algo parecido?

Por el calor de mis mejillas, calculo que debí ponerme a unos cincuenta grados centígrados del tirón. ¡Se me había visto el plumero!

—Bueno, creo que ha sido pura intuición—resoplé pensando que últimamente estaba sembradita, pues iba de una en otra.

—¿Habría alguna posibilidad de que se pasara por aquí esta mañana? El señor Enrique Visedo quiere hacerle una entrevista.

—A ver, voy a mirar en mi agenda. —Me tiré el moco para hacerme la interesante y casi me sale el tiro por la culata, poniéndome al borde del infarto.

—Si tiene problemas para acudir, dígalos y pasamos al siguiente de la lista, señorita—me dijo con parsimonia aquella voz.

—No, no, tengo hueco, tengo hueco—solté atropelladamente antes de tener algo más que lamentar.

—¿Habría posibilidad de que estuviera aquí en un par de horas?

—Como un clavo, allí estaré.

Abrí el armario y tomé conciencia de que era la primera vez que iba a vestirme de “abogada”. Eché un vistazo rápido y como que los trajes de chaqueta o la ropa demasiado formal brillaban totalmente por su ausencia. Tampoco es que hiciera falta porque yo soy amiga de la máxima de que “el hábito no hace al monje”, por lo que pillé unos pantalones beige con una camisa sin mangas blanca, dado que el calor apretaba que era un gusto. Completé el conjunto con unas sandalias y bolso camel y me dirigí a enfrentar una cita que podía cambiarme la vida.

Por el camino volví a acordarme de mis planes con Toni y de nuevo mi corazón se partió. Era la enésima vez que ocurría, así que ya me iba acostumbrando a recoger sus pedazos, pegarlos de mala manera, y darle al botoncito para que siguiera latiendo. La idea era simular que estaba viva, cuando el interior lo tenía más muerto que un gato en un restaurante chino.

—Como no me cambies esa cara de funeral que me llevas a ti no te vuelven a tirar los galgos, que lo sepas. —Escuché la voz de Zoe a mi espalda.

—¿Qué haces aquí, petarda? ¿Y qué es eso de tirarme los galgos?

—Los galgos, los tejos, estás empanada, es todo lo mismo.

—Ok, ok, en eso estaba yo pensando, en que me tiren los trastos ahora. —Noté que temblaba como un flan por los nervios de la entrevista.

—¡Aguántame el genio y no tiembles más! Que ya está aquí tu amiga, ¿o creías que no iba a acompañarte?

—Pues si te digo la verdad, no se me había pasado por la cabeza. —Lo cierto es que Zoe era una taruga, pero jamás me había dejado sola ante el peligro.

—Me he vestido volando en cuanto me has escrito que te habían llamado. Y me debes una y bien gorda, que no me he podido retocar las uñas.

—Pero si las tienes perfectas, no me des la murga. Vamos a coger el metro, corre. —La tomé por el brazo y salimos volando.

Una vez instaladas en el vagón, Zoe me apretó la mano.

—¿Qué haces? —le pregunté un tanto extrañada.

—Te estoy pasando mi buena vibra, que todo te lo tengo que explicar—refunfuñó.

Un rato después ya estábamos las dos en aquel majestuoso portal, perteneciente a uno de los despachos de abogados más prestigiosos de la ciudad.

—La concha de tu madre, yo creo que es la última vez que viajamos en metro, cuando trabajes aquí te compras un BMW por lo menos. Como te olvides de mí, vengo a buscarte y te formo una buena zapatista delante de todos los pijos de tus compañeros—advirtió con el dedo.

—Sí, sí, yo creo que me están esperando por mi bonita cara para darme un sueldazo de

ministra. O mejor, uno más modesto, pero sin tener que venir ni nada, como los de Nescafé. —Reí hecha un manojo de nervios—. No será que me van a exprimir como un limón y luego me van a ingresar un mojón pinchado en un palo cada mes. Y eso con suerte, si es que me dan el puesto. —No podía parar de hablar.

—Sube ya y no me seas más pesimista, que me estás poniendo de mala leche. —Me dio un empujoncito en el brazo y salí andando.

Miedo, lo que se dice miedo, fue lo que pasé en aquel ascensor, subiendo a la décima planta en la que estaba situado el despacho. Y no precisamente porque me dieran pánico las alturas ni los espacios cerrados. A mí lo que de verdad me daba más pavor que a Pinocho una hoguera era encontrarme allí a Héctor después del pifostio del viernes noche. Y eso por no hablar de su padre, que era uno de los pesos pesados de la abogacía local y ante el que me sentía insignificante cual lombriz.

Poniendo las cosas en su sitio, yo no estaba demasiado acostumbrada a codearme con gente de según qué estatus. La excepción la constituía la familia de Toni, pero no es que precisamente me hubieran acogido con los brazos abiertos. Seguro que en aquel despacho había socios que necesitaban dos folios para escribir una suerte de apellidos interminable. Cielo santo, en la que me estaba metiendo y la pregunta del millón que no se hacía esperar, ¿cómo podía yo sudar tanto? De camino a la susodicha décima planta me había deshidratado hasta el punto de haber perdido tres o cuatro kilos, sin exagerar...

Bueno, ahora en serio, no había sido en ese corto trayecto; pero sí en los dos últimos días, en los que no había tenido aliento para probar bocado y, por el contrario, el disgusto me había hecho cagar más que a un pollo en un canasto. De resultas de aquel caos, la gomilla de los pantalones se me aflojaba y me entraron más sudores fríos todavía, si es que eso era posible. Y todo por pensar en entrar en aquel despacho, en el que quizás tendrían al cocodrilo de Lacoste como mascota, y se me cayeran los pantalones hasta el suelo; no por la visión del cocodrilo, que también, sino por lo suelto de la gomilla.

—¿Estás bien? —Una voz familiar me sacó de aquel bucle en el que había entrado y en el que otra vocecilla interior me estaba diciendo que me alejara de allí al galope. Acababa de abrirse la puerta del ascensor.

—¿Héctor? —Me hubiera abrazado a él de no ser porque la vergüenza me hizo retroceder dos pasos atrás.

“Tierra trágame”, fue lo que pensé y no tardé en arrepentirme de mis palabras, pues como si me fuera a tragar de verdad, el ascensor se cerró y me llevó directita a la planta baja de nuevo. Héctor se había quedado a cuadros. Genial, ahora no solo iba a pensar que era una furcia, sino también una descerebrada. Maravilloso, maravilloso.

Justo cuando iba a darle de nuevo al botón del diez, la puerta se abrió y entró un carcamal con una pinta de viejo verde que tiraba para atrás. El tío llevaba unas gafas de culillo de vaso que parecían habérselas hecho con dos botellines de coca cola, pero que no le impedían poner foco en su objetivo: mis tetas.

Definitivamente, yo tenía que haber pasado debajo de una escalera o dejarme las tijeras abiertas o al saber Dios qué, pero que estaba gafada era un hecho.

—¿Está usted mirando algo? —No puede evitar preguntarle viendo cómo parecía estar hipnotizado por mi delantera.

—Nada, zagala, estaba rezando, que me dan pánico los ascensores. —Me salió por peteneras y me dieron ganas de liarle a mamporros a lo Chuck Norris.

¡Madre mía cómo estaba el patio! Aquella fue la guinda del pastel para ponerme ya histérica. Tenía que mirarme a mí, que llevaba cuarenta y ocho horas lidiando con la impresión de llevar el cartel de stripper en plena frente.

—¿Y le parezco yo una virgen o algo? —Ahí quise morirme, directamente. Mierda, mierda y mierda, yo lo había dicho por lo de sus rezos, pero él lo había cogido por donde le convenía y me lanzó una sonrisa ladina que casi me hace vomitarle encima.

—No, no creo—me soltó en plan libidinoso y como que tuve que hacer verdaderos esfuerzos por contener las arcadas.

Diez horas, una por piso, me parecieron pasar antes de que el ascensor volviera abrirse, pues el pervertido aquel todavía iba más arriba y me acompañó hasta mi planta.

—Luna, ¿se puede saber adónde has ido? —Rio Héctor cuando por fin se abrió la puerta y salí, atosigada por el viejo, que me decía adiós con la manita, gesto al que yo le hubiera correspondido llevándole la mía al cuello.

—Ni idea, Héctor—le dije azorada y medio mareada por la hiperventilación que casi me provoca el sátiro aquel.

—Corramos un tupido velo entonces, mi padre te está esperando.

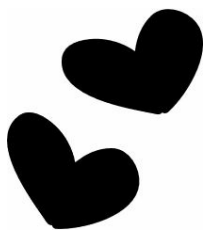
—No me digas que, entre pitos y flautas, también he llegado tarde, porque entonces ya me corto las venas—resoplé.

—No, mujer, ¿quieres hacer el favor de tranquilizarte un poco? Te noto histérica, ¿nos tomamos antes un café?

—Pues casi que te lo agradecería.

Y entonces fue cuando supe que aquello iba de mal en peor.

—Olimpia, por favor, ¿nos puedes traer un par de cafés a mi despacho?



## Capítulo 5

—¿¿Olimpia!?? —pregunté pensando que aquello tenía que ser otro mal sueño.

—Sí, bueno. Verás, qué te voy a contar que tú no sepas—entramos en su despacho—, esta niña como que no quiere dar palo al agua. Pero sabes que su padre y el mío son íntimos, por lo que nos ha pedido el favor de que le hiciéramos también un hueco a ella.

—¿Un hueco? Con todos mis respetos, pero si “la condesita” no sabe ni hacer la o con un canuto. —Sorprendida es poco, yo estaba que explotaba.

—Ya, ya. Y no creas que mi padre es tonto—añadió.

—Créeme que puedo pensar cualquier cosa menos eso. Enrique Visedo tiene fama de ser más listo que el hambre. No creo que se la vaya a dar con queso esta niña.

—No, no. Es un mero favor personal y, entre tú y yo, apuesto a que no dura aquí más de un mes. Es un tapabocas para su padre.

—¿Y por qué no la ha empleado él en su notaría?

—Pues porque dos y dos son cuatro, Luna. Si lo hacía todos la iban a señalar con el dedo como la enchufada de turno y aquí, como que pasa más desapercibida.

—Total, que al final os la tenéis que comer con patatas vosotros—observé.

—Más bien diría que nosotros—matizó.

—Yo no cantaré victoria tan pronto por la parte que me toca, que todavía tengo que pasar por la entrevista de tu padre.

—¿Y? —enarcó él las cejas, transmitiéndome seguridad.

—Pues que no me gusta vender la piel del oso antes de cazarlo. Con todos mis respetos, tu padre tiene fama de ser muy exigente con los de su equipo. Que lo comprendo, ¿eh? No habría llegado tan alto de conformarse con lo mediocre.

—En eso no te falta razón. Y por eso estás aquí. Supongo que quizás caigas en la tentación de pensar que es porque la familia de tu novio y la mía son amigas, así como lo somos él y yo. Pero hay mucho más.

“¿De mi novio?”, supuse que habían sido varios años de llamarnos así y ahora le costaba; pero, para mi desgracia, Toni tenía ya de mi novio, lo que yo de monja.

—¿Y no es así? Bueno y, por otra parte, ya sabes que lo de “mi novio” pasó a la historia.

—Venga sí, vayamos por partes...

En ese instante, la puerta de su despacho se abrió al mismo tiempo que la vena de mi cuello se hinchó como la de un cantaor de flamenco en plena juerga. Una solícita y aparentemente formal Olimpia entró, portando una bandeja.

—Te lo he traído como me dijiste esta mañana que te gusta, Héctor. —Lo miró en un vano intento de flirteo que él abortó apartando la mirada.

—Gracias, Olimpia. Ya puedes marcharte, por favor.

—A ti te he traído un café con leche común y corriente, como supuse que te gustaría. —Se notaba el desdén en su tono.

—Gracias, mona—le contesté, pensando que lo de “mona” era literal, porque le faltaba el canto de un duro para ser prima hermana de un chimpancé.

Olimpia no daba puntada sin hilo, ¿cómo iba a perder la ocasión de hacerme ver que me consideraba vulgar y corriente? Claro que, a mí, plin, que yo duermo en Pikolin.

—¿Por dónde íbamos? —Héctor dio el primer sorbo a su café, derrochando amabilidad.

¿Mi sensación? Que igual el Euromillón no me había tocado, pero en cierto modo la lotería sí, porque yo esperaba encontrármelo más frío que un témpano de hielo y la calidez de sus palabras era muy de agradecer.

—Pues barajábamos la posibilidad de que yo pudiera ser, o no, una enchufada y, también quería hacer notar el hecho de que ya no tengo novio. —La pena se adueñó de mí en ese preciso instante.

—Ya, ya. Bueno pues digamos que todos sabemos que no es casualidad que tu currículum estuviera en esa mesa, pero, aunque no te hubiéramos conocido, la llamada para entrevistarte la habrías recibido igual.

—¿No me mientes? —Yo necesitaba un chute de autoestima directamente en vena, y lo necesitaba en ese momento.

—Pero ¿tú has visto tus notas? Son sencillamente formidables, todo un prodigio, chica.

—Gracias, Héctor, no sabes lo que significan para mí tus palabras. No es que ande tirando autoestima como confeti últimamente.

—Quiero que sepas una cosa, Luna, a mí no me debes ninguna explicación. —Un escalofrío recorrió mi piel al ver que Héctor no mostraba la más mínima predisposición a juzgarme.

—Entonces, ¿tú no me juzgas por lo que pasó? —pregunté a toda velocidad.

—A ver, señorita, alguien que parece coleccionar matrículas de honor como lo haces tú, debería saber ya que el papel de un abogado no es el de juzgar—bromeó.

Menos mal que yo había subido por el ascensor, porque la mochila que llevaba encima debía pesar unas tres toneladas, parte de las cuales solté en ese instante, en forma de suspiro.

—Gracias, no sé qué decir...

—Como te he dicho, no tienes que darme ninguna explicación. Eso sí, me voy a atrever a darte mi opinión y eso que puedes pensar que nadie me ha dado vela en este entierro.

—No, tira, tira, por favor. —Yo moría por conocer más puntos de vista, por miedo que me diera.

—Eres una gran mujer, Luna, y la mejor aliada que Toni ha tenido nunca. Incluso me permitiría decir que no va a volver a encontrar a nadie como tú. Él tiene un pelín de egoísta que tú has sabido pasar por alto y siempre no va a tener la misma suerte. Lo que quiero decirte es que cabe la posibilidad de que la vida termine pasándole factura.

—Yo, yo... Yo lo quiero con toda mi alma, Héctor—afirmé.

—Y yo he vivido vuestra historia de amor en primera persona y no me cabe ninguna duda de eso. Honestamente pienso que Toni no sabe lo que ha tenido, pero lo peor es que todavía está ajeno a lo que ha perdido.

—Gracias, ¿por casualidad no tendrás por ahí unos clínex? Con diez o veinte paquetes me bastan. —Una lagrimilla estaba haciendo de las suyas y yo quería pararla a toda costa.

—Alguno hay, mujer. Luna, yo sé que lo debes haber pasado muy mal. Cuando nos contaste que

tu padre os había dejado con una mano delante y otra detrás, me quedé pasmado. Con sinceridad, opino que Toni no estuvo a la altura. Claro está que es probable que no fuera consciente de tu necesidad, pero las cosas no que hay darlas por hechas, hay que confirmarlas.

—Ya, vi peligrar mi carrera, esa por la que tanto había luchado, y lo de la mierda del empleo de stripper fue mi única tabla de salvación. No quiero justificarme, pero ya sabes eso de que la necesidad agudiza el ingenio. Y yo tenía mucha necesidad.

—¿Sabes lo que te digo? Que yo hubiera hecho lo mismo, Luna. Que la vida son dos días y que tú no tienes que flagelarte por haber intentado salir a flote cuando todo a tu alrededor se hundía.

Dicho así quedaba hasta bonito. Ya me veía yo a lo Rose DeWitt Bukater en *Titanic*, con la musiquita y todo de fondo, cuando la puerta volvió a abrirse.

—Buenas tardes, tú debes ser Luna del Río. —Me estrechó la mano.

—Correcto y usted debe ser Don Enrique Viseado. —Mierda acababa de volverme el Parkinson a las manos y esta vez en estado agudo.

—Papá, aquí tienes el currículum de Luna, como puedes ver es absolutamente intachable. — Héctor se lo puso en las manos, desviando su atención de los mías, gesto que le agradecí.

—Perfecto, acompáñame a mi despacho, por favor—dijo en un tono cercano, propiciando que me relajara un poquillo.

Llegamos a su despacho y, si no hubiera sido por su aire clásico, bien podría haber pensado que estábamos en un estadio olímpico; por las dimensiones, digo.

Sentado en aquel sillón, Enrique parecía dominar el mundo. Recordé aquel concepto del que tanto hablaba mi exsuegro, el padre de Toni, de “la erótica del poder”, y pensé que tenía razón a medias. El poder tiene gancho, pero si quien lo posee es más feo que Ronaldinho chupando un limón, como que no es lo mismo. Enrique era un hombre que conservaba un evidente atractivo; atractivo que había heredado su hijo, que tenía una planta que quitaba el hipo y una ristra de perlas por dientes que brillaban a diez kilómetros a la redonda.

El tiempo que se tomó Enrique para leer mi currículum y mi carta de presentación me dio para pensar eso y mucho más. En realidad, me habría podido leer la Biblia en verso. Entre mis evidentes nervios y que casi tengo que aguantar la risa pensando en que mi madre habría dicho que “se le caían los huevos”, empecé a desear que pasaran los minutos. Cuando quise darme cuenta, mis dedos tamborileaban en su mesa y guardé la mano antes de convertir aquello en un concierto acústico improvisado.

—Sublime, hacía tiempo que no llegaba a mis manos un currículum como este, Luna. —Respiró hondo, con la tranquilidad que le caracterizaba.

—Gracias, Don Enrique.—Me sentí infinitamente aliviada.

—Enrique a secas, si vamos a ser colegas, sobran esas formalidades, hija. —Sentí que mi corazón se ponía a echar horas extras a lo bestia.

—¿Vamos a ser colegas? —murmuré ante la sonrisa de Héctor.

—Eso parece, siempre y cuando estés de acuerdo con las condiciones económicas y demás. Esos aspectos, si no te importa, voy a dejar que te los cuente mi hijo. —Se levantó y me dio la mano.

Ya en el pasillo que conducía a su despacho, Héctor miró de soslayo el saltito que di, como había hecho siempre que lograba algo importante en la vida.

—Perdona, no he podido contenerme. —Sonreí levemente.

—Ni tienes que hacerlo, siempre me gustó tu frescura— soltó sin vacilar.

—Vaya... —Me quedé sin habla.

“¿Sin habla?” No, sin habla me quedé cuando, sentados en su mesa, Héctor me extendió un contrato que...

—Debes haberte equivocado, aquí pone 2.400€, es un error, seguro.

—¿Por qué es un error? —Su mirada buscaba la mía.

—Porque yo pensé que me llamabais como pasante o...

—Luna, tienes terminada la carrera y con un currículum que ha dejado impresionado a mi padre, cosa que te adelanto que es más difícil que comer sopa con un tenedor, ¿qué esperabas?

—No, no, como comprenderás, no voy a ser yo quien se queje...

—Claro, mujer, y este es el sueldo base, luego vendrán los incentivos por juicios ganados, y otros muchos extras...

—¿No estás de coña? —interpreté que no por su mirada.

—Pues claro que no, yo de ti saldría de aquí zumbando como una abeja y disfrutaría de mi último día libre...

—¿Eso quiere decir que...? —No me dio tiempo a terminar la pregunta.

—Que mañana te quiero aquí a las ocho, mi padre paga bien, pero te aseguro que hay que sudar el sueldo.

“¿Sudar?”, sudar es lo que hacía mi pobre madre limpiando escaleras. Ahora que eso se había acabado. Con mi sueldo íbamos a vivir como reinas y a mí no me daba la gana de que la explotara más ningún negrero.

Le di al botón del ascensor y me acordé de la generación al completo de los que los habían diseñado con memoria; allí estaba el viejo verde de nuevo.

—Vaya tino el suyo. Ya le hacía yo fuera de aquí—comenté rauda y veloz.

—No, mujer, uno se toma su tiempo para hacer las cosas. A mi edad saco la conclusión de que no se puede vivir tan deprisa. Es importante parar para mirar las cosas bonitas que la vida nos pone por delante. —Tildarlo de sátiro era quedarse muy corto.

Se veía que las cosas bonitas que él veía eran dos y, para su desgracia, estaban aprisionadas dentro de mi sujetador. De nuevo aquel sopor y la puerta que ya se había cerrado. ¡Joder! Había perdido la oportunidad de salir de allí echando mistos y de que le hubiera mirado las “Sonia y Selenia” a mi prima Juanita, la del pueblo.

—Pues menos mal que la vista la tiene usted más para allá que para acá, porque si la tuviera de lince, estábamos apañados. —¡Qué fatiguita me estaba dando el tío!

—Sí, sí, aunque ya me van a operar de cataratas y me han dicho que voy a ver mucho mejor, no te preocupes. —Todavía creería que lo había dicho yo afligida.

—Vaya, así que estamos de suerte, pues nada hombre. —Me coloqué el dossier que me había entregado Héctor con información corporativa de parapeto.

—¿Te ha entrado frío, hija? —Vi el coraje en sus ojos cuando le cerré el grifo de las miraditas lascivas.

—No, me ha entrado asco. —Por fin se abrió la puerta y lo mandé un poco lejos y no precisamente a pasear.

Sentada en un banco fumándose un piti, Zoe no me vio. Le puse las manos en los ojos y le pregunté que quién era.

—La boluda de mi amiga que me va a invitar a desayunar ahora mismo, que tengo el estómago como un acordeón. Dime que todo ha salido bien...

—¿Bien? ¡Ha salido mejor! Voy a ganar 2.400 pavos de sueldo base, ¿cómo lo ves?

—Mil vagones de requeteputas, ¿y el tal Don Enrique no necesita a nadie que le tome la



tensión? Mira que yo podría hacerle de porno enfermera, si quiere, ¡qué capulla! Te lo mereces, ¿ves? La suerte te empieza a sonreír.

—Y a ti, y a ti, que mi madre va a hacer un bollo de limón y te quiero ver allí esta tarde.

—Mira, si tu madre hace un bollo de limón a mí no me echa de allí ni con agua caliente. Dile que yo voy a llevar un licorcito también de esos de mora que tanto le gustan para brindar.

—Tú pon tu bonita cara, que ya el licorcito lo pongo yo...

Parecía que me había montado en una montaña rusa y que el feriante llevaba encima unas cuantas pastillitas de esas de colores que hacen que los unicornios vuelen por parejas, porque iba de sorpresa en sorpresa.

¿Estoy exagerando? Pues en esta ocasión no, y es raro en mí, que ya estáis notando que tengo tendencia a engordar un poquito las cosas. Un nuevo correo electrónico me indicaba que me iban a conceder el Premio Extraordinario Fin de Carrera por entender que el mío era el mejor currículum de mi promoción.

—Mamá, tengo un aluvión de noticias—le dije que se sentara cuando llegó, que ya tenía yo puesta la mesa.

—Primero las malas y las buenas me las dejás para el postre, hija, que a este paso se me van a poner las varices como las mangueras de los bomberos de gordas.

—¡Y un jamón! —exclamé.

—¿Un jamón? Eso quisiera yo, que la última vez que vi uno en esta cocina fue en los tiempos de Maricastañas.

—Pues coge la tarjeta del Carrefour y trae un jamón y todo lo que te salga del alma, mamá.

—¿Nos ha tocado por fin el Euromillón, hija?

—Pues no, ni falta que nos va a hacer. Me pagan un sueldo de 2.400 euros.

—¡Chupa del frasco, Carrasco! —exclamó—. Niña, ¿tú estás segura de lo que estás diciendo? —La pobre se llevaba las manos a la cabeza.

—Totalmente, mamá. Como que ya he firmado el contrato y todo—asentí.

—¿Y tú te has leído la letra pequeña? Mira que yo no gano para sustos, no vayan a querer estos también que les enseñes algo.

—No mamá, aquí lo único que tengo que mostrar son mis conocimientos y además—hice redoble de tambores—, me van a conceder el premio a la mejor de mi promoción en la facultad.

—¡Ay, mi niña! ¿Un bollo? Tú te mereces un monumento—. Las lágrimas asomaron a sus ojos.

—La que te lo mereces todo eres tú, mamá. Y vamos a empezar por comprarte una buena nevera.

—Ay, Lunita, a eso no te digo que no, porque la nuestra está ya para darle el pasaporte.

—Está fatal, mamá, si en vez de frío, da pena. —La escuché reír como hacía mucho que no reía.

—Y otra cosa mami, pide la cuenta en el trabajo que eso de levantarte a las cinco de la mañana para fregar escaleras ha llegado a su fin.

—No, no, cariño, pero si a mí me gusta mi trabajo...

—Sí, María de la O, sigue contándome cuentos chinos.

María de la O, ¿no os había dicho que mi madre tenía un nombre así de castizo? Pues sí, y es que la que me trajo al mundo era de lo más completa, todo un personaje.

—Pero hija, las escaleras nos han quitado el hambre. —Alzó la vista, mirando al infinito por la ventana de la cocina.

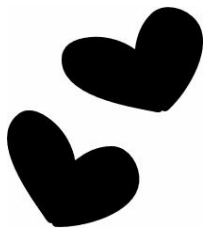
—No te digo que no, mami, y estoy de lo más agradecida, pero eso no quita para que ya no nos

haga falta. Por suerte, la hipoteca la tienes pagada y del resto me encargo yo.

—Mira, una idea sí se me ocurre. Loli la de la corsetería está buscando a una ayudante. Yo hablé con ella, pero como solo la necesitaba para por las mañanas, me daba cien euros menos de los que gano con las escaleras y por eso no acepté. Yo quiero trabajar, hija, aunque es verdad que la fregona me tiene baldada. Pero con ese trabajo de señoritinga voy a poder ir como un pincel y aportar mi dinerito en casa.

—Eso me parece de lujo, mami. Ya le puedes ir diciendo adiós a los callos de las manos, que a ti no te va a faltar de nada.

—Bueno, hija, pero como yo me entere de que tú vuelves a enseñar algo que no debes a cambio de dinero, te pego un palo en cada pierna que te van a tener que contratar en la ONCE—advertida quedas



## Capítulo 6

El martes me desperté con mejor sabor de boca. Y no porque el día anterior nos hubiéramos puesto ciegas a bollo de limón y chupitos sin alcohol, que también; sino porque por fin la vida me sonreía. En cualquier caso, el vacío que había dejado Toni en mi interior se me antojaba como el socavón provocado por un meteorito, pero esa era otra historia.

La buena noticia es que mis ojeras empezaban a remitir, aunque la gomilla de mis pantalones seguía empeñándose en deslizarse hasta mis pies.

Llegar a la cocina y encontrar una de aquellas notas de mi madre, no tenía precio.

“Luna, te he reservado el trozo del bollo de limón que sobró ayer. Si eres capaz, dejas algo, aunque sean las migas, que te estás quedando como el espíritu de la golosina, hija mía. Y otra cosa, esta tarde vamos a comprarte el traje de la graduación, que para eso tenía yo guardado un dinerito. Que lo sepas. La madre que te trajo al mundo, María de la O”.

Mi madre le sacaba la sonrisa a un muerto. Esa mujer era más fuerte que una tortilla de caramelos Halls y así me lo venía demostrando toda la vida. Total, que como fiel seguidora de la gran Celia Cruz que era, María de la O opinaba *“que la vida es un carnaval, que es más bello vivir cantando...”*

Decidí seguir su ejemplo y lucir mi mejor sonrisa. Claro está que ya contaba yo con que cierta personita estaría como loca por hacérmela perder.

—Parece que vamos a ser compañeras de trabajo, ¡lo que hay que ver! —soltó enrabiada Olimpia cuando, por mala pata, coincidimos en el ascensor del trabajo. Cielo santo, ese ascensor sí que estaba gafado, me iba a tener que calzar unas manoleínas y beberme los escalones.

—¿Compañeras de trabajo? Bueno, quizás algo así, aunque ya veremos por cuánto tiempo. —No sabía si los dardos envenenados servían contra las serpientes, pero tenía que intentarlo.

—¿Lo dices porque te van a dar una patada en el culo por gentuza? —Se ahuecó el pelo.

—No, lo digo porque te la van a dar a ti por inútil, que debes estar a esto—hice un gesto indicativo— de que te propongan para una paguita.

—Mira, no sé tú, pero yo puedo ascender en esta empresa como la espuma, cretina.

—¿Lo de cretina te ha salido porque es el término más culto que conoces o ha sido por pura casualidad? Bonita, tú estás en el mundo porque tiene que haber de todo, pero los demás sabemos que no sirves ni para estar escondida.

—¿Qué dices? —chilló ya en el descansillo, al salir del ascensor.

—Te recomiendo que bajes la voz porque hasta las chicas de barrio, como yo, sabemos que este no es lugar para pregonar como en un mercado, ¿no te parece?

—Mira, te voy a decir una cosa, si yo duro aquí poco será porque para mí es un trabajo de paso, mientras pienso realmente lo que quiero hacer con mi vida.

—Lo que viene a traducirse como “de paso” entre un año sabático y otro, entiendo, porque

disfrutar de tiempo libre es lo único que se te da bien.

—Desgraciada, que no tienes ni donde caerte muerta.

—Al tiempo bonita, recuerda que torres más altas han caído. No creas que toda tu vida va a ser un camino de rosas porque papá esté ahí, que a lo mejor te clavás un día una espina y despiertas del cuento de hadas.

—Eso quisieras tú, miserable. Pero te voy a decir algo, porque tu padre cogiera la puerta y se fuera detrás de una fulana, no quiere decir que a todos nos vaya a pasar lo mismo. Siempre hubo clases, ¿o es que todavía no te has enterado?

—La que no se ha enterado de la misa la mitad todavía has sido tú, “condesita”, pero igual pronto descubres que lo de la sangre azul es solo una metáfora y te dan por donde amargan los pepinos.

—¿Lo dices por experiencia? Porque supongo que a ti te habrán dado en esas fiestecitas que le ocultabas al incauto de mi hermano. Ahora que a mí nunca me la diste, yo sabía que tú solo venías por su dinero y su posición.

—En posición te voy a poner a ti y te voy a mandar de una patada hasta Pernambuco como no dejes de calumniarme, so niña de mierda. Ahora da la talla y aparenta que eres la señorita que todos creen cuando entres en ese despacho, que yo te guardaré el secreto.

—Esto no ha terminado, tú y yo nos vamos a ver las caras, te lo juro. —Se notaba que le habían dolido mis palabras.

—Y mira que ver la tuya no es plato de gusto, hija mía, que tiene una que tomarse un Almax después para la acidez, pero qué se le va a hacer...

—¡Que te den, Luna!

—Que todo lo que me desees, llegue a ti por triplicado, Olimpia.

—¿Quién ha dicho eso? He sido yo con la sin hueso—dijo, cual pija que era, manita en alto, buscando su lugar en la oficina. Que tuviera suerte, pues sus funciones eran tan indefinidas que ni ella misma sabía qué leches tenía que hacer allí.

Héctor me recibió sonriente, conduciéndome a mi despacho. Sí, sí, mi despacho, tal como suena.

—¡Guau! Esto es precioso—miré por aquel amplio ventanal que ofrecía unas espectaculares vistas de la ciudad.

—Bueno, ninguno tenemos uno como el de mi padre, pero no están mal. —Tomó asiento—. Además, los nuestros son más modernos. Puedes poner este un poco a tu aire, sin pasarte.

—¿Bromeas? ¿Dices que no está mal? Si aquí cabe dos veces mi piso.

—Me alegra que te guste. Lo que no sé si te agrada tanto es el puñado de expedientes que te tengo preparado, ahora te los traigo en una carretilla—bromeó y su sonrisa pareció alumbrar todavía más el despacho, que de por sí gozaba de abundante luz natural.

Quizás os estéis preguntando que, siendo Héctor íntimo de Toni, cómo no me había yo fijado antes en sus más que evidentes atributos físicos. Y es que, hablando claro y pronto, Héctor estaba de toma pan y moja. Pero no, yo no había tenido ojitos más que para mi Toni, que para eso estaba enamorada de él hasta el tuétano. Pero no enamorada de “las horas se me hacen interminables sin él”, sino enamorada de que si mi chico me decía “ven”, lo dejaba todo, como en la canción, y mucho más. Yo por Toni hubiera escalado el Everest sin cuerdas, me habría metido con una piraña en un bidé o habría cruzado el charco a nado si me lo hubiera pedido.

La mañana se me pasó en un abrir y cerrar de ojos y es que, cuando sabes lo que es ganar el dinero con el sudor de tu frente, valoras que dedicarte a la que es tu verdadera vocación es algo

que vale su peso en oro. Y, justamente así, como lingotes de oro se me representaba a mí el sueldo que iba a percibir, que para mi edad y de donde yo venía, era una auténtica fortuna.

—¿Qué tal la mañana de trabajo, chicas? —nos preguntó Héctor al salir a Olimpia y a mí, cuando coincidimos en la puerta.

—Genial, se me ha pasado volando. Tengo expedientes para jalar y tirar por alto encima de mi mesa, estoy entusiasmada—dije de corazón.

—Pues yo me he aburrido como una ostra, ya me podíais dar a mí algún expediente también de esos, Héctor, que voy a coger complejo de camarera; llevando y trayendo cafés.

—Pues estaremos encantados de hacerlo, Olimpia, en cuanto pases por la universidad y te lo cures como hemos hecho los demás—le contestó él con total soltura, dejándola sentada de culo.

—Vaya, aquí el que no corre vuela—respondió ella, haciéndose la agraviada mientras él se despedía.

—Pues sí y yo creo que la primera en salir volando vas a ser tú, que te van a poner de patitas en la calle como sigas con esa actitud—observé pensando que, el que ríe el último, ríe mejor. Y es que para eso había yo aguantado muchas indirectas por parte de ella y de los finolis de sus padres.

Aquella tarde yo tenía una cita ineludible con las dos mujeres de mi vida; mi madre y mi amiga Zoe. Juntas iríamos a elegir mi vestido para la graduación.

—Mamá, escúchame, yo no quiero que te gastes tus pocos ahorros. Puedo comprarlo con mi tarjeta de crédito y reponerlo en cuanto cobre. Acuérdate de que las estrecheces se han acabado—le comenté en el bus, camino de esa tienda del centro por cuyos vestidos yo llevaba años suspirando.

—De eso nada, monada. A partir de ahora, es posible que otro gallo nos cante en lo que al dinerito se refiere, pero yo tenía la ilusión de regalarte ese vestido con lo que poquito que he podido ir reuniendo y es lo que hay—mi madre era buena hasta decir basta.

—Vale, mamá—asentí con cariño.

Pese a estar en la mejor de las compañías, yo no podía echar más de menos a Toni. Justo en aquellos días se estaban cumpliendo muchos de los sueños por los que llevaba años partiéndome la cara. Me graduaba, me iban a dar un premio por mis calificaciones y estrenaba un trabajo que para mí era lo más de lo más. No poder compartir todo lo bueno que me estaba pasando con él me estaba martirizando, así que más me valía que el cielo escuchara mis plegarias y él tuviera a bien cambiar de actitud en algún momento.

—¿En qué piensas, hija? —me preguntó mi madre—. Es que mira que eres inteligente, pero llevas unos días que parece que estás en Babia.

—No sé, mamá, supongo que igual estoy pensando en las musarañas.

—Pues espero que esas musarañas no se llamen Toni porque ese me tiene a mí pero que muy calentita, cariño. —Yo la entendía, pero ¿quién me entendía a mí? —Es que parece que estás acarajotada, Luna.

Me tenía que reír con ella y sus expresiones. Más llana no la había, aunque yo a mi madre la adoraba y por ella arañaba si era necesario.

—Sí, sí, que estos días parece que te faltan un par de jugadores, amiga—añadió Zoe, que solía poner la puntilla.

—¿Qué dices que le falta a mi hija? Mira que yo la hice muy completita, a la vista está—le preguntó mi madre apresuradamente.

—Que le faltan un par de jugadores, que le patinan las neuronas, vamos que no está muy lúcida,

para decir...

Entre la una y la otra me tenían distraídas. Vaya par que estaban hechas...

—Hija mía, ese vestido te sienta como un guante, pareces una artista de cine. Nos lo llevamos —apuntó mi madre en cuanto me lo vio puesto.

—Mamá, que vale 200 eurazos, me parece un despropósito. —Por nada en el mundo quería que se gastara esa cantidad.

—Tú te callas, hija, que para eso ha fregado tu madre muchas escaleras. Mis buenos madrugones que me ha costado...

—¡Qué rata que sos! —Ahí le salió a Zoe su lado más argentino, aunque normalmente sus frases eran una perfecta mezcla de las de ellos y las nuestras.

—No me seas piltrafilla, que ya sabes que es porque no quiero que mi madre se gaste el dinero.

—Pero dale el gusto a tu vieja, ¿no ves que ella está loquita porque te pongas ese vestido?

—Mira, Zoe, que yo te quiero mucho, pero como me vuelvas a llamar vieja te voy a decir las verdades del barquero. —Vaya show que era ir con las dos...

—Pero María de la O, no te pongas re caliente, si para mí vieja es madre, ya lo sabes. Yo se lo digo a la mía a todas horas...

—Y a mí me parece muy bien hija, pero no me eches años encima que para eso me gasto yo los cuartos en la peluquería todos los meses, ¿o acaso me ves una cana o algo?



## Capítulo 7

—Te traigo noticias frescas. —Héctor acababa de hacer “toc toc” en mi puerta.

—Entra, por favor.

—Mi padre quiere pagarte el mejor máster el curso que viene para que puedas acudir también a juicio; no te quiere solo en los despachos.

—¿Quieres decir un máster de esos de los que valen un riñón y parte del otro? Yo tenía pensado hacer uno corriente y moliente, podría compaginarlo con mi trabajo, porque son por las tardes.

—Y el que él va a proponerte también, no te preocupes que no va a prescindir de ti en horario laboral. Está seguro de que, cuando completes ese pasito que te falta, darás la talla en sala como pocos.

—Me siento halagada, no sé ni qué decir, es una pasada tu padre.

—¿Te cuento un secreto? —Me guiñó el ojo y en ese momento me recordó cantidad a cuando lo hacía Toni.

—Claro, suéltalo, soy toda oídos.

—Hacía mucho que no lo veía apostar así por nadie. Y no hace falta que te diga que él tiene olfato para estas cosas. Solo apuesta a caballo ganador, no te sientas mal por aceptar su ayuda. Piensa que él lo hace como una inversión y, en cuanto a ti, el día de mañana podrías ser socia de este despacho. ¿Lo ves? Es una simbiosis total.

—Socia, ¿tú has carburado lo que estás diciendo?—Una cosa era ser empleada y otra que tal posibilidad pasara por mi cabeza.

—Yo te digo que cuando mi padre diga “salta” tú te pongas el paracaídas sin preguntar, que no te va a defraudar. Y ahora me voy, no vaya a ser que me dé el finiquito a mí, que no te creas que por ser su hijo no me llevo un buen tirón de orejas de vez en cuando.

Embobada, me quedé soñando despierta durante un rato. Un máster de esos que había que tener un montón de ceros en la cuenta para cursar, ¿de verdad que no había gato encerrado? Me acordé de Julia Roberts cuando chillaba de alegría, metida en la bañera en la peli de *Pretty Woman* y luego pensé que las comparaciones son odiosas y, dados mis antecedentes, procedí a borrar con lejía tal escena de mi memoria.

Aquel trabajo era más de lo que podía soñar, habida cuenta de que mi jornada laboral era de lunes a viernes de ocho a tres, y eso me permitiría seguir formándome como la gran abogada en la que quería convertirme. Vaya, que ya me veía yo a lo *Ally McBeal*, aquella serie de picapleitos que veía de pequeñaja. Eso sí, con la diferencia de que ella trabajaba, entre otros, con su exnovio; y yo lo hacía con el mejor amigo del mío.

En la otra cara de la moneda, el viernes por la tarde, camino de la peluquería, mi corazoncito seguía albergando una ilusión que se iba apagando conforme los minutos transcurrían.

—Hija, has mirado cientos de veces el teléfono desde que comiste, a mí no me lo das, ¿tú sigues creyendo que Toni va a aparecer a tiempo para la graduación?

—Mamá, no se te va una. Serías buena para detective privado, ¿por qué no te lo planteas y nos asociamos tú y yo? Podría ser la bomba...

—No, hija, la bomba es esto, mira.

Mi madre me enseñó la pantalla de su móvil. Se ve que, por arte de magia, mi padre había salido del agujero en el que se metió cuando se fue de nuestra casa y ahora quería ponerse medallas acudiendo a mi graduación.

—Mamá, esto es lo que me faltaba por ver. Y seguro que quiere venir con su novia, a mí no me da la gana de que tú tengas que pasar por ese trance.

—¿Trance? A mí eso me la trae al paio, hija. Por mí como si se tiran los dos por un puente o si deciden probar suerte como dúo musical, a lo Romina y Albano, pero en cutre. Lo que de verdad me jode es que tú las hayas tenido que pasar canutas para terminar tu carrera y ahora venga él a apuntarse el tanto. Que me hubiera dejado a mí no le impedía quedar como un señor, haciendo las cosas bien contigo. —Noté que las lágrimas le comenzaban a salir a borbotones y pensé que hasta ahí podía llegar la broma.

¿Honestamente? No solo lo pensé por ella. Yo estaba a un clic de llorar más que Jeremías por Toni y él ni siquiera se había dignado a contestar ni uno solo de los mensajes que como una pardilla le seguí enviando esa semana. De un momento para otro, me cambió el chip y pensé que ni mi madre ni yo nos merecíamos sufrir por esos mentecatos.

—Mamá, corre, apaga el móvil, que yo voy a hacer lo mismo. —La cara de Jaimito que puso mi madre haciéndolo me valió más que cualquier tesoro. Y, según ella, la felicidad también acudió a la mía en ese mismo instante. Fin de la historia.

Un par de horas después, cogidas del brazo y muy requetepuinadas, mi María de la O y yo salimos de la pelu.

—¿Sabes lo que te digo, mamá? Que yo había pensado en acudir al acto de graduación, pero no tenía ganas de la cena ni del baile. Y de repente, me han entrado todas juntas. Pienso ir y me lo voy a pasar de muerte.

—¿De muerte? —Me volví y ya estaba Zoe detrás de mí, que venía camino de nuestra casa para vestirnos las tres juntas.

—Pues sí. Y tú prepárate, amiga, que el cubierto de Toni es tuyo; ya tengo acompañante para la fiesta. Y no puede ser mejor.

—¿Nos vamos de jolgorio? ¡Toma yaaa! —Hizo un gesto victorioso Zoe que nos provocó la risa.

Llegar a aquel teatro en el que se celebraba el acto de graduación y ver la carita orgullosa de mi madre también fue todo un lujo.

—Hija mía, ¡qué alto has llegado! Eres la primera persona de nuestra familia que se saca una carrera. ¡Y encima con todos los honores! Cuando te vayan a dar el premio necesitaré una sábana para secarme las lágrimas y otra para sonarme los mocos—señaló.

—Pues menudo recital que nos va a dar tu... —Zoe se calló a tiempo pues ya iba a soltar eso de “vieja” y la mirada de mi madre amenazaba con destriparla.

—Así, calladita estás más guapa o no vuelves a probar mi bollo de limón—Mi madre la adoraba, pero nos tenía a las dos firmes como velas—. Que ya es hora de que os enmendéis, que



cada vez que me acuerdo de los asuntitos oscuros esos en los que os metisteis, me da un pasmo. — Todavía lo tenía en mente, aunque cada vez lo nombraba menos.

—Ya, ya, bueno mamá, no mezcles las churras con las merinas, que eso ya quedó en el pasado. —Reí mientras iba llegando a la altura de mis compañeros, que comenzaban a felicitarme a diestro y siniestro por lo del premio.

—Y hablando de pasado, María de la O, ¿no es ese tu marido? —Se hizo un silencio y mi madre y yo nos miramos.

—¡¡¿Dónde?!!

—Yo no quiero aguarle la fiesta, bueno a ninguna de las dos, pero juraría haberlo visto entre la gente—se disculpó Zoe, pues nada más lejos de su ánimo que disgustarnos.

—¿Ese desgraciado ha osado asomar los hocicos por aquí? —Mi madre miraba en todas las direcciones, incrédula.

—Juraría que sí, pero tampoco pongo la mano en el fuego, no vaya a ser que me achicharre. — Zoe parecía preocupada.

—¿Tú llevas puestas las lentillas? —Quise cerciorarme.

—Sí graciosa, ¿estás insinuando que veo menos que un gato de escayola? Mira que todavía te arreo.

—Bueno, bueno, haya paz, ahora os tengo que dejar. Estoy temblando como un flan, creo que me voy a caer de espaldas cuando me toque dar el discurso por lo del premio, ¿y si tropiezo y me caigo en el escenario?

—La concha de tu madre, aquí presente, por cierto, ¿te has creído que tienes que desfilar en la pasarela Cibeles? Lo único que tienes que dar son unos pasitos, así “uno, dos tres...”. —Comenzó ella a darlos y, de la risa, me relajé un poco.

—Ahí tiene razón Zoe, lo vas a hacer muy bien, además ella y yo te *jalearemos* cuando llegue el momento.

—No, mamá, por lo que más quieras, no es necesario, que me vais a poner más nerviosa todavía y no se va a saber si hay una o tres Lunas sobre el escenario.

—Solo hay una Luna y está llena, mi amor; llena de todo lo bueno que una madre pudiera desear para un hijo. Me has salido mucho mejor de lo que yo nunca imaginé. —Mi madre, siempre tan graciosa y nada comedida, parecía haberse metido a poetisa por unos segundos y me hizo llorar.

—¡Me voy, que no puedo con vosotras! —Salí corriendo aun a riesgo de pisarme el vestido.

Una vez en el escenario, pude comprobar que las sorpresas crecían, una detrás de otra. Lo primero, porque mis propios ojos fueron testigos de que Zoe no estaba tan tarada, ni veía visiones. Mi padre estaba en la sala, pero a diferencia del resto, y temiendo que mi madre le montara la monumental, se había escondido detrás de las cortinas, provocando en mí una mezcla de pena y bochorno indescriptible. La segunda llegó de la forma más inesperada, y fue a la hora de entregarme el premio.

— Y ahora llega uno de los momentos cumbre de este acto, en el que la señorita Luna del Río Lagóstena va a recibir el Premio Extraordinario Fin de Carrera, como corresponde a una alumna ejemplar con un impresionante currículum. La entrega, como ya es habitual, correrá a cargo de un respetado profesional del mundo del Derecho, de los que suelen colaborar con nuestra insigne institución. Este año, como tributo a su trayectoria, el elegido es Don Enrique Visedo. Pero, una repentina indisposición, ha motivado que sea su hijo, Héctor Visedo, alumno egresado de esta

Facultad, quien haga entrega de dicho premio en nombre de su progenitor.

Mientras el teatro al completo aplaudía, a mí, si me pinchan, no me sacan ni una gota de sangre. Semejante anuncio me cogió por completo por sorpresa, ¿de veras Héctor me iba a entregar el premio?

¡Y tan de veras! No tardó en subir al escenario con un original traje azul cielo, arrancando los aplausos de todo el personal y haciendo que los ojos del sector femenino se fueran directos a aquel culito respingón que bien podría protagonizar un anuncio de vaqueros. ¿He dicho del personal femenino? Y de parte del masculino, pues tendríais que ver la carilla que se le quedó a mi compañero Christian, que salió del armario el mismo día que vino al mundo.

—Buenas tardes a todos. Es un honor para mí estar aquí entre aquellos que fueron mis mentores —se dirigió a los profesores— y esta nueva generación de abogados que viene pisando fuerte. También es un honor hacerlo en nombre de mi padre que, ¿qué quieren que les diga? Es la persona que más collejas me ha dado en la vida, pero también el hombre al que más admiro, en lo profesional y en lo personal. Por último, es un honor igualmente entregar este premio a una alumna fuera de serie; a una que va a convertirse en una temible picapleitos a quien me temo que ninguno vamos a poder toserle. Si algunos de mis colegas aquí presentes, estáis pensando en ficharla, siento comunicaros que el despacho de mi padre, al que yo también pertenezco, se os ha adelantado. Luna del Río es nuestra, y este premio es suyo. —Me miró y me quedé petrificada.

Ya os he dicho que el carisma de Toni fue una de las grandes bazas a su favor a la hora de que yo cayera rendida a sus pies. Lo digo y lo mantengo, como también digo que el que demostró en su breve intervención Héctor se metió al público entero en el bolsillo. Y quien dice al público entero, dice a mí, que me derretí con sus palabras.

—Yo no sé qué decir porque creo que los demás ya lo han dicho todo por mí. Solo soy una estudiante que está deseando crecer como profesional y que puedo garantizar que hacerlo bajo el ala de Don Enrique Visado es una oportunidad que ha superado todas mis expectativas. Gracias a mis profesores y gracias a los que van a convertirse en mis compañeros de trabajo. En concreto, muchas gracias a ti, Héctor. Y ahora, si me lo permitís, quiero dedicar mis últimas palabras a la persona sin la que este sueño no hubiera quedado más que en una ligera cabezada; mi madre, María de la O Lagóstena, un ejemplo de sacrificio y valentía en la vida. De ella también me he llevado buenas collejas, y hoy se las agradezco. Gracias mami, por ser como eres”.

Mi madre fue la primera en levantarse a ovacionarme. Ríos de lágrimas se desbordaron por mis mejillas y, mientras recogía el premio, recibí el caluroso abrazo de Héctor. Por unos segundos, mi padre también salió de detrás de las cortinas y me dedicó su aplauso. De una manera u otra, allí estábamos todos. Y digo todos, porque no le permití a Toni que su ausencia ensombreciera el momento más emocionante de mi vida.

—¡Hija mía, te como entera! —soltó mi madre cuando bajé del escenario.

—Ains boluda, que me has puesto los pelos como escarpas, qué cosas más bonitas has dicho —añadió Zoe.

—Hija, yo sé que no soy nadie para acercarme a ti hoy—mi padre había salido de su refugio tras las cortinas—, pero no soportaba la idea de no felicitarte. Estoy muy orgulloso de ti.

—Gracias papá. —Lo último que quería yo era que se armara la marimonera entre mis padres en aquel momento, por lo que preferí aceptar su felicitación como si nada.

—Ea, pues ya la has felicitado—mi madre a duras penas podía contener su ira—, ya puedes

volverte con tu muñeca Betty Boop.

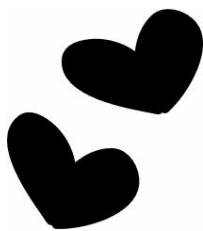
A ver, que llamara así a la pareja de mi padre tenía una razón; la chica se llamaba Betty y mi madre, dolida, como que consideraba que para él solo había sido una muñequita detrás de la que correr, enchocado.

—María de la O, ya no estoy con ella. —Miró hacia el suelo, avergonzado.

—Pues nada, hijo, mala suerte. Unas veces se está arriba, y otras abajo, que te vaya bonito—zanjó ella la conversación y salimos andando.

—Gracias hija, sé que no he estado a la altura, pero me llevo en el corazón este día—exclamó él desde lejos.

—Te juro que no he liado la de San Quintín por ti—. Rio mi madre, haciéndole la peineta cuando ya no nos veía.



## Capítulo 8

Zoe y yo nos montamos muertas de las risas en el autobús.

—Jo, amiga, ha sido genial. ¡Y la semana que viene la tuya! —Ella también se graduaba en esos días.

—Sí, sí, pero yo no voy a recibir ningún premio; ni mucho menos me va a caer la breva de que me lo entregue un tío bueno como Héctor, ¡Joder si está para comérselo después de embadurnarlo en nata!

—¿En nata? Y al natural también. —Le di la razón porque el tío era un escándalo.

—Y encima, igual tiene un brazo de gitano relleno también entre las piernas—murmuró la loca de ella.

—¡Estás fatal! —Reí con ganas.

—Vamos, ¿me vas a decir que no lo has pensado?

—¿En lo que tiene entre las piernas? Pues va a ser que no, tal cosa no ha pasado por mi mente, que no la tengo tan sucia como tú. —Apreté mis nudillos en su cabeza.

—Hazlo otra vez y mueres, que me vas a desarmar el tupé, pelotuda. —Se quejó—. Y, además, me juego la guita que quieras a que sí lo has pensado.

—¿En liarme con él? ¡Anda ya! Vale que tiene planta de modelo de esos de portada de revista, eso seguro. Pero de ahí a lo otro...

—Pues de ahí a lo otro solo hay un pasito, "*Pasito a pasito, suave, suavecito...*" —Comenzó a cantar y, cual, si fuéramos Luis Fonsi & Daddy Yankee, terminamos la canción.

—Estás rematadamente majara. —La miré cuando hubimos acabado, seguidos por algunos de los que teníamos sentados cerca.

—¿Por querer beberme la vida sorbo a sorbo? Entonces sí, soy la más majara del mundo. Yo no me quiero ir para el otro barrio con la sensación de no haber vivido, qué quieres que te diga.

Pensé que aquella mendruga, algunas veces, hasta llevaba la razón. Pero de eso a liarme con Héctor iba un abismo. A ver, yo estaba luchando por arrancarme a Toni de dentro, pero de ahí a sacarlo a empujones metiendo a su mejor amigo, en el corazón, digo... Como que me parecía un poco *heavy*.

—Como si no te conociera. —Me miró Zoe, pícara.

—¿Qué insinúas?

—Que ya estás dándole al molinillo pensando en lo que te he dicho. A ver, que no te estoy sugiriendo que le jures amor eterno ni que esperes a que te ponga un pedrusco en el dedo. A lo que me estoy refiriendo es a que le des una alegría al cuerpo, a que le dejes que arrime cebolleta, a que permitas que le meta la zanahoria al conejo...

—Si te he entendido, burra, que te explicas como un libro abierto...

—Sí, sí, que a mí no me gustan las dobleces. Y ya así de paso, comparas, que eso de probar un solo calibre como que no es saludable, te lo digo yo. —Se echó hacia atrás en el asiento y se quedó más ancha que pancha.

—Y otra cosa... —Me había quedado un poco rayada y se notaba.

—Venga, suéltalo, que no te quedas a gusto si no estás mareando la perdiz...

—¿Qué te hace a ti pensar que él quisiera nada conmigo, siendo como es el mejor amigo de Toni?

—¿La forma en la que te mira, a lo mejor?

—Yo no he notado nada...

—Eso es porque todavía tienes la mente puesta en el melón de Toni. Chica, sírvete, que va a haber fruta fresca de temporada para dar y regalar... Tú, cuando veas a Héctor el lunes, hazte un poco la interesante, que a ellos les van las malotas, hazme caso...

El lugar elegido para la celebración no podía ser más agradable y la alegría nos embargaba a mi amiga y a mí.

—Bueno, por lo menos empleaste bien el dinero, nos vamos a poner las botas esta noche. — Zoe miraba las bandejas de canapés que empezaban a servir con cara de zampabollos.

—Sí, tía, doscientos pavazos que me costaron las entradas, lo que ganamos una noche de aquellas tú y yo.

—¿No digas que no nos defendíamos bien? En realidad, yo me sentía un poco la reina del mambo cuando sacábamos a pasear las Lolos...

—Pues yo me sentía como un objeto, con todas aquellas miradas de los tíos puestas en ellas. Quitá, quitá. —Me sacudí la cabeza y, fruto de aquella sacudida, creí haberme quedado lela.

Pronto comprobé que no, que igual lela llevaba algo más de tiempo, pero lo que acababa de ver era tan cierto como que a Risto Mejide le gusta más liarla que a un tonto un lápiz.

—¿No es ese Héctor? —Zoe se frotó los ojos.

—En vivo y en directo—solté.

—Tú a este lo estás poniendo a tope como la COPE, hazme caso...

—¡No jodas! Habrá venido porque tendría invitación, al haber participado en el acto.

—Ok, ok, pero ¿tú lo has visto esta mañana en el curro?

—Claro, como todos los días, recuerda que soy novata y él supervisa a diario mi trabajo.

—¿Y te dijo algo de esto?

—Ni media palabra, la verdad. —Me rasqué la cabeza, un tanto sorprendida.

—¿Y eso no te dice nada?

—Pues yo qué sé, chica...

—Joder hija, menos mal que la cerebrita eres tú. Este ha querido darte la sorpresa, así para cogerte de improviso, que es más guay...

—¿Y eso con qué fin u objeto? Según tú, vaya...

—Pues con el fin de que está interesado en supervisar algo más que tu trabajo, palurda. Ains, de estudios sabrás mucho, pero lo que toca de la vida, estás más verde que la minga de Shrek.

—Calla, calla, que viene para acá...

En cuestión de unos segundos, Héctor se nos acercó y le presenté a Zoe.

—Estás guapísima esta noche, Luna. —Me regaló una sonrisa que era para perderse en ella.

—Gracias, tú... —A punto estuve de corresponder con mi comentario, pero me frené a tiempo.

—Voy a buscar unas copas. —Zoe se esfumó aposta.

—El rojo te sienta sensacional—insistió Héctor, volviendo a la carga y logrando que, de

inmediato, mis mejillas hicieran juego con el color del vestido.

Largo, con escote corazón y falda plisada con extraordinaria caída, era el vestido más bonito que yo había lucido nunca, por lo que estaba con él como niña con zapatos nuevos.

—Y lo que tienes ahí es precioso. —Me quedé muerta, ¿me estaba mirando las tetas y había hecho ese comentario? Se me acababa de caer un mito, yo lo tenía por mucho más caballero.

—¿Ahí dónde? —pregunté un tanto soliviantada pensando que el universo no podía jugar de nuevo así conmigo. ¿Me estaba tratando como a una cualquiera?

—Ahí, mujer, en el escote. El broche que llevas, es elegantísimo...

¡Joder, qué susto! Ya lo iba añadiendo al grupo de los sátiros, pensando que iba a ser otro de esos que no se perdía nada si metías en un saco, lo anudabas y lo tirabas al fondo del río.

—Gracias, es un regalo de mi madre, igual que el vestido. Oye, me quedé helada cuando vi que el premio me lo ibas a dar tú, ¡qué calladito te lo tenías!

—Luna, ¿qué sería la vida sin un poco de sal? Si lo vas cascando todo de antemano, pierde la gracia. Además, ya irás viendo que los abogados solemos tener siempre un as en la manga.

Ya lo había vuelto a hacer, yo no entendía muy bien de qué iba la cosa, él guiñaba el ojo y a mí me temblaban las piernas, ¿esa qué tipo de conexión era?

—Parejita, ¿una foto? —interrumpió el fotógrafo del evento.

“¿Parejita?”, otro que le daba a las pastillas de colores.

—¡Claro! —Héctor me tomó por la cintura y, al abrir la boca para sonreír, me deslumbró con el brillo de sus dientes, de modo que cerré los ojos.

Vale, me he colado. No fue el brillo de sus dientes, fueron los últimos rayos de sol de la tarde.

—Hay que repetir—concluyó el fotógrafo en cuanto la miró.

—Vaya, pues entonces haremos un esfuerquito. —Volví a tomarme por la cintura y esta vez me acercó todavía más a él.

—¡Ahora sí! La he clavado, esta se la podréis enseñar a vuestros nietos. —El chaval se mostraba entusiasmado con la foto.

—¿Qué nietos? —Estaba a punto de preguntarle si eran las susodichas pastillas o un buen porro de María lo que se había metido entre pecho y espalda.

—Tú déjalo a él, mujer, que es el profesional. —Tablas tenía Héctor para construir una docena de cabañas de madera.

—Vaya par, no sabéis lo que decís. —Sacudí la cabeza.

—Te tengo que dejar ahora que debo ir a saludar, puro compromiso. Luego te veo.

Héctor echó a andar y en esas llegó Zoe con tres copas.

—¿Dónde va ese? —Miró, extrañada.

—A saludar, mujer, que te recuerdo que aquí no estamos solos y conoce a mucha gente.

—Ea, pues mejor, más copas para nosotras...

Un rato después, nos abrieron las puertas del restaurante y miramos en un cartel cómo estábamos distribuidos por mesas.

—El asiento contiguo al tuyo no tiene nombre, pelotuda—observó enseguida Zoe.

—Pues se habrá quedado vacío, tampoco es que sea yo la reina de la fiesta y que vaya a haber tortas para ocuparlo.

—¿Qué te apuestas a que se sienta contigo? —me preguntó desafiante.

—¡Andá a cagar! Como dirías tú, Zoe. Héctor se sentará con los profesores, él no es un alumno.

—Por lo poco que yo he visto de él, no es un picapleitos de esos, estirado ni convencional, ese se sentará donde le venga en gana...

Cinco minutos de reloj tardamos en salir de dudas, que fueron los que transcurrieron hasta que Héctor vino a ocupar su asiento.

—Te lo dije—murmuró ella mientras él saludaba al resto de la mesa.

—¿Puedes anunciarlo a bombo y platillo? —No quería que se percatara de que hablábamos de él.

—Espera que ahora traigo un megáfono—bromeó en flojito.

Fue entonces cuando Héctor me miró y yo le di un pisotón a Zoe para que se callara. A continuación, ella me dio un pellizco en el muslo para indicarme que, si la dejaba tullida, ya seríamos dos.

—¿Os molesta la compañía de un viejuno como yo? —preguntó con salero.

—No hombre, tampoco es que seas Matusalén, será soportable—soltó sin pensarlo Zoe, así era ella.

—Vaya, lo tomaré como un halago. —Sonrió y me miró, buscando mi respuesta.

—Tú no eres ningún viejuno, ya lo sabes, no quieras que te regale el oído—le confirmé mientras desplegaba la servilleta.

Héctor tenía unos tres años más que Toni, por lo que andaba por los treinta y dos, años me refiero; aunque la mayoría de las chicas pensarán que treinta y dos eran los polvos que le echarían.

Entre risas, bromeas y comentarios dicharacheros, nos fuimos zampando unos platos que parecían no terminar nunca. Como colofón, tarta de queso con chocolate blanco, uno de mis postres preferidos.

—¡Joder con la tarta! —exclamó de repente Héctor y me quedé perpleja.

—¿No te gusta? Pide que te la cambien, han dado a elegir otras opciones.

—No, no, si me encanta, pero creo que me ha fastidiado un diente. —Se llevó las manos a la boca y yo pensé que si le faltaba un tornillo.

—¿Entonces? —Lo miré expectante, lo mismo que Zoe y que Christian, que era otro de los comensales y que no le quitaba ojo de encima a Héctor.

—Si te ha roto un diente este bizcocho tan esponjoso, que venga Dios y lo vea—entrecerró Christian los ojos y yo supuse que él estaba viendo otra imagen apetitosa, pero que más tenía que ver con Héctor que con el dulce.

—¡Acabáramos! —exclamó Héctor sacándose una piedrecita brillante de la boca.

—¿Qué es eso? —la inspeccioné.

—Eso ha sido tu culpa, has atentado contra mi dentadura—. Se partió él de risa.

—¿También tú has fumado? —No sabía por dónde iban los tiros.

—Tú, tú, no te hagas la tonta. Es una prueba irrefutable, mira.

—Y sí, me quedé loca cuando confirmé que a mi broche le faltaba una piedrecita, que justo era la que tenía él en la mano.

—¡Toma castaña, es verdad! Las matas callando—soltó Zoe.

—Misterio resuelto—concluyó Christian—. La experiencia es un grado, guapa, un abogado reputado sabe oler una prueba a kilómetros de distancia. Volvió a cerrar los ojos y yo pensé que a esa distancia se había marchado él en compañía de Héctor, mentalmente, claro.

—Este atentado merece que me desagrades si no quieres que te denuncie—advirtió muy serio.

—Pues se me iba a caer el pelito, tú me dirás qué puedo hacer para desagraviarte...

—Concederme el primer baile de la noche. Bueno y luego un segundo y un tercero... a poder ser. Puestos a pedir, tú siempre pide la pena máxima, que luego te la van a rebajar.

—Esa no es una pena, es un gusto. —Le sonreí y rápido caí en que me estaba soltando con él más de lo normal en mí.

—Un gusto sí—suspiró Christian provocando las risas generales.

Como lo prometido es deuda, Héctor me recordó la mía en cuanto comenzó a sonar la música.

—“¡La Playa!” —gritó Zoe según reconoció la canción de Myke Towers y cogió a Christian de la mano.

—Venga, vamos— asentí ante la mirada complacida de Héctor.

Yo no iba a descubrir América, ya sabía que él se las llevaba de calle bailando. Y es que, a diferencia de Toni, de quien Zoe decía que bailaba tipo “Robocop” (no podía ser más jodida), Héctor derrochaba arte con cada movimiento de cadera.

En cuanto a mí, bailar era una de mis grandes pasiones, por lo que vi el cielo abierto de tener a un compañero de baile tan dispuesto y saleroso.

En cuestión de minutos, la pista se puso a rebosar. La gente bailaba frenética y allí no cabía un alfiler.

—Te vas a ganar unos buenos refregones extra por aforo completo—me decía en el oído Zoe mientras yo disimulaba.

—¿Y tú no te vas a buscar ninguno? Mira que con Christian no te vas a comer un colín...

—No, no, yo a este lo emparejo ahora corriendo y me voy a la caza del maromo, eso tenlo por seguro.

Y debió hacerlo porque, durante un par de horas, no volví a verle el pelo a mi amiga. En ese tiempo, Héctor solo se apartó de mí para ir a pedir copas, agasajándome con toda clase de mimos y atenciones.

—Estás increíblemente preciosa esta noche—me piropeó en el oído mientras bailábamos una lenta. Lenta y pegada, pues allí por no haber, no cabían ni las dudas. El ambiente estaba cargado hasta reventar y la temperatura aumentaba por momentos.

—¡Que pongan el aire acondicionado, por Dios! —chillé un poco achispada.

—Pero si está puesto a tope, loquita—observó él mirando a los aparatos.

Vale, vale, entonces el aumento de temperatura aquel, que bien podría dar al traste con el Polo Norte y Sur a la vez, no tenía que ver con el local. Así era, y me





## Capítulo 9

El lunes por la mañana, al levantar Olivia el tono como lo hizo cuando me vio aparecer, me olió a chamusquina. La muy pelmaza estaba en la puerta de la calle y algo me decía que ojo avizor, esperándome.

No es que yo lleve una grabadora en la cabeza, pero la idea estaba clara. Le estaba diciendo a su hermano que se alegraba mucho por él, que esa chica sí que le pegaba y no la zarrapastrosa de la otra (o sea yo), y que por supuesto que le acompañaría a comprarle un regalito para hacerle entender que el fin de semana que habían pasado juntos había sido muy importante para él.

De inmediato, sentí la necesidad de volar a que me pusieran la vacuna de la rabia, pero me mordí la lengua. Eso no fue óbice para que, con sus largas zancadas de jirafa, mi excuñada llegara hasta mí antes de que pillara el ascensor.

—Ainss, perdona si no he sido un poco más cuidadosa, debí morderme la lengua cuando te vi venir, pero es que la emoción de estrenar cuñadita me ha podido.

—No te preocupes, entiendo que si lo hacías corrías un riesgo, por lo de la expansión del veneno por el resto del cuerpo, digo. A ver la lengua, ¿la tienes bífida? Además de viperina, me refiero—. Hice como el gesto de mirar y ella se apartó.

—Tú lo que estás es escocida porque mi hermano no se acuerde ya ni de tu nombre, pero es que tendrías que ver a su nueva chica chica. No solo es un cañón, sino que tiene un saber estar increíble y...

—Es decir, que es todo lo contrario a ti, bocachancla...

—¿Cómo me has llamado? Mira, a mí no me insultes, que yo soy una señorita. —Se puso muy digna.

—Bueno, eso es lo que quieres aparentar, ya te dije que te guardaba el secreto, no te preocupes. Pero tú y yo sabemos que solo eres una niñata indeseable y mal criada que no sabe ni donde está de pie y que es más floja que un muelle guita.

—Tonterías, me tienes envidia por ser de noble cuna. —Sonrió.

—Sí, no ves que estás emparentada con la duquesa de Alba, no te jode. Tú lo que eres es carajota, y de noble no tienes un pelo, todo lo contrario que de ignorante; que ahí te llevas el primer, segundo y tercer premio.

—Ainss, lo que es la envidia. Pobre, no te preocupes, que si sigues trabajando como una mula alguna vez llegarás a tener la centésima parte de lo que poseeré yo rascándome el ombligo.

—Eso al tiempo y, mientras que no tenga tu boca, todo va bien.

Parecía que mi lengua la había cargado el demonio, como las armas, pero es que yo había aguantado ya demasiadas sandeces de aquella familia. Y no pensaba tragarme ni una más, por fin habían llegado mis vacas gordas.

—¿Qué le pasa a mi boca? Como digas algo más de mis paletas, cobras, y no me refiero al

sueldo.

—Pues nada, si omitimos el detalle de que, si le das un bocado a una esquina, haces un kiosco, así sin más...

Sin derecho a réplica se quedó cuando llegamos arriba, y es que nos topamos con el mismo Enrique Visedo nada más llegar a la décima planta.

—Buenos días, chicas. Ante todo, quería felicitarle, Luna. Que sepas que me hubiera encantado entregarte personalmente el premio, pero una ligera indisposición me lo impidió. En cualquier caso, envié a mi mejor embajador.

—Mil gracias, Enrique. Para mí fue todo un honor y...

No pude terminar mi frase porque la envidia estaba corroyendo a Olimpia, que no podía soportar que la atención recayera sobre otra persona.

—Yo también quería comentarte una cosa, Enrique...

—Tú calla, hija, que estamos hablando los mayores—le contestó él como quien aparta una mosca del pan.

Lo imagináis, ¿no? Pues sí, habéis acertado. Tuve que hacer verdaderos esfuerzos por no estallar en carcajadas. Sin pretenderlo, Enrique acababa de matar dos pájaros de un tiro; me había ensalzado delante de Olimpia, al mismo tiempo que le había demostrado que ella era más irrelevante allí que el papel del wáter. Lo sucedido tenía su razón de ser. Por lo poco que lo iba conociendo, Enrique valoraba sobremanera el esfuerzo y el espíritu de superación de las personas. Y estaba al corriente de que aquella niña no valía ni para hacer de relleno.

Minutos después, y por aquello de que la procesión va por dentro, caí desplomada en mi sillón, con la sensación de que me habían dado un zurriagazo en toda la espalda con un látigo mortal; el más cruel de todo, el de la indiferencia. Y es que indiferencia absoluta era la que había demostrado Toni por mí en los últimos diez días e incluso no le habían dolido prendas en sustituirme a la velocidad de las balas. La cabeza me daba tantas vueltas que creí convertirme en una peonza. Medio mareada, de esa guisa me encontró Héctor cuando entró por la puerta de mi despacho.

—¿Cómo está hoy la homenajeadá? —Se sentó en una silla delante de mi mesa.

—Un poco perjudicada, y eso que no he bebido—. Tenía unas ganas irremediables de llorar.

A ver, yo no me había caído de un guindo y ya iba viendo del pie que cojeaba Toni. Por esa razón y, contra todo pronóstico, había decidido desistir de mi propósito inicial de reconquistarlo. En parte, me ayudó a tomar esa decisión el ejemplo de mi madre, esto es, ver lo que duele con los años quedarte con un gañán que no vale ni lo que dieron por hacerlo. No obstante, ello no era óbice para que la herida siguiera abierta, por lo reciente. Y Toni se había encargado de echarle unos dos kilos de sal gorda para que escociera más.

—¿Y eso? Cuéntame...

—Héctor, no me engañes, por favor. Tú eres el mejor amigo de Toni, ¿es cierto que ha pasado el fin de semana con otra chica? Yo tengo que saberlo, tengo que abrir definitivamente los ojos.

—Es cierto. —Bajó la mirada después de que viera condescendencia para conmigo en sus ojos.

—No sabes lo que te agradezco que me lo hayas confirmado, no lo voy a olvidar nunca. Por muy dolorosa que sea, la verdad es siempre mejor que la mentira. O al menos eso es lo que yo pienso—le confesé.

—Yo pienso igual, bonita.

Su “bonita” se clavó en mi mente y, por unos instantes, me subí en la máquina del tiempo y

volví al viernes noche; a esas horas de baile en las que le sentí tan cercano y en las que lo pasé tan impresionantemente bien con él. Para mí seguía siendo un misterio total el hecho de que Héctor no solo me tratara de maravilla, sino que mostrara por mí un interés que parecía ir más allá. ¿No seguiría él las directrices de que las novias y exnovias de los amigos son sagradas? Y si era así, ¿por qué actuaba de ese modo? A mí me parecía un hombre de principios y, en ese punto, me perdía un poco.

—Bueno, creo que ya es hora de ponerme a trabajar—suspiré y miré el cerro de expedientes que me esperaban inmisericordes. Una vez confirmado el hecho, no necesitaba los detalles.

—Sí, que nos quedan unas semanas de aúpa. Piensa que durante todo el mes de agosto el despacho permanecerá cerrado y tenemos que sacar todo este trabajo de aquí a entonces.

—Yo haré horas extras si hace falta. —Pensé que, si Napoleón dijo que París bien valía una misa; mi sueldo también valía que yo echara unas horas extra para ganármelo.

—No, no te preocupes. En todo caso, ya te echaré yo una mano para que todo quede finiquitado antes de las vacaciones.

—Vacaciones, me resulta impensable, a un mes vista de empezar a trabajar.

—Pues es lo que hay, ¿o es que quieres renunciar a ellas?

—No deja, tampoco es eso—. Reí.

Cuando llegué a casa mi madre estaba más sonriente de lo habitual y eso que ella parecía haber compuesto la canción de “Color Esperanza” y solía estar más contenta que un testigo de Jehová en una fábrica de timbres.

—Bueno, bueno, ¿tienes algo que contarme? ¿Le has echado por fin el ojo a alguno?

—¿A un hombre? Lo último que quise echarle fue la mano al pescuezo a tu padre el día que estaba haciendo las maletas, pero se me resbaló como una anguila. —Rio.

—¿Entonces? Cuéntame, que te veo muy contenta.

—Sí, hija. Siéntate que vamos a brindar tú y yo con una botellita del néctar ese de Pedro Ximénez que tanto te gusta.

—Ole y ole, ¿qué celebramos?

—Que me he escapado esta mañana del trabajo, entre portal y portal, y he ido a hablar con Loli, ¡Y me ha contratado!

—Mamá, ¡esa es una gran noticia! En cuanto cobre mi primer sueldo te voy a invitar a un buen restaurante para celebrarlo.

—Vale, hija. Pero yo lo que quiero es que te compres un montón de ropa, que en ese despacho en el que tú trabajas irán todos de punta en blanco, y a mí me mataría que a mi niña la hicieran de menos; empezando por “la condesita”.

—No te preocupes, mamá. De momento me voy apañando. Bueno, claro, esa va todos los días como si estuviera invitada a una recepción con la reina de Inglaterra; que total, para lo que tiene que hacer en el trabajo...

—Esa se va a quedar para servirte los cafés todos los días, al final tanto presumir para nada...

—¿Todos los días? No me ameneses, mamá. —Pensé que no me dieran a mí más tormento que ese.

—Bueno, lo que dure, hija. Y otra cosa te voy a decir, que ya se puede vestir como quiera, que esa no tiene tu cara ni tus hechuras ni en sueños, vamos que ya sabes lo que dicen “aunque la mona se vista de seda, mona se queda”.

Mi madre venía a compartir conmigo la teoría de que Olimpia constituía una prueba indiscutible de que el hombre procede del mono.

—Mamá, por fin las cosas nos van sobre ruedas. No veas si me alegro por ti. Lo primero será que vayas a hacerte la manicura, que a partir de ahora tú no vas a coger más una fregona, eso te lo prometo.

—Bueno, hija, será en la calle, que aquí en casa habrá que dar una *fregadita*, digo yo. —Rio. —Bueno, y pasar el trapito del polvo, que si no vamos a poder enharinar los boquerones encima de los muebles...

Lo que no se le ocurriera a mi madre no se le ocurría a nadie en el mundo. El asunto es que por fin la veía contenta, después de que hubiera pasado un auténtico calvario tras la marcha de mi padre; que no fue especialmente delicado a la hora de coger la puerta y marcharse a vivir la vida loca con Betty.

Claro está que yo soy de la opinión de que el karma siempre está al acecho y, en su caso, ya estaba purgando su efímera historia de amor. Ahora era él quien parecía mendigar nuestra atención mientras que, para mi madre, que había pasado las de Caín, se abría un futuro prometedor; como ella merecía.

En cuanto a mí, la acción de mi padre tampoco es que me hubiera salido gratis, pues alegrarle la vista a los novios y a sus amigos en las despedidas de solteros me había costado la relación con Toni. Cierto es que también había llorado tela marinera por ello, pero ya comenzaba a verlo desde otro prisma.

Bien pensado, igual mi egoísta progenitor, sin pretenderlo, me había hecho el favor de mi vida. ¡Al final se lo iba a tener que agradecer y todo! Igual me planteaba enviarle todos los años un ramo de rosas por esa fecha, para recordarle que, el hecho de que solo hubiera mirado por su culo, me había abierto a mí los ojos. Otra reacción de esas fisiológicas que no acertaba a comprender.



## Capítulo 10

Las siguientes semanas descubrí en primera persona qué era eso de que el tiempo pasara en un plis plas. Con el corazón más dolorido que la cara de Rocky después de una pelea, me centré en el trabajo y comprobé que era el mejor antídoto para el mal de amores.

He dicho el trabajo, ¿no? Bueno quizás también ayudó un poquito, o mejor todavía, un *pocazo*, la presencia de Héctor en mi despacho por las mañanas, que se convirtió en todo un clásico.

Por primera vez en la vida, la rutina se alió conmigo y, es que su invitación a media mañana para que saliéramos a desayunar juntos era recibida por mi parte con los brazos abiertos. ¿Insistía él en algo más? Pues sí insistía, para qué os voy a mentir. Lo único es que a mí todo lo vivido con Toni hacía que cualquier acercamiento por su parte me hiciera sentir más acorralada que un cangrejo en un cubo.

Luego, a veces me daban ganas de darme *chocazos* contra la pared; sobre todo cuando escuchaba a Zoe decirme que la mía era una tontuna que tenía que hacérmela mirar. Lo que más me fastidiaba de todo es que tenía más razón que un santo, por mucho que a mí me pesase.

Ante semejante panorama, yo le estaba haciendo la cobra continuamente a Héctor, en lo que a salir con él se refiere; que de besarnos ni se había hablado.

El caso es que, a buen entendedor pocas palabras bastan, y en cada uno de aquellos desayunos, lo que no salía por su boca, lo hacía sin dilación por sus ojos. Al fin y al cabo, Héctor era un experto en el arte de la conquista, y a mí me costaba resistirme a los encantos de su mirada.

Aquella mañana de viernes, a pocos días de las vacaciones de agosto, como que parecía algo nervioso y el mensaje de sus ojos pugnaba por salir en forma de letreros luminosos.

—Cena conmigo mañana sábado, por favor. Prometo que será solo una cena y una copa, máximo. —Clavó su mirada en la mía y sentí que no tenía escapatoria.

—¿Seguro que será solo eso? Mira que yo estoy para sopitas y buen vino—le contesté.

—Palabra de honor, salvo que luego quieras abusar de mí, pero eso ya sería bajo tu responsabilidad—bromeó.

—Ya, ya...

—Y no vas a aceptar un no por respuesta, ¿verdad?

—Pues no, hoy no es tu día de suerte. Es el mío, he leído en mi horóscopo que hoy debía seguir los impulsos de mi corazón y yo soy muy bien mandado. —Se llevó la mañana al pecho e hizo un gesto romántico que provocó mi risa.

—Bueno, bueno, lo de tu corazón estaría por ver—contesté.

—Quizás te sorprenderías, pero vayamos por partes. Sé que ahora los hombres no son tu animal de compañía preferido y no quiero que salgas corriendo. —Su ironía siempre conseguía

sacar mi sonrisa.

—Bueno, entonces acepto tu invitación, pero te llevo yo tipo mascota—bromeé.

—A sus pies, como usted quiera bella damisela...

—Tú eres muy teatrero, me parece a mí...

—Y tú eres un sol, guapísima. —Me acarició la mejilla y sentí una suerte de embrujo que no acerté a calificar.

De vuelta a mi despacho, pensé que igual volvía a ser una mema y estaba cayendo en las redes de otro encantador de serpientes. Aunque pensándolo bien, si fuera un encantador de serpientes, habría puesto sus ojos en Olimpia y ese no era el caso. Bueno, aunque, por otra parte, de haberlo hecho, más que un Don Juan estaríamos ante un asaltacunas de apertura de telediario.

De hecho, si por algo podía yo poner la mano en el fuego es porque Héctor no tenía el más mínimo interés en aquella niñata engreída. Y no era por falta de intentos por parte de ella, quien cada día traía la falda más corta y la lengua más larga para con él. Sin embargo, él solía despacharla con unos zascas de categoría que me hacían pensar que, si ella estaba escasa de algo, aparte de cerebro, era de amor propio y de dignidad.

Aquel día me llamó la atención que, después del desayuno, Héctor no se dejara caer por mi despacho para supervisarme el trabajo, como era habitual en él. Preferí no pensarlo demasiado pues corría el riesgo de que las dudas empezaran a atormentarme. No quería creer que el hecho de que hubiera aceptado su invitación propiciara esa especie de acomodamiento en el que se instalaban algunos hombres. Ciertamente era que yo acogía su visita con los brazos abiertos y esperaba que él no quisiera abrirme otra cosa; sobre todo si ese iba a ser su único interés.

Vaya, que en cuestión de unas horas yo solita me fui acelerando como una moto de carreras, y ganas me estaban entrando de decirle que se metiera su invitación por donde le cupiese. Suerte que había adquirido el buen hábito de contar hasta diez antes de meter la pata, pues a la salida comprobé que algo le pasaba.

—O me había pasado desapercibido que eras chino, o yo te veo un poco amarillo, Héctor.

—La bilis un poco revuelta, bonita, será eso.

—Pero antes te he visto muy bien, en el desayuno. Si te lo has pensado mejor y te has puesto así por lo de nuestra cita la cancelamos, ¿eh? Que no quiero ser yo la culpable de que acabes en urgencias—bromeé.

—Por nada del mundo, Luna. No tiene nada que ver con eso, como comprenderás. Que aceptaras mi invitación ha sido lo mejor que me ha pasado hoy, pues en líneas generales, está siendo un día de mierda.

Yo estaba acostumbrada a un Héctor optimista y parlanchín y no hacía falta ser un gurú para intuir que algo grave le afligía.

—Mira, yo no quiero ser una metomentodo, pero me apetece que sepas que se me da bastante bien escuchar.

¿No se me iba a dar bien? Para eso mi mejor amiga era argentina, que esa me daba unas charlas que dejaban en pañales a los míticos discursos de Fidel Castro, en cuanto a tiempo, digo.

—Es que se trata de un tema delicado, muy delicado. No voy a negarte que me encantaría poder compartirlo contigo, pero necesito que me asegures que no saldrá una palabra de tu boca.

—Eso no hace falta ni que lo digas. Llamaré a María de la O para no dejarle el plato encima de la mesa, que no hay nada que la ofenda más en este mundo. Bueno sí, que le pisen lo fregado, a ver quién es el guapo que se atreve. —Quería que aflojara un poco, pues lo veía realmente compungido.

—No sabes lo que te lo agradezco. Y dile que, en compensación, yo os invito a almorzar otro día. Me gustaría conocerla.

—¿A mi madre? No te vas a aburrir, eso te lo garantizo...

Sentado en la mesa, Héctor era incapaz de probar bocado. Incluso su locuacidad habitual parecía haber desaparecido. Y eso que era otro que charlaba más que Castelar. Yo normalmente estaba apañada, entre Zoe y él me iban a tener que financiar los tapones para los oídos.

—O lo sueltas tú o lo que sea te ahoga, venga, sin miedo. ¿Tiene que ver conmigo? Si hay algún problema y tu padre se lo ha pensado mejor, yo lo comprendería.

—Ni en broma, mi padre tiene grandes planes para ti, creo que te considera la futura “joya de la corona” del despacho, con eso te lo digo todo.

El alivio llegó a todos los recovecos de mi cuerpo, pues sentía retorcijones de vientre de pensar que su aflicción tuviera que ver conmigo.

—Pues entonces, ¿con quién tiene que ver?

—Tiene que ver con Toni.

¡Ay, Dios! Ya me estaba oliendo la tostada, él estaba disfrutando de las mieles del comienzo con su nueva chica, pero ahora se iba a convertir en el perro del hortelano; ni comía, ni iba a dejar comer.

—¿Está molesto contigo porque nos llevemos bien? —pregunté y cerré los ojos, temiendo la respuesta.

—¿Cómo? No, no es eso. No creas que nuestra relación pasa tampoco por su mejor momento, él y yo estamos un poco distanciados. —Aquello sí que me cogió por sorpresa.

—Bueno, supongo que tus razones tendrás. —No esperaba que las compartiera conmigo—. ¿Y entonces?

—Es por su padre—soltó como quien suelta una losa de una tonelada.

—¿Por su padre? ¿Está enfermo o algo?

—En cierto modo creo que sí, pero no es nada físico. Es la ambición, que parece haberlo cegado.

—¿La ambición? No te sigo, perdona, me he perdido.

—Normal, ¡cómo para seguirme! Para eso tendrías que estar al tanto de la información que nos acaba de llegar a mi padre y a mí, y no creo que sea el caso.

—Obvio que no.

—Verás, el padre de Toni, pese a que tiene dinero para vivir desahogadamente esta y varias vidas más, se ha metido en negocios un tanto opacos.

—¿Es un eufemismo y quieres decir ilegales?

—Más bien sí. Y no ha metido a mi padre de milagro, nos hemos salvado por la campana.

—¡No me fastidies! —exclamé preocupada.

—Sí, hace pocos días le ofreció asociarse con él en un negocio que le presentó como la panacea. Siendo como es notario, se suponía que tenía que haberse cerciorado por completo de que aquello era legal; menos mal que mi padre parece que tiene un radar para estas cosas.

—Total que tenía la mosca detrás de la oreja y no participó.

—No, y mira que se lo pensó, porque era de lo más lucrativo, pero en el último momento algo le dijo que se echara para atrás y no lo hizo.

—Y eso no le sentaría demasiado bien a mi exsuegro, entiendo.

—No, ni siquiera a Toni, con quien tuve palabras al respecto.

—Pues menos mal que tu padre anduvo listo.

—Sí, y el caso es que al final lo turbio del asunto ha salido hoy a la luz y es más que probable que lo procesen, con lo que tendrá que decir adiós a la notaría.

—Pero ¿es muy gordo el tema?

—Pues mira, lo suficiente como para que pase una temporadita a la sombra. Mejor será que se vaya acostumbrando a los barrotos o lo va a pasar regular.

—No me puedo creer lo que está ocurriendo, esto es como de peli de suspense...

—Sí, y el siguiente paso es que, dado que mi padre y el de Toni han tenido una buena discusión esta mañana, Olimpia tiene los días contados en el despacho.

Enmarqué mi cara con los brazos para abrir mejor los ojos. Cierto que yo había deseado que su estancia en el despacho no se prolongara, pero que fuera por aquel motivo no me alegraba. De haber sido al revés, es probable que ella hubiera batido un récord olímpico de saltos, pero no estábamos hechas del mismo material.

De vuelta a casa, pensé también en Toni y en que los férreos cimientos en los que él creía que se sustentaba su vida, se habían convertido, de la noche a la mañana, en un castillo de naipes que el viento acababa de desplomar.





## Capítulo 11

—¿Te ayudo a arreglarte el pelo? —me preguntó mi madre el sábado por la noche.

—A eso no te voy a decir que no. —Yo continuaba enrollada en la toalla, a la salida de la ducha.

—Pues pon a calentar las planchas que te voy a traer una cosita. —Salió en dirección a su dormitorio.

—¿Se puede saber qué traes ahí? —Las sorpresas me encantan y ya estaba yo pegando saltitos.

—Pues un detalle que me he traído esta mañana de la corsetería, hija, para que te lo pongas debajo del vestido.

—Mami, no tenías por qué haberlo hecho, pero gracias. —Cogí la caja y la abrí atropelladamente.

—¿Te gusta, Lunita?

—¿Cómo no me va a gustar, mamá? Es una cucada...

Aquel delicado conjunto de ropa interior de satén negro era una auténtica preciosidad. Me levanté y le di la madre de todos los abrazos. Y es que mi María de la O era única.

—Pues nada, hija, no vaya a ser que el tal Héctor y tú os pongáis más calientes todavía que las planchas estas—las señaló— y te vaya a coger a ti de cualquier manera. Porque ten muy clarito que el otro día descubrí la bolsa en la que guardabas todas las cosas de cuando eras stripper y fueron derechitas a la basura.

—Hiciste bien mamá, esas precisamente elegantes no eran, seguro que lo comprobaste.

—Ya, ya, les eché un vistazo...

—No te habrás quedado con alguna, pillina.

—Pero hija de mi vida, iba a parecer yo un fantoche con eso puesto. Lo mismito iba a ser que te lo pusieras tú a que me lo pusiera yo, con las lorzas estas que me sobran por los lados. —Se echó la mano a la cintura.

—¿Qué dices de lorzas, mamá? Ya firmarían muchas de tu edad y más jóvenes por tener tu tipazo. —Mi madre estaba todavía pero que de muy bien ver.

—Pues yo este año me veo rellena como un pavo, fíjate. Debe ser la premenopausia y que, cuando iba a fregar las escaleras, me daba mucha ansiedad y me comía todo lo que me pusieran por delante, hija.

—De rellena nada, a ti no te hace falta ni operación bikini ni leches en vinagre, mami. Tú estás divina de la muerte.

—Hombre, una todavía se pone un trapito y lo luce, eso es verdad.

—Porque mi jefe está cogido, mamá, que si no te lo presentaba y se iba a quedar prendado de ti.

—Pero niña, ¿a ti se te ha ido la cabeza? Aunque no estuviera casado va a ser tu suegro, ¿tú crees que esto es como lo de “Los Serrano”? Que eso estará muy bien para Belén Rueda, que a los artistas les caben muchas cosas en la cabeza, pero una es una mujer sencilla...

—¿Una mujer sencilla? Una prenda es lo que eres, mamá... ¿Y qué dices de que va a ser mi suegro? Se te está yendo la chaveta...

—Sí, sí, ya veremos. Niña, yo voy a mirar por el balcón cómo te recoge, que ya sabes que tengo mucha vista para estas cosas. Ya te daré mi parecer, aunque ya te dije que el día que te dio el premio, te comió con la mirada, el jodido.

Dicho y hecho. Luego decía de mi padre, pero conforme me subí en el descapotable de Héctor, vi a mi madre agazapada detrás de las cortinas del balcón y haciéndome con las manos una señal de aprobación.

—¿Qué miras? —me preguntó él cuando vio que yo no podía contener la risa.

—Es un poco largo de explicar, mejor ya te lo cuento otro día.

—Como quieras. Y oye, ¿tú me quieres poner a mí taquicárdico o cómo va esto?

—¿Qué dices? —Lo miré y pensé que aquello debía ser contagioso porque mi corazón también estaba dando la señal de alarma con aquella planta que me llevaba. Y es que el arreglo informal de Héctor con su americana rosa combinada con tejanos claros y camisa blanca hizo que algo en mí hirviera. Y por primera vez en mucho tiempo, no era la cabeza.

—Que más de uno me va a odiar esta noche, pues estás absolutamente despampanante.

—Gracias. —Sonreí y pensé que ya me había dado mi dosis de autoestima. —Tú también estás muy guapo—. Esta vez no iba a quedarme a medias.

Estábamos en pleno verano, así que no podíamos achacar nuestro estado de ánimo a la primavera, que la sangre altera... Lo que estaba generándose entre nosotros era una atracción y no precisamente fatal, que yo era muy cinéfila y Michael Douglas y Glenn Close ya nos habían dado una buena lección de que esas empiezan mal y acaban peor. La nuestra era una que tenía visos de ser de las que te dejan unos días sin ganas de comer ni de dormir, y no porque tengas un virus, a no ser que a tontear a saco se le pueda considerar así.

El azar quiso que Héctor y yo nos combináramos en las indumentarias. Yo moría por ir de shopping la siguiente semana, en cuanto cobrara, pero mientras me conformé con volver a lucir un vestido monísimo rosa palo que me había regalado mi padre días antes de marcharse. Al ponérmelo, recordé que también había obsequiado con otro a mi madre. Se ve que el hombre quiso mitigar así su mala conciencia.

Camino de no sabía dónde, preferí hablar claro con Héctor.

—¿Dónde has pensado que vayamos? Mira que hasta la semana que viene no cobro, así que por mí nos vamos a un McAuto y nos comemos unas hamburguesas en el coche, parados en cualquier parte.

—Deliciosa—murmuró.

—¿La comida basura? No está mal, a ver, no es caviar iraní, pero se deja comer—asentí.

—No, la comida basura, no, tú. ¡Que me aspen si alguna mujer me ha hecho un ofrecimiento así en la vida! Preciosa, te he invitado a cenar yo y vamos a ir a uno de los mejores restaurantes de la ciudad, pero no te quepa duda de que tu ofrecimiento habla de tu categoría humana. ¡Y no sabes cómo!

—Te ha quedado muy filosófico, ¿y qué dice exactamente?

—Pues viene a decir que eres una mujer de esas por las que vale la pena dejarse la piel en el intento...

—¿En qué intento? No hagas que me pierda, que ando un poco espesa últimamente.

—Sabes perfectamente a lo que me estoy refiriendo.

—A mí no me han criado para aprovecharme de nadie, Héctor. Yo si tengo, tengo. Y si no tengo, lo digo y se busca una solución.

—De esos cocos, pocos, ¿sabes?

—¿Qué dices? Nunca había escuchado esa expresión, eres muy gracioso.

—Pues que queda poca gente como tú, pequeña.

¿Me acababa de llamar “pequeña”? Ay, Dios, que yo hambre llevaba, pero en ese instante se acrecentó y era selectiva; me lo hubiera comido a él, sin aliñar y sin nada.

—Gracias, tampoco abundan hombres como tú.

—Dicho así, lo de hombres, suena un poco a que me ves como mayor, ¿puede ser?

—¿Mayor? Yo te veo estupendo—solté sin pensar y, en cuanto fui consciente, sentí que me hervían hasta las orejas, hervor que hizo que me entrara una risa incontenible.

—Por momentos así merece la pena vivir, ¿sabes? Tu risa es el sonido más bonito de la naturaleza.

—Eso te ha quedado muy profundo, pero no serás tú un Frank de la Selva, ¿no?

—No, me temo que todo lo más fui *boy scout* unos años de niño. Creo que soy un perfecto ejemplar de urbanita.

—Urbanita y pijo—añadí y causé su risa.

—¿Por qué pijo? —se quejó, sin poder parar de reír.

—A ver, que tú eres muy de pruebas, como buen abogado. Solo tienes que echar un vistazo a tu alrededor. Si encuentras un solo detalle en este coche que no seas de pijo, te doy un premio—le aseguré.

—¿Y si premio podría ser un beso?

—Podría ser, pide por esa boquita... Total, no voy a tener que darte nada, de nada, tu coche haría las delicias de Borjamari y Pocholo—solté, mientras él negaba con la cabeza.

—Cualquiera que te escuche, pensaría que me llamo Fabiolo. —Seguía conduciendo sin dejar de reír.

Llegamos al restaurante y ahí me escuchó el piquito, claro que me lo escuchó.

—Y tendrás el valor de decir que no, si hasta te aparcan el bólido este deportivo que me traes que parece sacado de una serie americana.

—¿Qué le pasa a mi coche, también te vas a meter con él?

—¿Yo? ¡Dios me libre! Si es clavadito al que me voy a comprar—bromeé.

—¿Te vas a comprar un coche? —me preguntó de lo más interesado.

Si había un rasgo que me hacía albergar esperanzas de que Héctor no se pareciera a Toni más que en el blanco de los ojos, ese era el hecho de que siempre se interesaba por todo lo mío. Bastaba que yo comentara cualquier cosa que me ilusionara o que me hubiera sucedido para que él le diera prioridad.

—Sí, uno normalito, supongo que un Peugeot 208, un Seat Ibiza o cualquier utilitario.

—¿Quieres ir practicando con el mío cuando salgamos? Estarás deseando conducir...

—¡Ya te digo que sí! Si no te importa que no tenga carné, por mí genial, eso es lo de menos.

—¿No tienes carné? Creía que Toni me dijo en su día que sí —Lo suyo no era una cara, era un poema.

—No hombre, pero eso no importa. Total, ¿qué puede pasar?

—¿Lo estás diciendo en serio? —Yo notaba que estaba en un aprieto y no sabía cómo salir de

él.

—Pues sí, si nos damos un buen trompazo, lo mejor es que ya tenemos abogado, ¿o no has caído en eso?

—¿Te has vuelto loca? No, cuando te saques el carné te lo dejo una y mil veces, pero mientras, por encima de mi cadáver.

—Sí tengo carné, bobo. Hasta ahí sí llego...

Prueba superada. Nada me gustaba menos en un hombre que el que fuera un pusilánime capaz de hacer una locura por ganar puntos con una mujer. No es que tuviera ninguna sospecha, porque Héctor no daba ese perfil para nada, pero reconozco que comprobar que era capaz de defender lo razonable e imponerse por encima de mi capricho, hizo que ganara muchos puntos ante mí.

Recordé que, cuando yo era stripper, muchos me hicieron propuestas disparatadas con tal de llevarme al catre. Seguro que esos hubieran pasado por el aro de lo que yo hubiera propuesto para obtener lo que codiciaban y era una actitud que me generaba un rechazo infinito.

Héctor no parecía compartir ADN con ninguno de esos especímenes. Yo misma había comprobado con mis propios ojos cómo había rechazado las indirectas no solo de Olivia, que eso podía entenderlo muy bien; sino de alguna que otra cliente de muy buen ver que había pasado por el despacho y que, a su salida, nos había dejado la impresión de que su catadura moral no estaba precisamente demasiado elevada.

Sentada frente a frente con él en aquel restaurante, noté que la química brotaba entre nosotros en forma de pequeños fuegos artificiales que daban más luz todavía a su mirada, si es que eso era posible.

¿Lo mejor? Que yo sentía que estaba por mí, y que debía reconocer que lo hacía contra viento y marea; sin importarle siquiera lo que pudiera pensar Toni ni el resto del mundo. ¿Lo peor? Que no tenía los suficientes elementos de juicio como para valorar si Héctor quería ver conmigo las estrellas o apuntar con su telescopio directamente a mi entrepierna.

Mientras que una parte de mí me decía que la vida es riesgo y que merece la pena ser vivida a tope, otra me decía que fuera con pies de plomo; porque dos palos en tan poco tiempo podían dejarme ligeramente trastornada.

“¿Trastornada?” Para eso no hacía falta demasiado, a decir verdad, pues si me limitaba a analizar lo que sus ojos me mostraban, no podía sino concluir que era pasión; una pasión arrolladora que, por mucho que quisiera buscar en mi arsenal de recuerdos, yo no había sentido antes. Ni siquiera con Toni, aunque yo creyera en su día que nuestro amor sería leyenda, parafraseando a Alejandro Sanz.

Una cena inolvidable seguida por no una, sino, como ya podréis imaginar, muchas copas, dio un resultado extraordinario; una noche irrepetible en la que ambos estuvimos tentados de sucumbir a nuestros deseos. Y es que fueron demasiadas las veces que nuestros labios estuvieron a punto de unirse. Y una cosa más os digo, aunque no llegáramos a hacerlo (él por respetar mi necesidad de tiempo y yo por miedo), ambos supimos que una corriente irrefrenable se había desatado entre nosotros y que no habría fuerza de la naturaleza capaz de pararla.



## Capítulo 12

El jueves, a un día de las vacaciones yo miraba con desesperación la pila de expedientes que me quedaban aún por repasar.

—¿Agobiada? —me preguntó Héctor repanchingándose en la silla.

—¿Tú qué crees? Es una barbaridad, yo creo que me va a engullir. Miedito me está dando.

—¿Te cuento un secreto? —Acercó su cuerpo al mío a través de la mesa y pude notar su aliento, que hubiera compartido con gusto.

—Dímelo, anda. Anímame. —Traté de borrar cualquier pensamiento lujurioso de mi mente. Necesitaba concentrarme en la colosal faena que tenía por delante.

—No es necesario que los despaches todos antes de las vacaciones. En realidad, fui un poco malillo y quise poner a prueba tu capacidad de trabajo—me confesó, sacándome la lengua.

—¿Has sido así de sabandija? —Reí.

—Bueno, otros adjetivos me caen más al pelo, la verdad. Pero podemos aceptar sabandija, sí.

—¿Pues sabes lo que te digo? Que te has caído con todo el equipo, tú no me conoces. Pienso dejarlo todo terminado, hasta el último de los expedientes, o seré incapaz de irme tranquila.

—¡Venga ya! Me atrevería a decir que eso es casi imposible. Mira que tiré muy, muy por largo...

—¿Imposible? Ahora sí que has dado en la tecla. Has dicho las palabras mágicas, vas a ver cómo le doy al botón del “on” y saco al Correcaminos que llevo dentro.

—Estás loquita...

—Un poco, pero es que este trabajo me ha venido como anillo al dedo y quiero cuidarlo, supongo que lo entiendes.

—¿Y crees que no lo estás haciendo? Tienes a mi padre en el bote, con lo durito de pelar que es. Y al hijo, bueno, al hijo mejor no te cuento... —Se echó a reír.

Cuando él hacía esas insinuaciones, yo levitaba. Vale, no era a lo Dalai Lama, pero así me sentía.

—Se hace lo que se puede—añadí sonriente.

—¿Sabes lo que pasa? Que, si ahora te has empeñado en cargarte esa burrada de trabajo, me siento culpable. No te va a quedar más opción que aceptar mi ayuda.

—Mira, esa no la voy a rechazar. Por gracioso vas a pagar también los platos rotos. ¿Te hago sitio en la mesa?

—No, me explico. Tengo un día que no se lo deseo ni a mi peor enemigo, con varios frentes abiertos y una ardua negociación por delante. ¿Cómo te va esta noche?

—¿Esta noche? Te refieres aquí, ¿en el despacho?

—Exactamente, veo que las captas al vuelo—se burló.

—No tienes tú guasa, ni nada...

A las doce de la noche, después de llevar un buen puñado de horas sin levantar la vista de los papeles salvo para disfrutar de la comida china que Héctor encargó, estábamos ya un poco saturados de trabajo. ¡Y lo que nos quedaba!

Si digo que no sé cómo llegamos a esa situación, mentiría como una bellaca. Y es que la tensión sexual que se había generado entre ambos desde la noche que quedamos para cenar era de alto voltaje. E igual era hora resolverla, o no.

Hasta donde tengo claro es que, quedarnos ambos a solas entre las cuatro paredes de mi despacho y hasta altas horas de la madrugada, ayudó un poco.

Entre montañas de papeles, yo apenas divisaba la punta de su pelo cuando él se puso de pie. ¡Cielos, me parecía más alto que nunca!

—¿Te he dicho alguna vez que me pareces absolutamente irresistible cuanto trabajas? —soltó sin más.

—¡Claro que no! —le espeté—. ¿De qué estás hablando? Sigue con esos documentos o va a amanecer antes de que hayamos terminado. —Reí.

—Yo opto porque nos tomemos un kit-kat, ¿y tú?

—¿Hablas de chocolate? —Yo sabía muy bien de lo que hablaba y ello me generaba tantas ganas como miedo.

A decir verdad, mi experiencia sexual se reducía a la adquirida con Toni y claro, como que me veía en desventaja. No hacía falta ser un lince para intuir que Héctor, quien tenía fama de coleccionar amantes como cromos, habría probado toda clase de género nacional y parte del extranjero. Vaya, que yo tenía la impresión de que en la cama me iba a ganar por goleada y la inseguridad me hizo presa de ella, hasta dejarme inmóvil.

—Te noto un poco tensa, pequeña—se acercó hasta mis hombros y empezó a masajearlos.

¡Dios! Yo no era de piedra, aunque la situación me hubiera dejado de ese material.

—Un poquillo, bueno digamos que más que el pellejo de un tambor. —Me eché a reír, es lo que tenía cuando me sentía nerviosa, que la risa me asaltaba y, a veces, se negaba a irse.

Me tapé la cara con las manos, irremediablemente, y él no tardó en apartarlas.

—¿Qué te pasa, preciosa? —Me las quitó y, al hacerlo, nuestros labios quedaron a pocos centímetros de distancia. De nuevo la tensión se intensificó y, como si de corriente se tratara, nos sentimos inmediatamente más atraídos.

Estáis en vuestro derecho de pensar que vaya clase de stripper que había sido yo. Eso merece una explicación, haber tenido que hacerlo no significaba que yo soñara con resbalar por una barra mientras un puñado de miradas lascivas pujaran por meterme billetes en el tanga, a lo americano.

Lo mío más bien había tenido que ver con aquello de que “con vergüenza, ni se come, ni se almuerza”, por lo que me vi obligada a decirle a la mía que se quedara fuera cada vez que entraba en un local o casa a hacer un numerito con Zoe. De hecho, fueron muchas las ocasiones en las que nos ofrecieron bastante más dinero por cruzar la línea que nos hubiera convertido en prostitutas. Y las dos huimos de esos ofrecimientos cuales gatos a la vista de un jabonoso baño.

—Estoy un poco nerviosa, solo eso—murmuré.

—Nada más lejos de mi intención que molestarte, me siento y dejo las manitas quietas, te lo prometo.

—No, no es eso, no te vayas—. Lo retuve, lo deseaba demasiado, lo deseaba tanto que aquel era un deseo casi doloroso, lo único es que no quería malentendidos.

—Lo que tú quieras y al ritmo que tú marques...

Levantó las manos y me resultó tan jodidamente sexy que me lancé a sus labios y, sin mediar

palabra, los devoré. Claro que en cuestión de una centésima de segundo caí en que eso solo había ocurrido en mi mente, lo de lanzarme hacia él digo. En cuanto a las ganas, esas estaban intactas. Me lo decía el palpitante de mi corazón y la extrema humedad que se desbordó como un río de lava por mi entrepierna tan pronto sus fuertes manos entraron en contacto con mis hombros.

—Yo... es solo que no quiero que pienses que...

—¿Todavía crees que te juzgo por lo que vi aquella noche? —Levantó mi mentón en el que también podía leerse la palabra “vergüenza”, y pondría mi mano en candela porque tuvo que hacer un esfuerzo bárbaro para no besarme ipso facto.

—Un poco, digamos que aquello me ha generado una cierta inseguridad. No era mi hábitat natural, no creas que por estar allí era algo con lo que soñara desde la infancia...

—¿Crees que yo te vi a gusto o que pensé que estabas hecha para eso, mi niña?

“Mi niña”, dos palabras que sonaron como un bálsamo para mi dolorido corazón. Yo deseaba ardientemente a Héctor y, a juzgar por la forma en la que él buscaba mis ojos para enlazarlos con los suyos, a él le pasaba lo mismo.

No pude evitarlo. Busqué en su mirada un ápice de suciedad, pero solo encontré transparencia. Lo traumático de lo vivido y el carpetazo que, sin temblarle el pulso, había dado Toni a una historia de amor que para mí tenía todos los visos de terminar comiendo perdices, hacían que ahora me sintiera frágil y que cualquier acercamiento masculino fuera interpretado por mí como digno de colocarle un “warning” y de hacer sonar todas mis alarmas.

¿Lo que encontré? Pues, si tuviera que inclinarme por un solo sustantivo para definirlo, ese sería claridad. Los ojos de Héctor me transmitieron pureza y yo traté de ver a través de ella lo que había en el interior de su cabeza. No me entendáis mal, no pretendía hacerle purgar por el daño que me infligió Toni, era únicamente que un miedo atroz se había instalado en mi pecho; ese mismo pecho que, al enseñarlo en público, fue el detonante de mis siete males.

Inmersa en esos pensamientos, vi que Héctor aguardaba una respuesta.

—Espero que no, porque yo podía sentirme cualquier cosa menos a gusto. En realidad, me sentía como una fierecilla enjaulada y en ocasiones estaba a un tris de hiperventilar—me abrí en canal.

—Eso fue lo que vi justo antes de que se desatara al caos, Luna. —Bajó las manos de mis hombros y rodeó con sus brazos mi torso, tan fuerte, que, en automático, me sentí querida y protegida.

No sé cuánto tiempo permanecimos así, solo sé que fue otra velada de esas para meter en el baúl de los recuerdos; pero en el de los recuerdos buenos, que de los otros ya había quedado yo bien servida.

Rodeada por aquellos hercúleos brazos, sentí que nada malo podía pasarme y pedí al universo un deseo que me concedió en parte. Y digo en parte porque no sé si es que el tiempo se paró o fuimos nosotros los que no le dimos importancia alguna al reloj.

—¿Mejor? —me preguntó en un momento dado, no sé si diez minutos o dos horas después.

—Mucho mejor, gracias. —Lo miré con gratitud y cariño, pero también con pasión.

Reí interiormente pensando en que, si Zoe hubiera estado allí, se afanaría en recordarme la diferencia entre ser tonta de nacimiento y tonta de capirote. A su entender, yo era la mema oficial del reino y quizás algo de razón tuviera. ¿Os parece que me faltaban ganas de chillarle eso de “*hazme tuya una vez más*”, que cantaba mi madre cuando fregaba los baldosines de la cocina? Pues no, yo me notaba arder y, de forma proporcional ardía un Héctor que, sin embargo, me demostró una vez más que no buscaba un “aquí te pillo, aquí te mato”; por mucho que yo tuviera

esa sospecha de todo ser humano de cuya entrepierna colgara algo.

—Pues si ya estás mejor, deberíamos seguir trabajando. —Se apartó, no sin antes depositar un amoroso beso en mi cuello que hizo que se me erizara hasta el último pelo del cogote.

¿Ya estaba? “Deberíamos seguir trabajando”, yo me había perdido en algún punto y no sabía exactamente en cuál. Pensé que quizás estaba perdiendo facultades y la inseguridad volvió a llamar a mi puerta. No obstante, reparé en su abultada entrepierna, cuyo crecimiento podía observarse a las claras, merced a la fina tela de sus chinos Dockers, y tomé conciencia de que Héctor estaba más caliente que el tubo de escape de Vin Diesel.

—Te he cortado el punto, ¿no es eso? —le pregunté y casi me doy yo sola en la boca a continuación, pues no podía creerme que lo hubiera soltado.

—Eres realmente adorable. —La franqueza se instaló en su cara y yo es que se la hubiera comido a bocados. A la franqueza y a la cara, digo, no seáis malpensados.

—¿Adorable, pero cortapuntos? —insistí en el tema, se ve que me habían dado el carné oficial de masoquista y yo todavía no me había enterado.

—Lo segundo no. Créeme que darte ese masaje y ese abrazo ya es un regalo formidable para mí. —Soltó una sonrisa de medio lado y volví a fantasear con darle un morreo de esos de competición.

—Yo es que no sé si estoy preparada todavía—me sinceré.

—Y yo sé que tú todavía no lo sabes y, por ende, no quiero forzar la maquinaria ni un milímetro. —Hizo lo propio conmigo.

Lo escudriñé con la mirada. Varias teorías asaltaban mi cabeza, pero una de ellas cobraba más fuerza por momentos, ¿sería aquel bombón viviente en realidad un prototipo? Tanta perfección como que me chocaba y más después de comprobar que al que yo creí todos aquellos años mi príncipe azul más bien se trataba de un sapo; pero no de un sapo cualquiera, sino de uno que debía pesar dos o tres kilos, vaya del rey de los sapos por excelencia.

—Yo, te lo agradezco. Eso sí, tampoco te vayas de un extremo a otro, que esté cortada no quiere decir que sea una mojigata.

Jolines, a ver si a las categorías de tonta entre las que me incluía Zoe iba a sumarle Héctor la de que fuera tonta del bote, que no me apetecía nada.

—Olvídate de que tenga ningún pensamiento negativo hacia ti, preciosa. Vamos a trabajar no por falta de ganas de demostrártelo, créeme es solo que...

Se hizo un silencio y de nuevo nuestros relojes se pararon al unísono.

—Solo que, termina por favor...

Si no iba a catar aquellos carnosos, brillantes y jugosos labios, al menos quería que me acariciaran las palabras que saldrían de ellos.

—Que cuando ocurra, quiero que sea algo especial. Tú te mereces mucho más que un polvo en un despacho, entre expedientes, y con el frío cristal de la mesa sobre tu cálida piel...

¿Tenía arte o no tenía arte? “Cálida piel”, decía. Cálidas me resultaron a mí sus palabras. Todo aclarado por su parte, con el estilo del que hacía gala; ese que él repartía a su paso y que, como todos los bienes más preciados, ni se compra ni se vende, señores. Y es que el que vale, vale, y el que no para Empresariales, como decíamos los picapleitos.

Confortablemente instalado en su silla, su voz grave se me antojó como la mejor de las melodías. Bueno, me he vuelto a colar, porque el agrado de esa voz fue superado por el de su risa.

Con sus ojos instalados de manera permanente en los míos, que a veces le sostenían la mirada y a veces la esquivaban; deseosos de volver a encararla, Héctor me regaló un recital de risas



mientras trabajamos. Y me sacó otras tantas, haciendo que la felicidad volviera a mí como si nada, como si nadie, como si nunca...

Con mi despacho como escenario, volví a soñar despierta aquella noche; una noche que vimos terminar todavía despiertos, con la satisfacción del trabajo bien hecho y con la sensación de haber quedado unidos por unos hilos invisibles que trascendían el ámbito del mero colegao.



## Capítulo 13

La resaca por no haber dormido del viernes no tenía parangón. En cualquier caso, mi alegría la superaba con creces, pues cuando llegara el mediodía yo ya estaría oficialmente de vacaciones. Lo único negativo de tan idílica situación era que no tendría la oportunidad de ver a Héctor cada día, pero algo me decía que él se las ingeniaría para que estuviéramos en contacto, estrecho y cercano; creo que me explico.

Después de pasar una hora por casa para ducharme, durante la cual mi madre me sometió a un exhaustivo tercer grado sobre lo que había hecho o dejado de hacer con Héctor, me dispuse a salir pitando para el despacho.

—A mí no me la das, Luna. ¿Por qué no me lo cuentas? Mira que yo ya estoy curada de espantos.

—Mamá, que te prometo que no ha pasado nada. Solo hemos estado trabajando toda la noche, ya luego te hago un esquema.

—No te rías de tu madre, listilla. Muchas horas me parecen a mí esas para trabajar...

La cara de Héctor cuando llegué, quien ni siquiera había podido moverse de allí, dejaba poco margen para la duda; algo malo acababa de pasar.

—¿Es el padre de Toni? —le pregunté.

—Sí, lo han detenido hace un rato. Mi padre ha hablado con Olimpia y, pese a todo, le ha ofrecido quedarse unos meses más. Realmente lo ha hecho en plan caritativo, pero ella le ha dicho que hoy mismo recoge sus cosas. Viene de camino.

—Vaya, ¿tú qué vas a hacer?

—Yo llamaré luego a Toni. Lo cortés no quita lo valiente. Aunque sea por la amistad que hemos mantenido durante estos años, creo que debo hacerlo.

—Por supuesto, él te va a necesitar.

—No creo que sea su persona preferida ahora mismo, pero al menos intentaré insuflarle algo de ánimo. De todos modos, pienso dejarle claras un par de cosas que no sé si serán de su agrado, necesito poner las cartas encima de la mesa.

De sus palabras deduje que, pese a las circunstancias, Héctor no quería ocultarle a Toni que entre nosotros estaba naciendo algo. Él me parecía muy íntegro y supuse que no querría tener que esconderse de Toni ni que este le pusiera señalar el día de mañana con el dedo como quien intentaba acercarse a su exnovia sigilosamente.

—Haz lo que tengas que hacer y transmítele que yo también siento mucho por lo que está pasando. No sé si reuniré fuerzas o no para llamarle yo, pero al menos que lo sepa por ti.

—Así lo hare, preciosa. Voy a encargar que preparen el finiquito de Olimpia.

Inquieta, mis dedos tamborileaban sobre la mesa de mi despacho. Yo no había nacido para

estar mano sobre mano, y durante la noche habíamos rematado la faena completa, la de trabajo digo; la otra tendría que esperar.

En el ambiente se respiraba tensión. Algunos de nuestros compañeros ya se habían enterado de la noticia y los cotilleos se extendían como la pólvora por los despachos.

Cuando Olimpia llegó, la tensión podía cortarse con un cuchillo. De capa caída y sin una gota de maquillaje, sus ojos indicaban que había llorado y no poco. Aunque sé que en el caso contrario ella me hubiera esperado con un hacha para hacer leña del árbol caído, yo solo pude sentir lástima cuando la vi de paso al baño y como que me apiadé de ella.

—¿Tengo monos en la cara? —le preguntó a Eva, la chica de la recepción, al percatarse de que la estaba mirando.

Ni ganas me quedaron de hacer un chiste al respecto, que en otra ocasión hubiera tenido en la punta de la lengua, listo para servir. Pero no, el sufrimiento se reflejaba en la cara de mi excuñada y a mí me pareció que lo mejor era volver a mi despacho sin hacer el menor aprecio. Al fin y al cabo, Olimpia era de armas tomar y cualquier palabra que yo dijera, podría ser interpretada por su parte como un intento de mofarme de ella.

Miré a un lado y al otro del despacho buscando poder enfrascarme en algo que propiciara que las horas se me pasaran más rápido. Fue entonces cuando me acordé de que mi compañera Sonia estaba ultimando un caso para el que necesitaba buscar ingente jurisprudencia, por lo que me levanté pensando en ir a buscarla.

Camino de su despacho, me encontré a Héctor y, en cuestión de segundos, Olimpia se acercó a nosotros.

—Bueno, yo ya me voy—dijo con voz arrogante.

—Olimpia, siento mucho lo que le ha pasado a tu padre. Ya pasaré a veros—le contestó Héctor, con gesto consternado.

—Nosotros no necesitamos tus limosnas, te las puedes ahorrar, Héctor.

—Olimpia, no seas así. Nuestras familias han sido amigas mucho tiempo, no deberías...

—¿Ahora vas a darme tú lecciones de moral? —Lo miró como quien mira a un mosquito insignificante, y yo pensé que aquella niña no iba a aprender la lección en la vida.

—No es eso, creo que estás muy nerviosa. ¿Quieres que te acompañe a tomar un café?

—Vaya, ¿hoy sí me quieres acompañar a tomar un café? ¿Acaso es porque te doy lástima? No chaval, métete el café por...

—Olimpia, por favor, te estás pasando.

—Te repito que no eres nadie para darme clases de moral. ¿O tengo que recordarte que estás jugando con esta desde el primer día que mi hermano la dejó con dos palmos de narices? —Obviamente el “esta” iba por mí y mi sorpresa fue mayúscula.

—¿Qué has querido decir? —Las dudas se agolparon en mi mente y sentí una tremenda presión.

—¿De verdad crees que un Visado de pura cepa iba a poner sus ojos en ti si no fuera porque había urdido una treta? Tú eres imbécil, bonita.

No sabía en qué parte me había perdido. Ya estaba advertida por Zoe de que yo tonta era un rato largo para todo lo que tuviera que ver con el amor, pero desconocía la naturaleza del veneno que estaba esparciendo aquella serpiente, herida de muerte como estaba.

—Héctor, ¿a qué se está refiriendo? Dime por favor que se lo está inventando todo y que no has pactado nada con Toni para reírte de mí.

—Él podrá decirte misa, bonita, pero mi hermano a mí no me miente. Toni me lo contó todo y yo lo grabé muy bien en mi disco duro—señaló su cabeza.

—Héctor, dime que no es cierto, dime que está esparciendo mierda, dime que es una mentirosa patológica...

—Luna, yo... Tengo ciertas cosas que explicarte, pero créeme que puedo hacerlo.

—Héctor... —Las lágrimas acudieron a mis ojos en tropel, mientras que la rabia, la ira y la indignación volaban en dirección a mi mente.

—Luna...

—¿Explicarme? No, no tienes nada que explicarme. Si pactaste algo con Toni no podía ser con otro propósito que el de ayudarlo a que se vengara de mí...

—Vaya, al final vas a ser lista y todo—añadió asintiendo con la cabeza Olimpia.

—¡¡Tú te callas!! —exclamamos los dos de manera simultánea.

—Jope, vaya carácter que tienen los tortolitos, yo os dejo que veo que tenéis mucho de lo que hablar. —Giró sobre sus talones y nos dijo “chao” con la manita, lanzando un cargamento de ironía.

—Luna, esto no es lo que parece, te lo garantizo. —¡Qué típico!

—¿No? Dime una cosa Héctor, solo una, ¿pactaste o no pactaste algo con Toni?

—Sí, pero eso no quiere decir que...

—¿Sabes lo que quiere decir eso, Héctor? Que, a partir de ahora, si entras por la puerta de mi despacho para cualquier otra cuestión que no sea meramente profesional, te denuncio por acoso. Creo que me he expresado con la suficiente claridad, pero si no es así, te lo paso por escrito.

—Luna por favor, no puedes sacarme así de tu vida sin darme siquiera la opción a réplica. Te aseguro que todo esto tiene una explicación.

—Una explicación que yo no quiero escuchar Héctor. Lo siento mucho, pero el saco de la presunción de inocencia lo tengo ya un poco lleno y no voy a meterte en él. Por mi forma de ser confiada, en mi vida veo que he sido el bufón de la corte para algunas personas, pero eso se ha acabado.

—Luna, tienes que escucharme...

—Te sugiero que bajes la voz, Héctor, a nadie le importan tus tejemanejes ni tus líos de bragueta. No sé cómo he podido ser tan ingenua, pero no te voy a dar la posibilidad de que te sigas riendo de mí.

Entré en mi despacho, cerré la puerta y rompí a llorar sin consuelo. Ahora me lo explicaba todo. Claro, él había sido amable conmigo desde el primer momento sin temor a lo que su amigo pensara porque ambos estaban compinchados. Ya podía imaginarlos, cerveza en mano, trazando las líneas maestras de un plan para engolosinarme y darme el hachazo mortal después en el momento preciso.

Lo que más me dolía es que podía imaginar eso de Toni porque, una vez que descubrí que ese de caballero andante no tenía más que lo de andante, me lo podía esperar todo de él. Pero no así de Héctor. Idiota de mí, yo pensé que igual él sí venía a prometerme amor eterno, cuando la eternidad del asunto solo estaba asociada a las risas que se iba a echar con su amiguito cuando logran que yo hiciera el más espantoso de los ridículos.

Puede que luego el plan se les torciese porque lo ocurrido con el padre de Toni les hubiera distanciado, pero ya el mal estaba hecho. En ese momento, Héctor habría pensado que me tenía a punto de caramelo y lista para ser saboreada. Una vez lo hubiera hecho me daría una patada lo suficientemente fuerte como para llegar hasta Pekín sin pagar pasaje y asunto concluido. Y es que, si yo para él solo había sido el morbosos trofeo de una *vendetta* entre machotes, poco más podía

esperar.

## Héctor

A través de la puerta de su despacho, escuché el llanto de Luna y me sentí el más miserable de los mortales. Mierda, ¿cómo se me podía haber ido aquello tanto de las manos?

Yo llevaba enamorado de Luna desde el mismo día en que Toni me la presentó, aunque lo último que pasó entonces por mi cabeza fue hacerle tal confesión a mi amigo, por aquello de no hacerle daño.

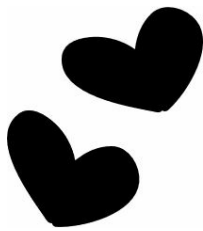
El día que Toni decidió apartarla de su vida, tras descubrir su trabajo de stripper, me ofreció acercarme a ella con el fin de conquistarla y, cuando ya estuviera engatusada, darle largas y dejarla con la miel en los labios. Según él, lo mismo que ella le había hecho, aunque yo no lo viera así, ni mucho menos.

Loquito como estaba por sus huesos, vi la ocasión ideal para pactar con él un acercamiento a Luna, pero no con el fin que él pretendía. Con semejante parapeto, podría conquistarla y entonces, solo entonces, estaría en disposición de confesarle a mi amigo que me había enamorado de ella. Quizás en esa fecha, dado el tiempo transcurrido de por medio, él me entendiera, porque sus sentimientos hacia ella hubieran decaído.

Mi único pecado había sido no ser claro desde el primer momento ni con el uno ni con la otra, pero bajo ningún concepto había pretendido traicionarles. No a la mujer a la que amaba más que a mi vida, ni al que consideraba mi amigo del alma, pese a que ahora apenas nos habláramos.

Cuando Toni, raudo y veloz, empezó a salir con aquella otra chica, yo sentí que el universo me estaba dando una oportunidad mayor aún que la esperada. Cuanto más se distanciara de su ex, menos le importaría el día que yo le anunciara que mi corazón latía al ritmo del de Luna.

Por medio, la noticia del follón de su padre nos había hecho discutir y todo había dado un giro inesperado. Enfrascado en tal maremágnum de acontecimientos, yo solo tenía una cosa clara; amaba a Luna por encima de todas las cosas y no iba a parar hasta que fuera su luz la que alumbrara todas mis noches.



## Capítulo 14

Un par de días después, con la cuenta bancaria dando saltos y mi corazón en estado de coma, encaré las vacaciones más amargas de mi vida. Vaya que yo no fuera Bill Gates, pero por fin tenía una cantidad decente para disfrutar de unas merecidas semanas de descanso. Sin embargo, estas se presentaban más negras que el luto que me llevaba mi abuela Antonia, la madre de mi padre, desde que el abuelo Vicente pasó a mejor vida.

—Mamá, ¿qué le parecería a la yaya Antonia que yo me dejara caer por su casa este mes de vacaciones?

La pobre mujer, que apenas había salido en toda su vida de su lugar natal, un pueblecito de esos de cuento del Pirineo aragonés en el que también vio la luz mi padre, era más buena que el pan y siempre había sentido adoración por mí.

—Hija pues yo creo que bien, pero ¿tú tienes fiebre? Es que yo hubiera podido imaginar que quisieras ir con Zoe a cualquier parte. No sé, un fin de semana a Cádiz, a los Caños de Meca, o a Ibiza, pero a la casa de tu abuela en el pueblo, como que no me pega mucho.

—Mami, hace mucho que no la veo y, además, no hace falta que te diga que no tengo el horno para bollos, entre unos y otros me han dado una paliza mental que me han dejado baldada.

—Hija mía, la cosa tiene miga. Con lo contenta que estabas tú, y yo de verte.

—Sí, mamá, vas a tener que afinar el olfato, porque otra vez me han marcado un gol por la escuadra y tampoco lo has visto venir. —Me metí un poco con ella.

—No, si todavía va a ser mi culpa, verás tú. Aísss, hija, haz lo que quieras. Si yo tuviera vacaciones me iría contigo, pero es Loli quien se las va a tomar ahora en verano. Ya me tocará a mí, pero que yo por las tardes me cojo con Amalia los bártulos y ya estamos en la piscina, como dos reinas. —Amalia era la mejor amiga de mi madre.

—Claro, es que, para estar aquí en casa, prefiero un cambio de aires, mami.

Y lo di. Pero antes tuve que escucharle la boquita a Zoe, que me decía que era una traidora por dejarla aquel mes sola ante el peligro que representaba la mezcla de los macizorros y el calor. Tras hacerlo, cogí lo indispensable y puse rumbo a casa de mi abuela.

Subida en el tren y escuchando música con mis cascos, me dispuse a hacer una incursión rural que me alejara del mundanal ruido y del animal más peligroso que existe sobre la faz de la tierra; osease, el hombre.

El último trayecto, en autobús, me dejó el mejor de los regalos posibles, pues mi mente se iba impregnando de aquellos espectaculares parajes que Aragón me había ofrecido de niña, cuando iba con mis padres a pasar las vacaciones a casa de los abuelos.

Reencontrarme con mi yaya Antonia fue como hacerlo con mis raíces y, desde el minuto cero, supe que aquella había sido una decisión acertada. Atrás quedaba un viaje en el que me habían llegado diversos mensajes de Héctor, que parecía empeñado en demostrar una inocencia que yo no

veía por ninguna parte.

¿Mi pensamiento? No pensaba abrir ninguno más, porque no podía evitar que, cada vez que leía uno de ellos, a mi corazón le dieran ganas de hacer unas piruetas que a punto estaban de sacarlo del pecho. Aquello no era sano. Yo había ido hasta allí para desconectar y no estaba dispuesta a que ningún picha brava me fastidiara unas vacaciones en las que buscaba reencontrarme conmigo misma, que buena falta me hacía.

Llegar al pueblo y sentir el calor del abrazo de mi yaya fue mano de santo. Como también lo fue degustar las chiretas con las que me agasajó nada más llegar; con su jamoncito, su arroz, su panceta picada y su tocino.

Mentalmente reí pensando que, un mes allí y el problema con la cinturilla de mis pantalones llegaría a su fin, pues lejos de caérseme iba a tener que ensancharla medio metro. Y es que buena era la yaya para que el plato no quedara limpio...

Después de comer y departir animadamente con ella durante una agradable sobremesa en la que no faltó una exquisita leche frita que ella misma elaboraba; recorrí las calles del pueblo en busca de mis amistades de renacuaja, algunas de las cuales todavía seguían viviendo allí. De hecho, encontré a mi amiga Loreto, que me explicó que había estado terminando la carrera de Turismo en la capital y que ahora se iba a tomar un mes de agosto de tranqui en casa de sus padres hasta emprender una búsqueda activa de empleo en septiembre.

Escuchándola, no pude evitar pensar que yo era una suertuda total estando ya empleada como lo estaba y además en un despacho tan prestigioso. Claro que, en contrapartida, la vuelta al mismo no me inspiraba coger las castañuelas y marcarme una jota aragonesa, haciendo honor al lugar en el que tan bien acogida me sentía. Por el contrario, tener que volver a ver a Héctor cada día se me antojaba como un suplicio.

Lo mismo si estuvierais en mi lugar pensaríais que existía la posibilidad de adquirir carta de libertad dejando el trabajito de marras; pero yo había sudado tinta para ocupar el puesto que ocupaba, y no estaba por la labor de tirar todo mi esfuerzo por la ventana por culpa de los chanchullos de Toni y Héctor.

Disfrutando de un retiro espiritual que me cargó las pilas a tope, haciendo excursiones por la montaña, ayudando a mi yaya en sus quehaceres y saliendo alguna que otra noche con Loreto; el calendario se empeñó en correr más de la cuenta y ya solo quedaban siete hojitas para que yo tuviera que estar de vuelta en casa. Y no por Navidad, como en los anuncios de “El Almendro”.

Pensaba en ello aquella mañana, degustando el cafelito con mi yaya, que tenía la mirada puesta en la chimenea de su cocina (apagada por la época del año en la que estábamos) y la mente en el día de mi nacimiento. ¿La razón? Justo hacía veintidós añitos que yo había llegado al mundo, vamos que era el día de mi cumpleaños.

Lógico que ese día sí echara un vistazo al móvil, que solía tener más olvidado que la “t” de tsunami. Para mi sorpresa, a las once de la mañana como eran, solo Héctor (¡cómo no!) y algunos amigos que solían felicitarme me habían dejado un mensaje. Lo extraño del asunto es que ni mi madre, ni Zoe, ni tampoco Christian habían dado señales de vida.

La explicación llegó en media hora y lo hizo a golpe de un insistente sonido de claxon que casi nos perfora los tímpanos a la yaya y a mí.

—Hija mía, ¿se va a acabar hoy el mundo? —me preguntó la mujer.

Intuyendo lo que era, le di una respuesta certera.

—Creo que más o menos, yaya.

Y sí, no me había equivocado. Christian estrenaba coche, regalo de sus padres por su

graduación, y lo hacía con Zoe de copiloto y María de la O en el asiento trasero.

Brincando de alegría, llegué hasta ellos.

—¡Esto es muy bucólico! Solo te falta Coco de Nieve para que seas Heidi. Ummm y Pedro, pero ese es para mí. —Christian fue el primero en llegar a mi altura para felicitarme.

—¿Pensabas que te habías librado de nosotros en el día de tu cumpleaños, pelotuda? —me preguntó Zoe dando saltos sin parar.

—Lo que no se haga por una hija no se hace por nadie en el mundo, no sabes la paliza que me han dado estos dos con el *chumba chumba* ese de la música electrónica. Parece que vengo en un barco de los mareos que traigo. Felicidades, hija mía, ¿no tenías un sitio más alejado al que haberte ido a pensar?

Le di un abrazo fortísimo a mi madre, que desde luego tenía el cielo ganado, y que no tardó en contarme que Loli había vuelto de Mallorca y le había dado unos días libres también a ella. Total, que se quedaban con nosotras hasta que yo me volviera con ellos, que para eso con su exsuegra sí que se llevaba bien. Al escucharla, tomé conciencia de que mis días de paz mental eran cosa del pasado.

Horas después, mi madre me confesaba que no sabía qué mosca le había picado a Héctor, pero que vagaba como un alma en pena tocando la puerta de mi casa para preguntar por mí, día sí, y día también.

—Ahora se va a creer que nos hemos mudado por lo pesado que ha sido. —Rio.

—Yo creo que merece que al menos le des la oportunidad de que se explique—añadió Héctor.

—¿Pero no sabéis lo pelotuda que es? Va a hacer lo que le dé la gana—opinó Zoe.

—¿Quién es Héctor? —preguntó la yaya.





## Capítulo 15

Lejos de mi abuela y, de vuelta en casa, pensaba en la respuesta que le di aquel día, “yaya, Héctor ha sido el último de la lista en romperme el corazón”. Ni que decir tiene que ella amenazó con romperle la cara si asomaba los morros por allí, en justa contrapartida.

Obvio que no. Héctor no tenía ni un hilito del que tirar para descubrir que yo había pasado las vacaciones en tan pastoril paraje. Aunque es justo decir que, en los últimos días, la tranquilidad de la casa de mi yaya se convirtió en una auténtica revolución con el donaire de mi madre, las excentricidades de Christian y las ocurrencias de bombero retirado de Zoe.

En resumidas cuentas, yo creo que la paciente mujer se quedó en la gloria cuando nos subimos en el coche y le dijimos “*adiós con el corazón*”, como reza el cancionero.

Todo esto y mucho más me estaba dando tiempo a pensar mientras removía mi café con la cucharilla, en el día que me tocaba incorporarme al despacho.

—Hija, ¿estás buscando petróleo en la taza?

—¿Qué dices de petróleo, mamá? —Ensimismada en mis pensamientos, no estaba muy lúcida.

—Luna, que te des prisa y, de paso, que cambies esa cara de acelga mustia que me llevas hija; que vas a trabajar en la que es tu vocación, no al matadero.

Yo no compartía con Zoe su teoría de que lo que yo necesitaba era un polvo urgente, pero he de reconocer que mi tensión era tanta que llegué al despacho con las rodillas más tiesas que un clic de Playmobil. Como era de esperar, me encontré a Héctor a pie de calle y pude notar cómo le cambiaba la cara según me vio avanzar.

—Luna, por favor, no entres todavía. —Trató de impedir que yo accediera al edificio.

—Voy súper justa de tiempo, así que te sugiero que te apartes si no quieres ser el culpable de que llegue tarde. —Aquel día apuré la hora para evitar encuentros indeseables.

—No creo que al jefe le importe mucho, sobre todo teniendo en cuenta que en una cuestión familiar. —Trató de que me relajara haciendo una broma del asunto y solo logró que me subiera por las paredes todavía más.

—¿Familiar? Mira Héctor no me hagas reír. Yo jamás voy a pertenecer a tu familia. Es más, pensándolo bien, ni siquiera voy a pertenecer a tu mundo, con el que no me he sentido identificada jamás.

—No seas cruel, Luna. No creo que yo hiciera nada para que te sintieras a disgusto en mi entorno.

—No, si obviamos el “detalle” de que jamás tuviste intención de que perteneciera a él. Lo tuyo era regodearte en la desgracia ajena y echar más leña al fuego, por si tuve poco con lo de Toni.

—Luna, el día que te des cuenta de lo equivocada que estás, creo sinceramente que lo vas a lamentar. Es una pena todo esto que está pasando.

—No Héctor, ¿sabes lo que es una pena? Ya estoy hasta la punta del pelo de vuestros juegucitos de niños bien. Lo que es una pena de verdad es que haya personas como tu amigo Toni y tú que creáis que podéis jugar a vuestro antojo con los sentimientos de las personas solo porque os creáis en otra posición. Eso es lo que es una pena y, a partir de ahora, te rogaría que mantuvieras las distancias.

—Vamos a ser compañeros de trabajo, Luna, esto no puede seguir así...

—¿Y? Yo no creo que al resto de compañeras de trabajo las esperes en la puerta para intentar amoldarlas a tu antojo. O igual sí, porque yo estaba muy ciega contigo. Ya no te conozco y no tengo la más mínima intención de hacerlo, Héctor.

Subir en el ascensor con él fue un verdadero tormento. En aquel minúsculo habitáculo y, dado que no le permití articular palabra alguna, sus ojos buscaban los míos en busca de un perdón que para mí era imposible otorgarle. Claro está que yo pensaba que debía haber sido víctima de una maldición gitana o similares, porque su mirada me dolía.

Abrí la puerta de mi despacho con el corazón en un puño. A Héctor le bastaron unas pocas semanas para convertirse en mi rey de corazones y lo que yo creía prueba superada, no era tal. Y es que a aquel bribón le habían sido suficientes unos pocos minutos para hacer que mi cabeza retrocediera lo que había avanzado en aquel mes a salvo de sus garras, en el monte con las cabras.

Cuando un rato después llamó a mi puerta, comprobé in situ que lo de trabajar juntos iba a ser más difícil de lo que yo había calibrado.

—Te rogaría por favor que no me molestaras—le advertí sin darle carrete alguno.

—No pretendo molestarte. Es solo que mi padre desea hablar contigo.

Una vez en el despacho de Enrique, este me dio la bienvenida y me invitó a sentarme.

—Luna, como ya te adelantó mi hijo antes de las vacaciones, nos encargamos de solicitar para ti una plaza en un máster que puede suponer el colofón de honor para tu estupendo currículum.

—Estoy al tanto, Enrique. Y no sabes hasta qué punto te lo agradezco.

—Nada que agradecer, lo único que tienes es que apresurarte porque has sido admitida, como no podía ser de otra manera.

—Esa es una noticia fabulosa, no doy saltos por vergüenza—le confesé con la piel de gallina.

En ese momento miré a Héctor, que estaba presente en la conversación, y recordé lo mucho que a él le gustaba que yo fuera espontánea.

—Pues nada, no hace falta que saltes—me contestó Enrique—. Lo único que necesito es que te pongas las pilas desde ya, porque comienzas mañana por la tarde. Creo que el horario no se solapa con el del despacho en ningún caso, pero si así fuera no tienes más que comentárselo a Héctor.

—¿Mañana? Eso sí que es una novedad, no lo esperaba todavía.

—Ni tú ni nadie. Es una novedad de este curso, los formadores han decidido comenzar a impartirlo antes para poder abarcar un temario más extenso.

A la salida de su despacho, la mirada de Héctor volvía a clavarse en la mía.

—Enhorabuena, Luna, veo que tus sueños se están cumpliendo.

—Gracias, Héctor—contesté con frialdad.

“Comadreja inmunda”, pensé a continuación. ¿Cómo podía ser tan buen actor? Esta vez no me iba a camelar a su antojo. Porque era otra vil artimaña de las suyas, ¿o no? A este paso, mis días de cordura estaban destinados a finalizar. Solo llevaba unas horas en el despacho y me lo volvía a cuestionar todo.

Si sacaba a pasear mi lado racional, este me decía que, aunque en su día me hubiera engañado, no existía ya ningún motivo para que siguiera corriendo tras de mí como un perrito faldero. Si el que salía a relucir era mi lado más pasional, este me decía que su comportamiento enmascaraba alguna oscura intención. Pero ¿por qué? Quizá solo porque quisiera salvar su honor y no quedar como el malo del cuento.

Tirara para arriba o tirara para abajo, mala era como me había puesto a mí. Y no solo porque me sacara de mis casillas que intentara seguirme dando balsita para que le creyera; sino porque su presencia me hacía cuestionarme hasta el día en el que estaba.

Agobiada por esos pensamientos, llegué a casa y vi que mi María de la O cantaba a pleno pulmón. Y de todos es sabido que “cuando el español canta, sus males espanta”, por lo que pensé que algo bueno le habría sucedido.

—Te veo muy contenta, ¿tienes algo que contarme? —le pregunté mientras pillaba un mejillón cocido del plato que estaba en la mesa.

—Pues hija, que, aunque una no esté ya en edad de merecer, parece que todavía levanta pasiones.

—Y lo que son pasiones también mamá. —La cara de gamberra que puse tras ese comentario le hizo tanta gracia que se atragantó con la copita de vino que acaba de servirse.

—Ya tanto no sé qué decirte—confesó cuando volvió en sí.

—Ni falta que hace, eso ya te lo aseguro yo, ¿quién es el afortunado?

—Es Fausto, ya te he hablado alguna vez de él.

—Sí, el representante que te mira con ojitos chiguatos, cuenta.

—Pues nada, hija. Yo ya le había pillado en alguna ocasión mirándome un poco lelo, pero hoy me ha cogido sola y ha empezado a darme palique.

—Cuenta, cuenta, que esto se pone interesante.

—No es que haya mucho que contar, pero me ha dicho que se ha fijado en que no llevaba alianza, el muy ladrón.

—Y él tampoco la lleva, supongo. —Eché mano de otro mejillón.

—Eso por descontado, a mí se me acerca un casado y lo visto de limpio, ya te lo aseguro yo. Total, que me ha dicho que él también estaba solo y yo le he contestado que es que el patio está fatal y lo uno ha llevado a lo otro...

—¿A qué mamá? Que me tienes en ascuas.

—Pues a que me ha invitado a cenar el sábado, hija.

Pegué un grito y, de haberlo tenido, hubiera lanzado confeti por todo el barrio. En los ojos de mi madre detecté ilusión y eso era algo que hacía mucho tiempo que echaba en falta en ellos.

—¡Mamá, esta tarde nos vamos de compras! —le espeté.

—Hija, pero si yo tengo muchas cositas que ponerme...

—Tú vas a estrenar algo como Luna que me llamo.

—Pero descansa tú hoy que, quien dice esta tarde, dice mañana o pasado...

—No porque tu hija empieza el máster mañana por la tarde, ¡estoy dentro!

—¿El máster ese de la universidad de ricachones? Lunita que tenemos la suerte de cara...

—El mismo, mamá, ya era hora de que todo nos empezara a salir bien.

—Dios ha escuchado mis plegarias—bromeó, aunque algo de eso debía haber.

Bueno lo de “todo” era una manera de hablar, porque mi vida amorosa estaba para el arrastre. Pese a ello, puestos a elegir, yo prefería que el amor llamara a las puertas de mi madre, que ella sí que lo había pasado mal y se merecía una tregua. Por mi parte, me daba igual que esa tregua se

llamara Fausto o Perico de los Palotes. Yo lo único que quería era que a mi madre se le arrimara alguien que le diera la salsa que su cuerpo pedía y punto redondo.

La emoción con la que esa tarde se probó algunos modelitos para su cita me indicaba que quizás pudiera ir por la buena senda. Lo mismo es que Cupido había mirado por fin con ojos de piedad a alguna de las dos, que en lo concerniente a los amoríos buena falta nos hacía.

—¿Y entonces dices que Héctor te estaba esperando antes incluso de que llegaras? —me preguntaba desde el probador.

—Sí, mamá, es muy propio él—suspiré.

—Hija mía, pues a mí tanta insistencia ya me tiene escamada, ¿por qué no le haces caso a Christian y escuchas sus argumentos?

—Porque no me hace falta escucharlos para saber que es un mezquino, mamá.

—Luna, ¿y en qué ha quedado eso que tú siempre decías de que para sentenciar un pleito hay que escuchar a todas las partes?

Vaya con María de la O, me acababa de dejar sin argumentos, algo que no me gustaba ni una pizca.

—Ese vestido es el tuyo mamá, lo vas a dejar patidifuso, ya lo verás.

—Y esa actitud es la tuya, cariño; la de hacerte la tonta que da gusto cuando lo que se te dice no te conviene.

Por algo era quien me había traído al mundo. Mi madre me conocía mejor que nadie y, entre sus reflexiones, y que las palabras de Héctor sonaban como un run run constante en mi cabeza, me sentía en un callejón sin salida. ¿Por qué tenían que ser las cosas tan difíciles?



## Capítulo 16

Ea, pues ya me levanté yo al día siguiente pensando que aquel iba a ser el mejor martes de toda la semana; de eso no tenía ninguna duda. Los ánimos renovados, la raya del ojo pronunciada y las ganas de vivir por encima de cualquier Héctor, ¡que ese no me iba a amargar a mí la existencia! ¿O sí?

Cual pájaro de mal agüero, me esperaba de nuevo en el portal del edificio.

—Oye, oye, oye, que esto no se convierta en un ritual diario, porque yo para penas como que no, que luego empiezo el día fatal y no doy pie con bola.

—Hola, Luna. Esto no tiene nada que ver conmigo, tienes que escucharme.

—Vaya, qué casualidad, entonces ¿con quién tiene que ver, con tu padre?

—No, Luna, tiene que ver con el tuyo, ¿no has visto los mensajes que te hemos dejado tu madre y yo en el móvil?

¡Cielo santo! Mi despiste y yo. Últimamente me costaba conciliar el sueño, por lo que había hecho del modo “no molestar” del móvil mi mejor aliado. Y luego la mitad de los días no me acordaba de desactivarlo cuando me levantaba.

—¡No! ¿Qué le ha pasado a mi padre? —El miedo comenzó a recorrerme de pies a cabeza. Una cosa es que a él se le hubiera ido la pinza durante una temporada, y otra muy distinta que yo ya no le quisiera, de golpe y plumazo.

—Ha sufrido una angina de pecho, está en el hospital. Llamaron a tu madre y ella telefoneó a Eva a la recepción para que te lo comentara en cuanto llegaras. Por eso te estoy esperando.

—Gracias, Héctor. Muchas gracias, de verdad. No sé ni para dónde correr. Voy a llamar a mi madre para que me informe de en qué hospital está y, si no os importa, me voy corriendo para allá.

—En cuanto tengas la información te llevo, déjame hacerlo, por favor.

—Vale, vale.

Sentada en el asiento del copiloto de Héctor y con las miras puestas en la salud de mi padre, pensé en lo irónica que resultaba la vida. Tanto tiempo creyendo que podía pasar de ese hombre y había bastado con la posibilidad de perderlo para que el mundo se me viniera encima.

—¡Mamá! —Cuando entré en el hospital mi madre acababa de llegar en taxi y ya estaba informándose.

—¡Lunita! —Quería estar contigo, mi vida. Vamos, cojamos el ascensor, ya tengo los datos.

—Mamá, no quiero que le pase nada. —Por momentos iba tomando conciencia de que los sentimientos por mi padre, que habían estado dormidos demasiado tiempo, se iban despertando.

Si digo que me di cuenta de que Héctor seguía a nuestro lado cuando subimos a planta, miento. Ni siquiera había reparado en que no se movió ni un solo momento de nuestro lado.

—Familiares de Calisto del Río—escuché decir cinco minutos después de estar allí.

—Aquí. —Acudí solícita a la llamada del médico.

—Por suerte su padre ha sufrido una angina de pecho estable que muy probablemente remitirá con medicación. Si no fuera así, tendríamos que practicarle una angioplastia con *stent*, pero no lo veo probable.

—¡Alabado sea Dios! —resopló mi madre, viendo que el color volvía a mis mejillas. Ya sabía yo que este hombre era más duro que un ladrillazo en los dientes, Lunita.

—Muy bien explicado, mamá. —Pese a lo tenso del momento allí se rio hasta el apuntador.

—¿Podemos pasar a verlo? —le pregunté nerviosa.

—Sí, por favor, pero de uno en uno—me contestó el médico.

—No, no, si va a pasar ella. Yo, mucho interés como que no tengo en verlo y este muchacho... Este muchacho ni lo conoce, vaya—añadió mi madre.

—Bueno, bueno, como ustedes quieran. —El médico debió pensar que aquello era un poco surrealista.

Con más miedo que vergüenza, puse mi mejor cara y entré a ver a mi padre, que parecía venir de correr la maratón de San Silvestre; del aspecto tan cansado que mostraba.

—¡Papá! —Lo abracé. Ya ni siquiera recordaba lo que sentía al hacerlo.

—¡Luna! ¿Qué haces aquí, hija? —Las lágrimas aparecieron de modo instantáneo en sus ojos.

—Pues nada, que pasaba por aquí, ¿tú qué crees? He venido a verte, papá. ¿Cómo estás? —le acaricié la cara.

—Asombrado, hija, estoy asombrado.

—No seas tonto, ¿de verdad creías que no iba a venir a darle la lata? Pero oye, que no hacía falta que dieras este numerito para llamar mi atención, ¿eh?

—Ah, ¿no? Y yo que llevaba meses ensayándolo...

—Ainss, cabecita hueca, ¿qué le ha pasado a tu corazoncito?

—Que ya no podía con la culpa, Luna. No sé cómo pedirte perdón, hija. Ni a tu madre tampoco.

—Papi, por mí ya estás perdonado, no hagas esfuerzos. Mamá es un hueso más duro de roer, ya lo sabes, no esperes recuperarla. —No quise darle falsas esperanzas.

—No, eso no entra en mi cabeza. Sé que no la merezco, lo único que espero es que algún día deje de verme como a un ogro.

—¿Cómo a un ogro? A ver tienes mala cara, pero tampoco para tanto—bromeé—. Por eso no te preocupes, ella ladra más que muerde, de hecho, está en el pasillo. No va a entrar, que “las cosas de palacio van despacio”, pero te manda ánimos.

—Gracias, hija. Sois muy buenas. He sufrido mucho en los últimos tiempos, no sé cómo pude hacer las cosas así de mal, Lunita. No me cabe en la cabeza.

—Y mira que tú, cabeza tienes para tres sombreros, papi. —Saqué su sonrisa.

—No sé qué puedo alegar en mi defensa, hija, más que la cagué...

—Espera, papi, que piense; ya lo tengo, alegaremos “enchochamiento mental transitorio”. Eso es. —Saqué mi vena de picapleitos al mismo tiempo que su sonrisa de nuevo.

Tranquila de saber que mi padre estaba fuera de peligro, mi madre volvió a trabajar y yo permanecí toda la mañana en el hospital. ¿Sola? Va a ser que no, seguro que ya habéis adivinado quién se empeñó en acompañarme.

—No sabía que tu padre se llamaba Calisto—me dijo Héctor trayéndome un café.

—¿Qué haces aquí todavía? —Lo miré con recelo.

—Luna esto es un hospital público, ¡de aquí no puedes echarme! Todo lo más que puedes, es

echarme el café por encima, pero entonces me van a tener que ingresar a mí también.

Vaya, vaya, solo faltaba que apareciera Toni por allí para que fueran el Trío Calaveras, ese que escuchaba mi abuelo Vicente cuando yo era niña. Mi padre y Héctor, que parecían haberse afanado en crearme urticaria, ahora parecían estar dispuestos a dar un brazo por ofrecerme sus explicaciones.

—De acuerdo, de acuerdo. —Tráeme un donut y te doy un bono de media hora para acompañarme.

—¿Y si te traigo una docena?

—No seas tú tan listo, anda.

—Qué va, el listo debe ser tu padre, que para eso se llama Calisto.

—Ese chiste lleva haciéndolo mi madre toda la vida, tira a por el donut.

¿Dije un donut? No, un arcoíris de ellos fueron los que me puso por delante.

—No sé cuáles te gustaban, no caí en preguntarte.

—Ya, ya, con lo bien que se te da interrogar y se te ha ido por alto. Si crees que vas a ganar puntos conmigo cebándome, es que eres más descerebrado de lo que creía.

Glacés, de chocolate, rosas, blancos con pintitas... yo no sabía por dónde meterle mano al asunto, de los donuts, digo; que a Héctor le tenía ganas, pero ya no de comérmelo precisamente.

—Prometo estar calladito y no atosigarte. Tú come, por favor.

—Si te portas bien, y solo si te portas bien, quizás te dé uno...

—¿Un donut, dices? —Se permitió la licencia de bromear un poco.

—No te resbales que te doy un zasca mortal. No sé qué haces aquí todavía, esa es la verdad.

—Y yo no puedo contártelo porque entonces le vas a decir al de seguridad que te estoy acosando, así que prometo guardar silencio.

—Dímelo. —Yo misma me sorprendí, ¿le acababa de dar pie a que se explicara?

—¿Me acabas de dar pie a que me explique? —Esto era broma o qué, ¿se había metido en mi cabeza?

—Eso parece y yo de ti cogería carrerilla antes de que me arrepienta, que va a ser en tres, dos, uno... —Comencé a mirar el reloj con sorna.

—Luna yo estoy jodidamente enamorado de ti desde el día en que te conocí—me miró, atravesando su mirada con la mía.

—Vale, vale, ya me has contado una de vaqueros, ahora te pido por favor, por una vez, que me cuentes la verdad. Mira que hoy me has cogido más blandita que este donut—señalé al que me estaba comiendo—, pero eso no se va a repetir.

—Esa es la única verdad y, si acepté el ofrecimiento de Toni de acercarme a ti, fue solo para ganar tiempo, que a él se le pasara el ataque de cuernos y entonces yo podría explicarle que me había enamorado de ti de verdad. Lo cierto es que fui un cobarde porque no quise elegir. Deseaba con todo mi corazón ganarte a ti, pero sin hacerle daño ni perderle a él.

—¿Eso es cierto? —Vaya manía la de mis ojos de abrir el grifo a cada momento.

—Tan cierto como que no puedo dejar de soñar contigo ni una sola noche, Luna. Ya todo me da igual. El día que Olimpia vomitó toda aquella mierda, yo te había dicho que iba a ver a Toni y que, aparte de acompañarle por lo de su padre, quería poner las cartas encima de la mesa; había decidido no continuar ni un día más con aquella farsa, pero ella se adelantó apuntándonos con el lanzacohetes de su ira.

—¿Y quién me dice que esto no es otra estratagema, Héctor? Tengo miedo, ya no sé en quién

confiar...

—¿Tú me quieres, Luna? —Solo le faltó hincar rodilla para hacerme aquella pregunta.

—Sí. —Miré al suelo pensando que era una pazguata total.

—Pues entonces es fácil, confía en el amor...

—¿Y todo esto por qué no me lo contaste antes? ¿Sabes que por tu culpa me he pasado todo el verano como Heidi, perdida en el monte?

—¡Así no te encontraba ni por cielo ni por tierra! Y todavía será mi culpa, cualquiera se atrevía a soltarlo sin tu permiso. —Negó con la cabeza.

¿Me cuadraban las piezas? Pues estuve colocándolas todas y parecía que sí. Héctor reconoció que no había hecho las cosas del todo bien por miedo a la reacción de Toni. Cierto que no había sido un ejemplo de gallardía; pero ello no implicaba que él me hubiera convertido en el blanco de su mofa, como yo pensé desde que “la condesita” esparció su veneno sobre nosotros.

Por unos momentos, traté de ponerme en sus zapatos, y llegué a la conclusión de que a mí también me hubiera costado la misma vida si fuera Zoe quien se manifestara herida y el que había sido su chico quien se hubiera llevado de rebote mi corazón.

La actuación de Héctor no es que pudiera calificarse de perfecta, pero puestos a tirar la primera piedra, tampoco es que la mía hubiera sido de Premio Nóbel; porque meterme a stripper a espaldas de Toni tampoco fue loable del todo. Vale que él no estaba muy dispuesto a escucharme, pero yo tenía que haberle hecho ver la realidad de mis circunstancias antes de que se enterara por las bravas.

Y es que, hablando de bravos, dicen que es más fácil ver los toros desde la barrera, claro. Pues bien, con la vista retrospectiva y si yo me situaba fuera de ese escenario, comprendía que todo pasa por algo. Toni nunca se había implicado realmente en mis cosas y yo había tenido que actuar al margen de él porque me había dejado sola ante el peligro.

¿La moraleja de aquel cuento? Que todo pasa por algo y la ruptura con Toni quizás hubiera llegado porque la vida me deparaba alguien mejor. ¿Podía ser ese alguien Héctor? Pues estaba sumando puntos, no había vuelta de hoja. ¿Perdonado y todo olvidado? De eso nanai, mi chico iba a estar a prueba.





## Capítulo 17

—No hagas planes para este fin de semana, ya los he hecho por los dos—me dijo Héctor al entrar en mi despacho, un par de semanas después.

—¿Incluyen dormir? No sabes lo cansada que estoy. Entre el trabajo y el máster no puedo con mi cuerpo—. Me levanté y lo besé.

Sí, sí, lo besé, porque en aquellas dos semanas tuvimos algunos momentos de lo más especiales en los que nuestros labios por fin se presentaron los unos a los otros; aunque todavía sin ocasión de pasar a mayores.

—Lo prometo, descanso, desconexión total y masajes con esencias, ¿qué te parece?

—Pues qué me va a aparecer, ¿dónde hay que firmar?

Héctor se pasaba el día haciendo malabarismos para ganarse mi corazón. Mi pequeño y pérfido secreto es que ese ya era suyo desde hacía tiempo, pero a los hombres no se les puede contar todo.

Ya me había alegrado la mañana y mi madre haría lo mismo con el almuerzo cuando yo se lo contara.

—María de la O, me voy con Héctor este fin de semana, así que te relevo de hacerme tortilla de patatas y todas esas cosas con las que te empeñas en martirizarte en la cocina.

—Muy bonito, encima de que tu madre se pasa las horitas muertas para cocinarte todo lo que te gusta. Claro que seguro que Héctor te va a hacer cosas que te gusten más. —Ya estaba calentando la lengua.

—No sé, mamá, no tengo ni idea de cuáles son sus planes. —Le guiñé el ojo.

—Llevarte a misa y luego que hagáis una novena juntos y así todo el día, hija. Seguramente ese sea el plan. —Me hizo reír.

—Oye mamá, y tú con Fausto, ¿cuándo vas a debutar?

Mi madre estaba rejuvenecida desde que salía con él y yo veía que aquello iba viento en popa.

—Huy, hija, no te creas que no tengo ganas. Lo que pasa es que, ainss, si es que me da hasta vergüenza hablarlo contigo.

—Mamá, ¿vergüenza? Venga que activo el consultorio amoroso.

—Hija, es que yo solo he estado con tu padre, no he catado ningún otro varón y como que me siento insegura.

—Mamá, ¿y tú con cuántos cuerpos te crees que he estado yo, con el de bomberos al completo? Yo solo me he acostado con Toni.

—Pues visto así, tienes razón, hija. Pero ahora a los jóvenes os entran más cosas en la cabeza, Luna, a mí me cuesta más...

—Pero si no es por la cabeza por donde te tiene que entrar nada, María de la O, a ver si te lo voy a tener que explicar yo todo...

—No, hija, que no hace falta. Si tu madre cuando se suelta se suelta, no te vayas a creer que yo

soy ninguna “pan sin sal” en la cama, pero es que me cuesta lanzarme...

—Pero ¿a ti te gusta Fausto, mami?

—Me gusta más que la manteca colorada, Luna, y eso en mí ya es decir. —Rio.

—Sí, sí, esa es la mejor prueba que puedes aportar. Pues entonces lánzate mami.

—¿Pero sin casco y sin nada?

—Hombre el casco que se lo ponga él, pero en el soldadito, María de la O, no vayamos a aumentar la familia a última hora.

—Pero hija, si yo estoy ya premenopáusica, me viene un mes sí y dos no...

—Pues con más razón mami, que así se confía una y al final recibe la visita de la cigüeña con el regalito...

—Vamos, no me faltaba a mí más. La veo venir y le doy una pedrada a la cigüeña que la tienen que ingresar. Mientras no la llames tú, hija, ten cuidadito...

—No te preocupes que yo ya me encargo de eso, mami.

—Sí, sí, como si se la tienes que plastificar a Héctor, Lunita, que tú eres muy joven y tienes un futuro muy bonito ante ti. Y yo más adelante te cuidaré los niños, pero antes tengo que ver mundo, que Fausto me ha invitado a Venecia.

—Ay, mami, ¡qué romántico!

No lo decía por decir, pues parecía que con tal de cortejarnos como era debido, nuestros chicos hacían el pino puente. Apostaría incluso a que se habían tragado a Gustavo Adolfo Bécquer, abobado y por mitad. Tal teoría venía en parte avalada por ese primer fin de semana con el que me sorprendió mi chico.

Camino de aquel hotel rural, el viernes por la tarde, único día de entre semana que no tenía clases del máster; me sentía hechizada por un Héctor que no escatimaba en detalles para hacerme sentir atendida.

—Así que te parece poco lo de mi idilio con las cabras este verano y me quieres llevar otra vez a la montaña. —Le hice una burla.

—Bueno algo así, ya que no ocultamos ningún as bajo la manga, igual hay algo de cierto en que te quiero llevar al huerto. —Me devolvió la burla.

—¿Y qué te hace pensar que te vas a llegar el gato al agua? —Disfrutaba haciéndome de rogar.

—¿Quizás el hecho de que llevo semanas cruzando los dedos?

—¿Para llevarme al catre, es eso todo lo que te interesa? —Quería comprobar cuánto medía su lengua, tirando de ella.

—O para llevarte al altar, donde tú quieras, preciosa.

—¿Has parado y te has comido alguna setilla alucinógena sin que me diera cuenta? Que yo soy muy joven, chaval. —Umm, me había gustado su insinuación, pero tampoco me iba a tirar a sus brazos para demostrárselo.

—Algún día, espero tener esa suerte algún día—murmuró.

—Te recuerdo que la suerte también hay que ganársela. —Vuelta a tirarle de la lengua.

—Y yo que nunca quise opositar... contigo lo tengo claro, oposiciones voy a tener que hacer para conseguirte del todo.

Pura palabrería. Héctor me tenía ya más de lo que él pensaba. Y estaba a horas de comprobarlo, porque yo moría porque me hiciera suya en aquel romántico paraje, que arrancó mis silbidos al llegar.

—Chaval, cómo se nota que tienes buen gusto. —Iba con segundas y él lo sabía.

—Así es, pequeña. —Rodeó mi cintura con sus torneados brazos y noté que se me cerraba hasta el estómago, de la impresión.

No, no, corrijo. La impresión vino después. El hotel era una auténtica y exclusiva monada con solo cuatro suites y...

—Su turno es de ocho de la tarde a doce de la noche—le dijeron a Héctor al comprobar la reserva.

—¿Y ese horario? Es que aquí se duerme por turnos, ¿o cómo va esto? —Quería que me lo aclarara.

—No, se disfruta de esto por turnos. —Cogió la llave que le habían dado y, comprobando que acababan de pasar las ocho, nos dirigimos al SPA.

—¿Es lo que yo creo que significa? —Le pregunté con la boca abierta.

—Justo, que tenemos cuatro horas por delante para disfrutar de él en exclusividad.

—¡Toma yaaaaaaa! —Fue lo único que acerté a decir mientras corrí hacia la habitación a ponerme el bikini.

Cinco minutos más tarde, con luz tenue y música seleccionada por él, Héctor y yo entrábamos de la mano en el que yo adivinaba iba a convertirse en un santuario del amor, presto para que nuestros cuerpos disfrutaran de lo que nuestras almas ya gritaban a los cuatro vientos.

—Ey. —Héctor vio la emoción contenida en mis ojos y la frenó con un aterciopelado beso.

—Esto es un sueño. —Lo agarré fuerte mientras nos metíamos en aquel jacuzzi de aguas ardientes, como si tuviera miedo de que se me fuera a resbalar entre los dedos.

—¿Te parece bien de temperatura? —me preguntó.

—¿La del agua, dices? —Lo mío era una locura, hervía por dentro y su acelerada respiración me decía que estaba igual de excitado que yo.

—Sí, sí, mi niña, a esa...

De todos modos, mientras depositaba uno y mil besos en mis labios, Héctor no tardó en comprobar hasta qué punto yo le deseaba. La encargada de decírselo fue la extrema humedad que encontró en mi entrepierna cuando sus dedos se abrieron paso camino de una cavidad que los esperaba con ansia. Y es que con ansia fue cómo nos devoramos por primera vez; un ansia que llevaba demasiado tiempo contenida y que avanzó libre para demostrarnos que alcanzar el sumun del placer era posible si estábamos juntos.

Cuatro horas después, Héctor tiraba de mi cuerpo camino de nuestra suite. Antes de salir del SPA, eché un vistazo para grabar en mis retinas un escenario que no olvidaría jamás; en el que ambos tomamos conciencia de que la vida es más simple de lo que a veces nos empeñamos en hacerla. Y es que ya estaba bien de buscarle los tres pies al gato, el nuestro era amor, y teníamos todo el fin de semana para recordárnoslo. ¡Ah! Y una cosita, el deseo de que el resto de la vida también...



## Epílogo

*Veintiún meses después...*

—Héctor no llegamos, no llegamos, se nos está haciendo tarde—de nuevo unos temblores que o, venían de mi interior, o estaban por anunciar un terremoto que hubiera batido todos los récords en la escala Richter.

—Estás guapísima, cariño, guapísima...

—Hombre, la duda ofende, ¿qué creías? —Hizo ademán de acercarse a mí y lo paré en seco.

—Ya lo capto, tranquila...

—¡No me vayas a estropear el maquillaje, que te la cargas!

—Ni un paso más, vuelvo por los míos así hacia atrás y aquí no ha pasado nada. Eso sí, una cosita, ¿piensas ir con las Converse o cómo va esto?

Comencé a reírme y aquello tenía visos de ir para largo. Realmente, no sabía cómo había llegado a mi edad sin dejarme la cabeza en algún sitio, aunque al tiempo...

Corriendo, que para eso llevaba deportivas, me fui a mi vestidor y saqué de mi impresionante mueble zapatero aquellas preciosas sandalias que tenía preparadas para el gran día. Sí, sí, como ya estaréis intuyendo, las novedades se acumulaban por docenas.

Cuando he hablado de “mi vestidor” lo he hecho con propiedad. Y es que, un añito después de que Héctor se confesara sentado en aquel banco del hospital, con muchos donuts por testigos; había acumulado los méritos suficientes como para que yo le ampliara mi voto de confianza y me fuera a vivir con él. Total, que mi chico, en un intento de ganarse todavía más la gloria, me había mandado construir un vestidor que me proporcionaba sensaciones cuasi orgásmicas.

¿Y qué pasó con mi madre? Pues que no sintió tanto como hubiera sido de esperar el temible síndrome del nido vacío, sobre todo porque el suyo no se quedó tan así. ¿Lo estáis pensando? Pues, ¡bingo! Fausto se trasladó a vivir con ella en cuanto yo puse un pie fuera de casa, por lo que ambos estaban viviendo su particular historia de amor. Tanto es así, que ella se aficionó a las redes sociales y día sí, y día también, colgaba las escenas de los tortolitos disfrutando, para regocijo del mundo en general, y mío en particular. Por si todo esto fuera poco, Loli le acababa de ofrecer que fuera su socia en la corsetería y ella había aceptado, por lo que mi María de la O estaba en proceso de convertirse en empresaria; así, como suena.

Capítulo aparte constituía el de la otra mujer de mi vida, mi amiga de Zoe, que, viendo la aguja mareada para encontrar trabajo fijo en nuestro país, terminó marchándose a Finlandia. Sí, sí, a unos cuantos kilómetros de mí. Claro que aquello era para escucharla. Increíble lo que podía taladrarnos acerca de los rigores del invierno finlandés, más que nada porque ella, si no tenía un tema de conversación al que sacarle todo el jugo, como que se asfixiaba. ¿Por qué sé que en realidad no pasaba tanto frío? Porque allí conoció a otro argentino, Juan Carlos, y tardaron “*lo que duran dos peces de hielo en un whisky on the rocks*”, como diría Sabina, en unir sus vidas,

dándose calor. Yo la echaba mucho de menos, pero eso nos servía de excusa a Héctor y a mí para darnos un garbeo de vez en cuando por tan fascinante destino, que por algo Papá Noel vive allí, ¡y si alguien ha viajado y puede comparar mundo es el barrigudo bonachón de él!

El que no sentaba cabeza e iba de flor en flor dejando su semillita era mi Christian de mis amores, que se me estaba haciendo un metrosexual de diez. Y es que el tío le había cogido el gusto al gimnasio y sus musculitos causaban furor. Por suerte, tampoco descuidó el músculo que tenía que darle de comer, el cerebro, y Héctor lo había fichado hacía unos meses también para su despacho. Ese día él le comentó que no se lo comía todo por respeto a mí y yo terminé propinándole un buen bolsazo que deleitó a mi chico. Por suerte para Christian, no soy aficionada a llevar un ladrillo en el bolso como Margarita Seisdedos, que en paz descanse, por lo que todo quedó en una anécdota.

Igual ya habéis reparado en el matiz de que he comentado que lo fichó Héctor, y no Enrique, y para “su” despacho. También tiene su explicación, no ha sido un lapsus mental. ¿Cuál? Pues que el figura de mi suegro, que seguía considerándome una crack, pensó un buen día que ya era hora de dejar de prestarle tanta atención a los clientes y darle a su mujer, Elina, la jubilación que ambos merecían. Os he pillado, he hablado de mi suegra y ya estabais pensando mal. Pues va a ser que no, que Elina me quería a mí como a una hija, hasta el punto de que Héctor se quejaba diciéndole que él parecía que tenía dos suegras, de lo mucho que ella se ponía de mi parte.

Visto así, la vida nos sonreía a todos. Pero no creáis que se trataba de una sonrisa de esas tímidas, sino de una de oreja a oreja. Y cuando digo a todos, no dejo a ninguno de los míos sin meter en el saco, pues mi padre había pasado de nuevo a formar parte de mi vida. No en vano, lo de su angina de pecho me sirvió para darme cuenta de que, aunque madre no hay más que una, tampoco quería excluir de mi vida a aquel que puso su granito de arena para que yo viniera al mundo.

Pensándolo bien, quizá no fuera muy bonito terminar esta historia sin contaros qué fue de Toni. Pues bien, digamos que tras lo de su padre, se vio más necesitado que nunca y eso supuso que se marcara un *sprint* final, sacándose la plaza de notario. En cuanto a su amistad con Héctor, con el tiempo las aguas volvieron a su cauce e incluso yo me llevaba bien con él. Tras montar su notaría, se había relajado y convertido en un picaflor; pues la Barbie de buena familia con la que comenzó a salir después de nuestra ruptura, había dado una carrera de esas que levantan una polvareda en el camino cuando metieron a su padre entre rejas.

Lo iba a dejar, pero no puedo resistirme a la tentación de dedicarle unas últimas palabras a “la condesita” que esa sí que no se enmendaba ni a la de tres. Lejos de espabilar, ni trabajaba, ni estudiaba. Bueno en eso último sí que me he colado, porque la muchacha estudiaba el mercado y lo hacía con mucho ahínco. Fruto de sus esfuerzos, se había ennoviado con una joven promesa del tenis que le había prometido el oro y el moro; ya veríamos si de ocho o de veinticuatro kilates.

Después de este repaso general, volvemos al punto de inicio, porque yo me acababa de colocar mis sandalias y allá que nos íbamos. Se iba a celebrar la ceremonia de mi graduación, en este caso del máster que me había tenido ocupadas las tardes de los dos últimos cursos. Toda una oportunidad que no tendría vida para agradecerle a Enrique y que me había abierto definitivamente las puertas de los juzgados.

Pues bien, ya estaba en el patio de aquella universidad elitista en la que nunca hubiera podido aterrizar, de no ser por la generosidad del que hoy era mi suegro. Pletórica, entré del brazo de mi bombón, por lo que me sonó a copieteo cuando aquella chica se acercó y me entregó otro bombón de chocolate, pero ensartado en un palo de color y con forma de corazón. ¡Qué románticos se

habían vuelto los organizadores! Vaya que una iba nerviosa, pero hasta el punto de que se me hubiera bajado el azúcar, no sé yo...

Craso error, debieron notarme mala cara, ¿sería cosa de mi madre que siempre me veía como un fideo? Pues lo mismo sí, porque hacia mí que avanzaba otro chico con un segundo bombón idéntico al primero, pero con el palo de otro color...

Lo mío debía ser de traca, porque allá que venían otros dos, chica y chico, con sendos corazones de chocolate, con palos de distintos colores.

Esperad, esperad, no, no podía ser. No era Doña Rogelia aquella señora a la que yo estaba viendo al fondo; era mi tía Antonia. ¿Quién la había convencido para que saliera del pueblo?

Me faltaba para comprobarlo, pues cada vez me costaba más abrirme paso... Ahora eran mis compañeros los que me hacían entrega del dulce corazón; ya tenía todas las tonalidades de palos en mis manos, ¿me iban a cebar y a servirme como postre en la cena posterior al acto?

De repente caí. La música que estaba sonando desde que entramos en el recinto, era la misma que escuchamos la primera vez que Héctor y yo nos amamos en el SPA, ¿cómo podía ser?

—¡¡¡No!!! —Me puse las manos en la cara, apenas podía creerlo.

La pareja que ahora avanzaba hacia mí para hacerme su ofrenda en forma de corazón era la formada por Zoe y Juan Carlos, ¿cómo es que habían venido? Yo los hacía en Finlandia.

—¡¡¡Pelotuda!!! —le dije antes de que me lo dijera ella a mí, mientras nos fundíamos en un interminable abrazo.

—Luego te explico boluda, deja paso. —Rio feliz.

Después de ellos, Christian, que me dio el bombón y empezó a hacer poses sensuales delante de Héctor, arrancando las risas generales.

¿Los siguientes? Mis suegros, con una sonrisa boba también de revista.

A continuación, mi María de la O con Fausto. Quise adivinar algo en su cara. Por el amor del cielo, era mi madre, ¿que me contara lo que estaba pasando!

—¡Mamá! ¿Qué es esto?

—Tu graduación, hija, tú te mereces esto y mucho más.

—Pero es todo muy raro, mamá.

—Raro, ¿por qué?

—Porque aquellos son la abuela Antonia y papá, ¿de qué va esto?

—Ah, pues ni idea.

—Yaya, cuéntamelo tú...

—Hija de mi vida, si yo he sido la última en llegar...

Ni siquiera había reparado en que cada uno de ellos portaba una pequeña bolsita en su hombro, pero, a la señal de Héctor, tuve que frotarme los ojos. ¿Eran togas? Todos estaban ataviados con togas, ¡hasta mi abuela! Y comenzaron a bailar la que Héctor sabía que era mi canción favorita, la que estaba sonando en el momento en el que me pidió que me fuera a vivir con él, "*Crazy Little thing called love*" de Queen.

¿Cómo no me había dado cuenta? Estaba ante un *flash mob*, ¡y era para mí!

Fascinada y, sin entender nada de lo que estaba pasando, me dejé llevar por Héctor y comencé a bailar, con decenas de personas haciendo lo propio a nuestro alrededor. ¿Qué veían mis ojos? Si hasta el decano, que tenía un carácter más seco que la mojama, movía el esqueleto.

Cuando terminó la música, todos sacaron también unos birretes de sus bolsas y los lanzaron al aire. Ante semejante aluvión, cerré los ojos, momento que Héctor aprovechó para acercarme a su

cintura y regalarme un apasionado beso.

Ante los emocionados aplausos del gentío, él pidió silencio.

—Querida Luna, aunque pueda parecer lo contrario, este no es todavía el acto de graduación, que viene después. Lo que estás viviendo es solo un adelanto—carraspeó para aclararse la voz.—Antes que nada, que ya te veo venir, quiero confirmarte que no, que no me he comido ninguna seta alucinógena y con esto ya te estoy dando demasiadas pistas. Vale, vale, por tu cara ya sé que lo estás adivinando, así que no voy a demorarlo más. Un día me dijiste que la suerte había que buscarla, ¿he hecho yo bien mis deberes? Porque si es así, y me crees digno de ello, me llenarías de felicidad casándote conmigo. Lu, ¿quieres ser mi mujer?

Ya sabéis que soy de lagrimilla fácil, pero en ese momento me superé. Todos coincidieron en que mi forma de aceptar su propuesta fue apoteósica, y es que yo soy de la opinión de que cuando quieres a alguien, debes demostrárselo a lo grande. Sí, Héctor había concluido sus deberes con matrícula de honor, por lo que yo deseaba compartir el resto de mi vida con el hombre que me había enseñado el sentido del amor, la protección y la lealtad en toda su extensión. Y es que, si de algo podía yo presumir, en palabras de Merche, era de aquello que le canté sin rubor alguno de que *“ahora sé lo que es amar, tan distinto a lo anterior...”*. ¡¡Nos íbamos de boda!! ¿Podéis imaginarlo?